

## Los estados continentales y el Mercosur<sup>1</sup>

### Planteo

Nuestro planteo general es analizar las raíces históricas de los procesos de integración y transferir los conocimientos sobre esos procesos a los funcionarios del servicio exterior; principalmente bajo la forma específica de la confección de un documento analizando las diferentes raíces históricas que hoy son la base del proceso de integración regional.

Este documento debe ser la condensación de una perspectiva histórica procesual, del mapa de los distintos orígenes y caminos. Todos estos confluyen hoy en dos grandes caudales: la integración latinoamericana (con sus distintos tipos actuales) y hacia una zona de libre comercio hemisférica.

Este doble discernimiento es capital. Los países latinoamericanos apuntan hacia una integración máxima difusa entre sí; en tanto que la zona de libre comercio hemisférica (alca) con Estados Unidos y Canadá, no se presenta, por el momento, con intenciones ulteriores.

Signo de esta diferencia son las reiteradas declaraciones que —por ejemplo— el Mercosur va más allá que el alca. Porque es una alianza estratégica con propósitos integrativos más profundos. Apunta a un mercado común, con cierta indeterminación de hasta dónde podrá llegar tal profundidad.

Por otra parte, esos dos grandes ramales de la actual polifacética integración latinoamericana y de la aparentemente más sencilla zona de libre comercio hemisférica, seguramente confluyen parcialmente entre sí, interpenetrándose en distintos niveles.

Esclarecer las lógicas históricas contemporáneas que empujan por distintas vías a una profundización integrativa no es por cierto de menor importancia. La claridad respecto de los horizontes de las acciones es decisiva. Puede acotar indeterminaciones y ambigüedades que si no son esclarecidas pueden generar políticas equívocas, polivalentes o vacilantes.

De tal modo, la primera tarea es esbozar un marco de referencia de todos nuestros análisis particulares. Es también un modo de exhibir los presupuestos esenciales de nuestro trabajo. Así podrá criticárselo con mayor provecho. De alguna manera, exige que la crítica muestre también sus propios presupuestos.

El marco de referencia puede enunciarse brevemente, es de conocimiento común, pero no siempre se pone explícitamente. Es un marco de referencia conceptual, como guía para discernir el sentido y las etapas del movimiento histórico. Debe ubicarse entre dos extremos, uno mínimo y otro máximo. Dice al respecto Felipe Herrera:

El primero de esos dos extremos —la cooperación— se ha venido adoptando en el ámbito regional e internacional mediante el tratado de corte internacional, en que el principio de intangibilidad de la soberanía nacional sólo acepta las limitaciones recíprocamente convenidas

---

<sup>1</sup> Methol Ferré, Alberto. Los Estados Continentales y el Mercosur. Ed. Instituto Superior Dr. Arturo Jauretche. Buenos Aires, octubre 2009. Editorial HUM, 2da edición, Montevideo, 2013.

en dicho instrumento, que prevé todas las circunstancias de su aplicación. El otro extremo, el federalismo o la integración política, significa la creación de un nuevo Estado más grande que asume la representación exterior de las soberanías de las unidades constituyentes y que tiene jurisdicción superior a las de sus componentes.<sup>[1]</sup>

Los dos extremos del arco de comprensión es un mínimo de partida, la cooperación de Estados soberanos, hasta el máximo posible de una especie de estado federal continental. Luego acota Felipe Herrera:

La realidad está mostrando que entre uno y otro extremo puede producirse una variada gama de modalidades integracionistas, sin que necesariamente haya que llegar a la integración política como forma jurídico-institucional de la integración económica. Esto no quiere decir que la integración política no sea deseable como etapa culminante del proceso, cuando él se refiera a Estados-naciones cuyas afinidades fundamentales (geográficas, étnicas, histórico-culturales) hacen que la unificación sea viable. Pero conviene señalar que pueden institucionalizarse diversas modalidades de integración económica que no signifiquen la abolición o subordinación de las soberanías nacionales sino la coordinación permanente —y no circunstancial— de ellas en un plano supranacional.

Así, según se avance, hay distintos grados de integración, que se expresan en el establecimiento de áreas preferenciales, zonas de libre comercio, uniones aduaneras, mercados comunes, unión económica, etcétera, en crecientes gradaciones integradoras, de caminos variables, que tienen el horizonte límite ideal de un Estado Continental. En efecto, el límite absoluto de la integración entre dos o más Estados es un nuevo Estado.

Puede encontrarse en la historia de América Latina, desde su Independencia, la presencia antes mencionada de los dos grandes caudales: el de la conjugación latinoamericana y el de la conjugación hemisférica. Para no adelantar ni internarnos en los itinerarios de los orígenes, puede hablarse en esta segunda mitad del siglo xx de dos grandes olas integrativas. La primera es la gran ola de los años sesenta, de índole solo latinoamericana. La segunda es la ola de los años noventa, en curso, que tiene en vez los dos caudales, el latinoamericano y el hemisférico. Estas dos olas sucesivas, con una separación de apenas veinte años, tienen sin duda conexiones profundas, pero a su vez grandes diferencias; diferencias que atañen tanto al contexto histórico mundial como a sus protagonistas. Pues los años noventa son la irrupción de un intenso y nuevo proceso de globalización, que no correspondía a la anterior lucha de dos sistemas económicos y políticos generales antagónicos, y que eran el marco de la década de los sesenta.

Entonces, nuestro objetivo principal es discernir lo más significativo de esta segunda ola integrativa abierta en los años noventa. Para esto corresponde partir desde los núcleos contemporáneos más importantes, desde los que puede ordenarse tanto la historia pasada, como también las confluencias posibles del futuro. Toda historia es historia contemporánea, y por tanto nuestro punto de vista, tanto sobre el pasado como sobre las tendencias hacia el futuro, implicaría la realidad efectiva de cinco núcleos básicos: el Nafta, el Mercado Común Centroamericano, el caricom (Comunidad del Caribe), la Comunidad Andina y el Mercosur. Pero a su vez, estos núcleos básicos pueden reducirse a los dos más decisivos e importantes: nafta y Mercosur. Es en estas dos puntas que se juega el destino de América Latina del siglo xxi.

Los años sesenta fueron la primera oleada integracionista efectiva latinoamericana. Para comprenderla tomamos como hilo conductor la perspectiva histórica que Felipe Herrera formulara con claridad en esa misma época. Por eso nuestro punto de partida será una antología del pensamiento histórico de Felipe Herrera. A nuestro criterio, Felipe Herrera enuncia con claridad el punto más alto de la conciencia histórica latinoamericana integracionista de los años sesenta. Y es conveniente partir de lo que fue el punto más alto anterior a la segunda oleada integracionista de los años noventa.

La primera oleada fue la gran retoma de los intentos de Bolívar y Lucas Alamán en los Congresos de Panamá y Tacubaya (1826-27) y los siguientes Congresos Hispanoamericanos de Lima (1847), Santiago de Chile (1856) y Lima (1864). De este fracasado ciclo inicial del siglo xix, la más profunda conciencia integracionista se expresa en Juan Bautista Alberdi en su célebre “Memoria sobre la conveniencia y objetos de un Congreso General Americano”, fechada el 12 de noviembre de 1844. [\[2\]](#) La interrupción duró casi un siglo. El camino se reinició en la Conferencia de Montevideo (1960) fundadora de la alalc, y en el Mercado Común Centroamericano (1960), ambas impulsadas por la cepal de Raúl Prebisch, que tuvo entonces un papel protagónico decisivo.

Ahora, en estos años noventa estamos en la segunda gran oleada integracionista en América Latina, aunque con características y contexto mundial muy diferentes a los años sesenta. Hubo un gigantesco cambio de época con el derrumbamiento de la urss, que puso fin a la lógica mundial bipolar dominante desde hacía medio siglo. Ante esta espectacular vuelta de tuerca de la historia universal, vale preguntarse ¿las perspectivas de Felipe Herrera sobreviven a la prueba de los acontecimientos y cambios treinta años después? ¿En qué sentido pueden permanecer o cambiar sus significados en esta novísima época que todavía no ha terminado de configurar sus líneas básicas?

La tesis central de Herrera es que no hay paso del Estado-Nación al internacionalismo, sino que ese tránsito actual tiene otra etapa intermedia, con otro protagonista, los Estados Continentales, que son Naciones o Pueblos-continente. Los Estados-Nación no serían ya el último escalón previo a la globalización total, que correspondería a los más amplios Estados Continentales. Estos serían la última mediación hacia la plenitud de la globalización. Así, los esquemas regionalistas, hoy tan en boga y en los que buscan trascenderse los Estados-Nación, sólo alcanzarían su madurez si saben cuajar en Estados Continentales. Y este es, por ende, el sentido del proceso de integración de América Latina. No alcanzar ese nivel de constitución de un nuevo Estado Continental, sería el fracaso de las regionalizaciones. Estas quedarían a medias, en el fondo frustradas, inconclusas. En nuestro caso, dejaría a América Latina definitivamente fuera de todo protagonismo directo en la historia mundial del siglo xxi. Permanecería en suburbio quizá para siempre. Suburbio en el sentido de más pasividad que capacidad de creación. Quedaríamos instalados en nuestra marginalidad tan habitual como secular.

La importancia del planteo de Herrera y la gravedad de sus consecuencias impone la interrogación: ¿Qué pasa con las tesis de Felipe Herrera a la altura de las nuevas condiciones históricas que implican estos años noventa? ¿Mantienen su actualidad? ¿Pueden asumir la comprensión de los nuevos procesos de globalización y regionalización? ¿Pueden arrojar más luz sobre la tan vociferada crisis de obsolescencia de los Estados-Nación? Esto nos llevaría luego

de un modo más particular a la crisis de los Estados-Nación en América Latina, que manifiesta el actual proceso de integración. O mejor, las distintas vías posibles de integración, ¿significan lo mismo? ¿Son intercambiables? ¿O sus consecuencias pueden ser muy diversas en los Estados-Nación componentes?

Demás está decir que el centro de nuestra investigación, por ser la integración, es necesariamente también el Estado-Nación. Hay varios tipos de Estado-Nación, y el no discernir por lo menos los principales es la raíz de la enorme confusión contemporánea del tema. Asombra la frivolidad con que se maneja asunto tan capital. Sin ponerlo una vez más sobre el tapete, las mismas discusiones sobre los problemas de la integración y sus variados significados se perderían también en el consabido equívoco de gran claridad y minuciosidad en los detalles, junto a una no menor oscuridad de los horizontes y sus lógicas.

Por supuesto, no es una discusión casuística y abstracta sobre el Estado-Nación. Se trata más bien de exhibir desde ya los supuestos y las perspectivas básicas que están implicados en todo el conjunto de nuestra reflexión histórica. Así, esta reflexión es a la vez una repetición de las tesis de Felipe Herrera a la altura de nuestro nuevo tiempo, como marco histórico indispensable para la comprensión y evaluación de las distintas etapas del proceso de integración latinoamericana o hemisférica.

Puntualicemos que repetir hoy a Herrera implica repensarlo desde los nuevos datos de nuestra realidad y en cierto sentido, necesariamente, ampliarlo. Pero también esclarecer el sentido y los orígenes de la era de los Estados Continentales como sucesora contemporánea de la era de los Estados-Nación industriales del siglo XIX. Comencemos pues por la antología esencial de Felipe Herrera.

---

[1] Herrera, F.: "Conferencia en la Escuela Libre de Derecho", México, 24 de marzo de 1965.

[2] Juan Bautista Alberdi, "Memoria sobre la conveniencia y objeto de un Congreso General Americano", en vv.aa., Ideas en torno de Latinoamérica, vol. I, Universidad Nacional Autónoma de México, 1986, pp. 594-613.

América Latina en el mundo según Felipe Herrera. Antología.

Parece fundamental iniciar este trabajo con una visión totalizadora de América Latina en la historia. Una perspectiva abarcadora, formulada con sencillez, claridad y hondura, anticipativa, que nos ponga directamente en la médula de la problemática contemporánea. Que permita el enlace entre las dos oleadas integracionistas de los años sesenta y noventa. En tal sentido, Felipe Herrera es el mejor puente.

Felipe Herrera tiene un pensamiento histórico y sistemático, pero nunca se expuso en una sola obra orgánica. Por el contrario, su pensamiento está disperso en muchas conferencias, y la mayor parte de sus libros son recopilación de artículos y conferencias. Esto nos obliga a formular

esta antología para resumir y presentar directamente lo más esencial de su enfoque. No pretende ser una antología exhaustiva, pero sí suficiente, de la visión de Felipe Herrera, que nos sirva como marco de referencia a nuestro análisis, encauzado a la comprensión de las lógicas históricas contemporáneas de América Latina.

Desde el ángulo de las experiencias de la integración, Felipe Herrera tuvo su papel en dos instancias decisivas. Primero, fue parte del gobierno del general Carlos Ibáñez cuando se intentó la formación, en los principios de los años cincuenta, del Nuevo ABC, alianza de Argentina, Brasil y Chile, entonces bajo los gobiernos de Juan Perón, Getulio Vargas y Carlos Ibáñez. Esta alianza se proponía la creación de una complementación económica y unión aduanera entre los tres países, que fracasó pero es el antecedente necesario del Mercosur. Luego, en los años sesenta, fue el primer presidente del bid hasta 1973, y uno de los principales protagonistas de la oleada integrativa de los sesenta. Felipe Herrera participó activamente en los dos momentos históricos más preparatorios de esta década. Tiene pues justos títulos para ser nuestro punto de partida.

Las obras de Felipe Herrera que tomamos como referencia son Nacionalismo Latinoamericano;<sup>[1]</sup> Nacionalismo, regionalismo, internacionalismo;<sup>[2]</sup> y Experiencias y reflexiones.<sup>[3]</sup> Cada cita de Herrera será acompañada de la sigla del libro a que corresponde con su número de página. Respectivamente, (NL, número de pág.), (NRI, número de pág.) y (ER, número de pág.).<sup>[4]</sup>

## Antología

1. Una gran nación deshecha. No es entidad ficticia la nación latinoamericana. Subyacente en la raíz de nuestros Estados Modernos, persiste como una fuerza vital y realidad profunda. Sobre su secular material indígena, diverso en sus formas y maneras pero similar en esencia, lleva el sello de tres siglos de dominación ibera. Experiencia, instituciones, cultura e influencias afines la formaron desde México al Estrecho de Magallanes. Así, unida en espíritu y en su fuerza, se levantó para su independencia.

Si América Latina quiere recobrar el tiempo perdido para no quedar definitivamente rezagada en la historia, ha de acelerar el ritmo de su integración económica y para ello hacer frente a la necesidad de su integración política. Muchas condiciones y circunstancias de su realidad geográfica, histórica y humana favorecen a uno y otro intento. A ella, como unidad, le toca recobrar el impulso de un proceso de desarrollo frustrado, más que iniciar uno nuevo. América Latina no es un conjunto de naciones: es una nación deshecha (ER, 152).

2. La América invertibrada. Al disgregarse los imperios coloniales de España y Portugal en tierras americanas, los países latinoamericanos accedieron a su independencia política, pero la estructura económica de la colonia se proyectó hacia bien entrado el siglo xix sobre una base eminentemente agraria. El proceso de independencia política se efectúa en Hispanoamérica, desgraciadamente, bajo el signo de los particularismos geográficos y provincianos, perdiéndose los vínculos de la cohesión que antes suministraba la relación con la metrópoli (NRI, 66).

3. La Independencia. Producida la independencia y la libertad de comercio, la dificultad de las comunicaciones creaba en este caso barreras infranqueables para la reconversión de la economía que hasta entonces se había movilizó en gran parte a través de la metrópoli. Las

nuevas actividades económicas tuvieron que circunscribirse a los términos provinciales de las economías de consumo, o girar alrededor de cuatro o cinco núcleos de mayor actividad económica. Un autor peruano<sup>[5]</sup> explica este rompimiento en los siguientes términos:

Estos distintos reinos, según la política española, estaban unidos con el núcleo principal la Corona; pero no tuvieron estrechos vínculos entre sí. Podría decirse que el Imperio Colonial español tenía una forma estelar pero no una forma circular o de cadena. Este hecho habría tenido una importancia enorme en la historia de Hispanoamérica. La independencia rompió los radios que en ese sistema estelar unían a aquellas unidades con el centro, o sea la Corona, y naturalmente las unidades quedaron absolutamente separadas y libres.

Al trastorno económico se había sumado, por tanto, el problema del poder. Los ejércitos enrolados para las batallas de la libertad no podían fácilmente licenciarse. Los antiguos terratenientes especulaban con la vuelta al pasado; los nuevos criollos querían adquirir tierras. La inexperta administración local resultaba incapaz de subsanar los nuevos problemas. No podían esperar los primeros caudillos ocasión más propicia. Lugartenientes de los libertadores, aún persistían en ellos alientos de heroísmos para guiar sus tropas y destellos de gloria para seducir a los pueblos. Cada cual labró un Estado en el territorio que podían dominar sus armas. Y así continuó la disgregación y continuarían apareciendo los filibusteros del poder (NRI, 154).

4. Las fuerzas negativas de la geografía, la pobreza, el caudillismo, la estrecha dependencia colonial precedente y el aislamiento en que ella nos mantuvo entre nosotros, impidieron que el ideal de los Libertadores se hiciera realidad, y que la independencia política fuera a la vez el nacimiento y consolidación de una gran asociación de pueblos, porque —al revés que en otras jóvenes nacionalidades en otros escenarios— las fuerzas de la dispersión pudieron más que las de cohesión.

Esas fuerzas centrífugas se vieron reforzadas luego por la perennización del feudalismo en nuestras estructuras socioeconómicas, por la exacerbación de los conflictos entre nuestros países y por la internacionalización fragmentada de nuestras economías. Como lo señalara Alberdi —quien como otros grandes latinoamericanos recogiera, avanzado el siglo xix, el mensaje de la generación de los emancipadores— dos grandes circunstancias limitaron entonces, e impidieron, la posibilidad de hacer la América Latina unida: la falta de estabilidad política y la ausencia de factores e intereses económicos maduros que sustentaran el impulso potencial emanado de la identidad histórico-cultural de nuestros pueblos. Hoy, cuando el mundo se organiza en torno a grandes bloques político-económicos, la premonición de Alberdi está cumpliéndose. Los factores económicos ya no operan como fuerzas de separación sino al contrario, como estímulo a la cohesión (NRI, 94).

5. Integración económica y acción política. El profesor Walter Hallstein, primer presidente de la Comisión Europea entre 1958 y 1967, empezó una conferencia en la Universidad de Harvard refiriéndose al Mercado Común Europeo diciendo: no estamos en modo alguno haciendo negocios, estamos haciendo política. En esta forma definía la profunda connotación política que la regionalización económica trae consigo.

Si miramos hacia la época de nuestra desintegración, coetánea con los años de la independencia, podemos apreciar que la aspiración política de nuestros próceres de mantener la cohesión de

nuestras repúblicas, al no tener fundamento en factores económicos, significó efectivamente, “arar en el mar”.

Por estas mismas circunstancias condicionantes, se proyectan como aspiraciones utópicas los pocos intentos que desde 1830 hasta 1860 tendieron a establecer vínculos más estrechos entre los países latinoamericanos. Es paradójico que se hicieran más fáciles durante ese periodo los conflictos de país a país que las posibilidades y perspectivas de unificación; quienes previeron la polarización del poder entre otras grandes naciones, y nuestra propia inhabilidad de avanzar unidos, no tuvieron mayor influencia sobre sus contemporáneos: fueron visionarios de un mensaje incomprendido por su época.

En suma, los intentos, primero para conservar la unidad política hispanoamericana, y luego, para reconstruir un orden trizado, estuvieron condenados al fracaso por falta de factores dinámicos de una naturaleza aglutinante en lo económico. Hoy nos encontramos en la posición opuesta: las fuerzas que tienden a la integración económica no alcanzarán expresión, si no creamos factores de integración política (ER, 216).

6. Las circunstancias no son hoy idénticas, pero la esencia del mensaje de unidad es la misma. Recordemos a Alberdi, quien al referirse a la ruptura de nuestros lazos con España decía: “desterrado el mal, aflojamos los vínculos de solidaridad”. Y agregaba, con claro concepto de la necesidad de un desarrollo integrado:

Antes de 1825 la causa americana estaba representada por el principio de su independencia territorial; conquistado ese hecho, hoy se presenta por los intereses de su comercio y prosperidad material. La actual causa de América es la causa de su población, de su riqueza, de su civilización y provisión de rutas, de su marina, de su industria y comercio. Aliar las tarifas, aliar las aduanas, he ahí el gran medio de resistencia americana. Yo aplaudiré toda mi vida al sentimiento de aquellos Estados que sacan la vista del recinto estrecho de sus fronteras y la levantan hasta la esfera de la vida general y continental de la América. Es llevar la vista al buen camino. En un gran sistema político las partes viven del todo y el todo de las partes. La mano de la reforma debe ir alternativamente del trabajo constitucional de la obra interior del edificio a la obra exterior. Lo demás es construir a medias y de modo incompleto.[\[6\]](#)

Esas mismas inquietudes, políticas, económicas, nutridas ahora de desconocidos problemas y urgencias, nos convocan hoy con motivo de la inauguración del Instituto para la Integración de América Latina (intal). El signo de la integración tiene ahora la connotación del pleno desarrollo económico y social. En la “era de los pueblos continentes”, de los grandes espacios económicos y de los mercados comunes, no podemos seguir confiando en que aislados, alcanzaremos la estatura internacional y el desarrollo que deseamos y prometemos a quienes lo reclaman dentro de nuestras fronteras (ER, 193).

7. La incorporación plena de América Latina al mercado mundial a partir de la segunda mitad del siglo xix, determinada por el mejoramiento de los medios de navegación marítima y de los transportes en general y por el proceso de revolución industrial que se expandía en el mundo, respondió a un conocido esquema: producción y exportación de alimentos y materias primas a los países industriales e importación de productos manufacturados y capitales. Este enfoque operó de diversa manera en los varios países de la región, de acuerdo a sus respectivos recursos

naturales y humanos y a la oferta de mano de obra, pero esencialmente conservó la característica fundamental señalada, alterando la antigua organización, heredada del periodo colonial.

Paralelamente se acentúa el proceso de urbanización, las clases sociales se hacen más permeables y algunas estructuras económicas tradicionales se transforman con la importante incorporación de capital europeo, primero, norteamericano después; los recursos foráneos se orientan principalmente a las actividades de exportación, a las del transporte vinculado a ella y a otros servicios de utilidad pública (NRI, 167).

8. Consolidada la actividad agrícola, el capital extranjero comenzó a interesarse en actividades de mayor tecnología y rendimiento. Sin preparación y además dispersos, nuestros países se incorporaron al comercio internacional de materias primas. Las fluctuaciones del mercado mundial de estos productos constituyeron la clave de nuestro destino. Cada crisis repercutió hondamente en la estabilidad de los países y generó en ellos un tipo de nacionalismo negativo.

Con tales antecedentes, el paso hacia la etapa de la industrialización tuvo que ser esporádico y artificial. Hubo a veces que justificar el proteccionismo antieconómico con tesis nacionalistas que aguzaban las suspicacias y los recelos recíprocos. Las voces de dentro y fuera, alzadas para defender los intereses de los empeñados en mantener la balcanización latinoamericana, cobraron timbre respetable.

Los países se ignoraban cada vez más y se aislaban más cada día. Se aislaban estando juntos. Todos miraban al mar y se daban las espaldas. El mar se abría solamente hacia Europa. Así fue, por lo menos durante el siglo xix y hasta la Primera Guerra Mundial (ER, 154).

9. La gran depresión mundial de 1930 y las políticas que aplicaron entonces los países industrializados desquiciaron esta forma de crecimiento hacia afuera. El contragolpe de la crisis mundial se hizo sentir con distintas modalidades en las diversas economías latinoamericanas; pero, en muchas de ellas se estimuló un proceso de sustitución de importaciones que fue transformándose en instrumento deliberado de la política económica y pasa a constituir una característica básica del actual proceso de industrialización de América Latina.

En esta etapa del desarrollo —la etapa del crecimiento hacia adentro— se impone una mayor intervención de los gobiernos para estimular el desarrollo interno de los países y fortalecer una clase empresarial latinoamericana. Podemos considerar los resultados como positivos si recordamos que desde 1950 hasta el año pasado (1968), se duplica el producto regional bruto; el promedio anual de crecimiento industrial llega al 6% y en algunos sectores más dinámicos, como la producción de acero y energía eléctrica, al 10%. En el sector agropecuario, a pesar de sus debilidades, el índice de la producción muestra mayor crecimiento que en África, Asia y aún que en el Mercado Común Europeo (4%), y supera a la elevada tasa de crecimiento demográfico.

La sustitución de importaciones genera así impulsos dinámicos que tienden a elevar el ingreso nacional y a promover un avance acelerado en el proceso de transformaciones sociales. Sin embargo, la productividad y la eficiencia general están por debajo de los niveles que potencialmente podrían haberse esperado, porque la sustitución se realizó de manera indiscriminada, con altas barreras aduaneras que protegían la producción interna y solo con

vistas a los mercados nacionales que se expandieron, no conectándose entre sí, sino constituyendo verdaderos departamentos estancos. Como consecuencia, el desequilibrio externo de las economías latinoamericanas tiende a acentuarse, aumentando su vulnerabilidad a las fluctuaciones de los balances de pagos.

La debilidad de sus relaciones económicas con el resto del mundo, tan bien definida como un fenómeno de estrangulamiento externo, obliga a la América Latina de hoy a dar una nueva perspectiva al proceso de desarrollo económico. Necesitamos consolidar y mejorar el ritmo de algunos indicadores representativos de nuestro progreso económico y social derivado del esfuerzo interno, en conjugación con recursos adicionales y privados externos.

Por ello, no puede hablarse de soluciones alternativas basadas en el comercio exterior o en el financiamiento externo, ya que el continente necesita de ambos enfoques a fin de poder impulsar su progreso en consonancia con el aumento creciente de las aspiraciones sociales, políticas y económicas de las grandes mayorías (NRI, 68).

10. El proceso de modernización económica y tecnológica. Este concepto tiene a mi juicio dos dimensiones principales, íntimamente vinculadas entre ellas: una, la de superar la debilidad de nuestras relaciones con el resto del mundo a través de un proceso de aumento y diversificación de nuestras exportaciones, y otra, la de superar el marco nacional de desarrollo a través de un proceso de integración económica. Ambas dimensiones están profundamente vinculadas al proceso de modernización de nuestras economías y al proceso de desarrollo científico y tecnológico de la región (NRI, 69).

11. La coyuntura actual de los países en desarrollo es, en su esencia, la misma que movió a Estados Unidos en su época a romper su dependencia de Inglaterra y renunciar al papel de productor de materias primas que esa dependencia le asignaba, buscando el robustecimiento de su industria en la expansión de su mercado interno, inicialmente protegido por las altas tarifas defensivas. Esa política “hacia adentro” termina por imponerse en la Guerra Civil, que consagra los intereses industrialistas frente a la tesis del libre comercio de los exportadores sureños de tabaco y algodón.

Si los países subdesarrollados, productores de materias primas, quisieran en la actualidad expresar sus agravios frente al mundo industrializado, nada mejor para ello que utilizar los conceptos expuestos por Alexander Hamilton en 1791:

Los Estados Unidos no pueden intercambiar con Europa en iguales términos; y la falta de reciprocidad puede rendirlos víctimas de un sistema que pudiera inducirlos a confinarse a la agricultura y refrenar la producción de manufacturas. Una constante y creciente necesidad, por su parte, de mercaderías europeas, y en cambio, solo parcial y ocasional demanda de las suyas, no podría menos que exponerlos a un estado de empobrecimiento comparado con el de la opulencia a que sus ventajas políticas y naturales les autorizan a aspirar... Si Europa no ha de tomar de nosotros el fruto de nuestro suelo en términos compatibles con nuestro interés, el remedio natural es que reduzcamos, lo antes posible, nuestras necesidades del suyo (NRI, 115).

12. En la mayoría de los países de América Latina —y con gran vigor en los más extensos y poblados— se está realizando ya un proceso de sustitución de importaciones en el campo de la

manufactura y de las industrias intermedias; inclusive, en algunos rubros de la industria de bienes de consumo durables y de la producción pesada. Este proceso, sin embargo, por la estrechez de los mercados, se está produciendo en muchos casos a muy alto costo y tales industrias solo pueden mantenerse con altas protecciones tarifarias.

El problema se agudiza si se consideran las grandes inversiones y el alto grado de tecnología que requerirán los grados más avanzados de la producción industrial. La integración de los mercados es una fórmula indispensable para la economicidad de este proceso, mediante el aprovechamiento de los principios de las economías de escala y de especialización. Es obvio que la integración de los mercados actuales no solo facilitará el establecimiento de tales industrias mayores, sino que estimulará la competencia entre las industrias manufactureras e intermedias forzándolas a incrementar su eficiencia. Y evitará además, el antieconómico desperdicio de la capacidad instalada, acabando con la paradoja de que en una región semi-industrializada, muchas de las fábricas, protegidas por tarifas nacionales, trabajan solo a medias (ER, 114).

13. Tecnología e integración. El desarrollo industrial presupone el desarrollo tecnológico. La absorción de conocimientos y experiencias de las regiones más adelantadas es un proceso que los países latinoamericanos sólo pueden cumplir a muy alto costo. Entre tanto, la brecha tecnológica que separa nuestra región en conjunto de los países industrializados sigue haciéndose más profunda.

El atraso tecnológico de América Latina se refleja en la productividad de la mano de obra. La capacidad promedio de producción de un trabajador latinoamericano fluctúa entre escasamente un 15% y 30% de la que registra un trabajador en países donde la ciencia y la tecnología son intensamente aplicadas para incrementar la productividad. Se estima que un 10% de la población económicamente activa de América Latina está empleada en empresas que tienen relativamente altos niveles tecnológicos, y éstas son generalmente empresas extranjeras. Los mejores métodos de producción no tienen nacionalidad y el fenómeno anotado es simplemente el resultado de técnicas concebidas en función de altos mercados en espacios económicos extensos. La absorción, pues, de ese know-how en amplia escala, está ligada en nuestro caso a la expansión del mercado regional. Es evidente, sin embargo, que para un máximo aprovechamiento de esa posibilidad, es imperativa una acción regional coordinada. No solo por el hecho de que la integración facilitará enfrentar los costos de absorción y aplicación de esos conocimientos y los de modernización y especialización de los centros de enseñanza e investigación regionales, sino porque ella ofrece la mejor manera de evitar que la transferencia de tecnología distorsione las características culturales de América Latina (NRI, 116).

14. No hay paso directo del Estado-Nación al internacionalismo. El tránsito son las Naciones-Continente. Un análisis detenido de las relaciones internacionales permite advertir la profundidad de algunos cambios jurídico-internacionales que se han producido en el esquema tradicional de esas relaciones, basadas hasta antes de la Segunda Guerra Mundial en los conceptos ortodoxos del Estado-Nación y en la predominancia política de las metrópolis sobre países dependientes.

En las conferencias posteriores a la terminación del conflicto armado que abarcó prácticamente todas las regiones de la tierra, se adoptó un esquema de organización de las relaciones mundiales —en lo político y en lo económico— en base al concepto de cooperación internacional

entre Naciones-Estado teóricamente iguales que, en proporción creciente, incluían a los nuevos pueblos soberanos que surgieron de la quiebra del colonialismo hasta entonces imperante. Una concepción basada en la creencia de la posibilidad de tránsito directo de la ilusión de la autarquía nacional al internacionalismo.

Ha ocurrido que en estos veinte años recientes se ha afirmado una tendencia intermedia: la regionalización, y ésta es la etapa que atravesamos y cuyas manifestaciones advertimos por doquier. El mundo de hoy empieza a organizar sus relaciones en base a grandes esquemas regionales, en que las unidades estatales se coordinan para equilibrarse con las poderosas Naciones-Continente, que tienen la mayor gravitación político-económica.

Estados Unidos, la Unión Soviética, China, la India, constituyen unidades políticas de dimensión prácticamente continental, y que por ende tienen significación enorme en el contexto de las relaciones mundiales. La integración económica de Europa Occidental es la respuesta que los países de esa región se han dado para desenvolver en un plano de equilibrio sus relaciones con los otros grandes bloques. (NL, 84).

15. El regionalismo en el mundo de hoy. Este proceso en que la idea de la integración madura en América Latina responde, por otra parte, a una etapa nueva, en escala mundial, de la organización político-económica contemporánea. El mundo muestra hoy como característica acusada un proceso que podríamos llamar de regionalización o de nacionalismo regional. Según él, las naciones se organizan en bloques económicos, cuya presencia está modificando, inclusive, el esquema general de las relaciones internacionales.

No se ha cumplido en la práctica el concepto hasta hace poco más o menos imperante de que a la gran etapa de transformaciones de las economías feudales en economías nacionales —según el esquema de Friedrich List, el filósofo del nacionalismo económico— deberá seguir otra más amplia de internacionalización de las economías nacionales. Este tránsito no se ha producido, y ello explica la frustración que en lo político y en lo económico se ha advertido en el logro de los objetivos de universalización proclamados en las reuniones de San Francisco y Bretton Woods, en las que se forjaron los instrumentos políticos y económicos constituidos después de la segunda gran guerra.

Por eso, cuando hoy se sostiene que las economías nacionales están llamadas inevitablemente a internacionalizarse, y que la etapa de la economía mundial ha de suceder a la de la economía de dimensión nacional, se proyecta una perspectiva que finalmente ha de cumplirse; pero en el interregno se desarrolla una etapa intermedia: la de las economías organizadas en función de grandes bloques regionales, que corresponde a un concepto político de un regionalismo “pan-nacionalista” que aunque había sido expuesto antes no había tenido, aparentemente, concreción (ER, 180).

16. Mercados y Desarrollo. La ampliación de los espacios económicos para fundar un desarrollo autosustentado responde a una tendencia universal. Históricamente el proceso de industrialización y desarrollo está aparejado con el de la conquista de mercados. En unos casos, ello se hizo extendiendo las propias fronteras nacionales. Tal fue la experiencia histórica de los Estados Unidos, que al mercado común formado por las trece colonias iniciales fue incorporando siempre una “nueva frontera” del Oeste, hasta consolidar un Estado-Continente. Así también la

Unión Soviética, robustecida en sus bases económicas por la incorporación efectiva a la Rusia europea de los territorios y nacionalidades extendidos detrás de los Urales.

En otros casos, la necesidad de los mercados condujo a la formación de los imperios coloniales y a la creación de bloques comerciales organizados en torno a la metrópolis. En la década de los treinta, el afán hegemónico de Alemania e Italia de conquistar un hinterland más extenso que el propio de su nación, y la expansión japonesa disfrazada de “panasiatismo”, constituyen experiencias contemporáneas. El propio Commonwealth británico no es sino una fórmula de prolongación comercial de un antiguo imperio en vías de desintegración política.

Pese al propósito de fundar el nuevo orden mundial en el internacionalismo, la segunda posguerra muestra un definido proceso mundial de regionalización. Esta tendencia, en el caso de los países desarrollados de Europa, se traduce en el Mercado Común Europeo y en su contrapartida, la Asociación Europea del Libre Comercio. A su vez, las nuevas naciones emergentes de la liquidación histórica del colonialismo, encuentran que sus posibilidades de progreso son ilusorias si no tienen el volumen demográfico, el espacio económico y la provisión de recursos que les permitan crear las bases dinámicas para su desarrollo económico. La tendencia a la integración de los países en desarrollo es producto tanto de la aspiración al crecimiento económico como de la insatisfacción por el régimen vigente de las relaciones comerciales internacionales. Este fenómeno se vio claramente reflejado en la Conferencia Mundial de Comercio y Desarrollo de Ginebra, una de cuyas notas más importantes fue, precisamente, la regionalista, sustentada por los países marginales o periféricos de Asia, África y América Latina como método para promover su crecimiento y desenvolver más equilibradamente sus vínculos con el exterior.

Si la ampliación de los espacios económicos es de gran importancia para los países industrializados de Europa, al permitirles el uso de economías de escala para preservar su capacidad competitiva en los mercados externos, ella es vital para los países en desarrollo que aún están en etapas incipientes del proceso de industrialización (NRI, 113).

17. El rápido proceso de internacionalización de la economía, la emancipación de los pueblos coloniales, el predominio de los grandes bloques y de los “pueblos-continente”, ha determinado en América Latina un renacimiento del concepto de cohesión. Las fuerzas del desarrollo económico, imposibilitadas de tener hoy en día una dinámica propia en estrechos departamentos estancos, han irrumpido como la primera ola de este proceso irreversible, y han estimulado el pensamiento y la acción política. América Latina se reencuentra así en sus esencias, y se incorpora con vigor a la tendencia mundial hacia la regionalización que da fisonomía característica a las relaciones internacionales de nuestros días.

Más del 80% de la población del mundo responde hoy en día a esta tendencia. Los Estados Unidos, la Unión Soviética, China continental, India, Indonesia, son ejemplos de “pueblos-continente”, formados por la aglutinación y ampliación de espacios. El Mercado Común Europeo demuestra la superación de los viejos esquemas del nacionalismo tradicional que ceden paso a un nuevo tipo de nacionalismo, el continental. Los esfuerzos de reconstrucción del mundo árabe y de asociación de las nuevas naciones africanas añaden a este cuadro la significación que este diferente concepto de nacionalismo tiene hoy para los pueblos que emergen con voz propia a la vida internacional.

Y es que la integración significa en el mundo contemporáneo el medio con que los pueblos en vías de desarrollo pueden acelerar su proceso de crecimiento y disminuir la amplia brecha que hoy les separa de las naciones industrializadas que, a su vez, ya están integradas o integrándose... También, en espacios mayores, las fuerzas sociológicas que empujan el progreso pueden movilizarse, conjugarse y proyectarse con todo su vigor. La integración así deviene en desarrollo interno de las naciones integradas. Ese es el proceso que América Latina aspira hoy a realizar, (NRI, 95).

18. Vigencia de los “pueblos-continente”. El nacionalismo regional o pannacionalismo o “nacionalismo continental” —que con todos esos nombres se puede designar o se designa a este proceso de constitución de grandes esquemas regionales— no ha surgido, sin embargo, por generación espontánea ni ha aparecido abruptamente. En buena cuenta, ese proceso se ha iniciado ya en la constitución de los países que tienen mayor gravitación político-económica en el mundo de hoy.

Cuando hablamos de economías nacionales y nos referimos por ejemplo a la de Colombia o a la de Portugal, ese concepto, por cierto, no tiene la misma connotación que cuando hablamos de economía nacional de Estados Unidos o de la Unión Soviética. Lo mismo podríamos decir de la economía uruguaya o peruana con respecto a la de China continental. Y es que, en verdad, en esos grandes Estados el proceso de integración o de aglutinación regional ya se ha producido.

Estados Unidos, Rusia o China son prácticamente pueblos-continente, es decir el producto de integración de vastas zonas geográficas en las que, sobre todo en los casos de Rusia y China, se aglutinan y engloban, como también en la India, varias y hasta muy diferentes naciones. O sea, el antecedente inmediato de esta etapa de nacionalismo regional cuyas manifestaciones son materia de nuestra experiencia diaria.

La constitución del Mercado Común Europeo bastaría para ilustrar cuanto y cuán rápidamente se avanza en la definición de esta etapa de organización político-económica. No debemos olvidar que el proceso de unificación de Alemania e Italia culminó hace menos de un siglo y que el viejo nacionalismo de fronteras estrechas —característico hasta ayer de esos y otros países europeos— y la confrontación de sus intereses, han determinado la historia muy reciente de las grandes guerras contemporáneas (ER, 181).

Frente a este proceso resulta paradójico que todavía haya en América Latina quienes miran con escepticismo, reticencia o simple indiferencia la necesidad de nuestra integración regional. Lo es más todavía si se considera que, hace siglo y medio, la concepción de la integración regional tuvo en América Latina la más alta expresión universal en el genio y la idea del Libertador Bolívar. Por eso, cuando al analizar este proceso he dicho en otras ocasiones, que lejos de haber realizado esa idea América Latina es hoy una “gran nación deshecha”, más que formular una crítica por los errores del pasado he hecho presente una real preocupación por lo que estamos dejando de hacer hoy para superarlos (ER, 182).

19. El proceso de la integración económica en América Latina es, básicamente, un movimiento solidario de naciones pequeñas y medianas, que sienten que están en desventaja en el esquema de la coexistencia internacional. Solo en años recientes ha sido reconocida la importancia que proyecta la tendencia hacia la regionalización en lo económico y en lo político. Podemos llamar

a esta tendencia nacionalismo regional. Un movimiento en el cual las naciones, anteriormente dependientes, alcanzan la independencia, y al mismo tiempo realizan esfuerzos para integrarse en bloques propios. Esto es lo que se conoce como tendencia pluralista en relaciones internacionales. Las naciones subdesarrolladas que cuentan con historia, cultura y geografía similares, comprenden la necesidad de integrarse para poder participar con mayor ponderación en un mundo que se está moviendo hacia lo que el profesor Hans Kohn llamó, en su libro *La edad del nacionalismo*, una época de “pannacionalismos” o “nacionalismos trascendentales” (NRI, 184).

20. Existen realmente dos significados de nacionalismo en este momento en América Latina. Uno es la connotación convencional de la palabra y que yo definiría básicamente como la “afirmación de cada nación para mantener su propia identidad y propósitos”. El otro significado tiene que ver con su connotación “regional” y es más amplia —Nacionalismo con mayúscula— que representa el renacimiento del movimiento hacia la unión que emergió, sin llegar a consolidarse, en los primeros años del siglo XIX, al mismo tiempo que las provincias españolas del nuevo mundo iniciaban la búsqueda de su independencia política respecto del imperio. Debemos recordar que en los 150 años que siguieron a la independencia de nuestras naciones, diversos movimientos buscaron revivir esa tendencia hacia la unión, en muchos casos como un mecanismo compensatorio frente a otros centros de poder.

El nacionalismo convencional en América Latina ha sido una fuerza vital al otorgar expresión propia e identidad a la relación del hombre y su territorio, su propia historia y sus aspiraciones de progreso. Sin embargo, en muchas ocasiones se ha convertido en un elemento negativo, particularmente desde un punto de vista social, ya que durante muchas décadas las clases dirigentes, en algunos países de la región han especulado con este concepto para mantener el status quo.

Y esto lleva mi pensamiento al segundo tipo de Nacionalismo, aquel con mayúscula, que yo llamaría “nacionalismo regional”, y respecto del cual creo, personalmente, que representa una de las pocas salidas que tiene América Latina hacia el mundo del futuro (NRI, 191).

21. Existe ya conciencia formada en torno a que ambos nacionalismos tienen su razón de ser y que no son contradictorios, sino que más bien son complementarios. Aquí tal vez conviene recordar las citas de Ortega y Gasset quien, en su *España invertebrada*, explica ese concepto con las siguientes reflexiones: “La historia de toda una nación, y sobre todo de la nación latina, no es la dilatación de un grupo inicial, sino más bien la organización de muchas unidades sociales preexistentes, en una nueva estructura” (NRI, 192).

22. Tenemos que ser capaces de dar al nuevo concepto de nacionalismo integrador una dimensión en profundidad que capacite al progreso de integración para repercutir con un profundo impacto en las grandes masas latinoamericanas, en el bienestar del hombre latinoamericano. Si no, la idea de la integración será para esas masas mera lucubración teórica de gabinete, ajena a su interés y a sus inquietudes (ER, 160).

La integración tiene que ser, simultáneamente, un proceso en extensión y en profundidad. La mística del nacionalismo continental hermanará a las masas latinoamericanas cuando ellas

tengan conciencia de que la integración no solo va a darles un mercado común, sino a ampliar sus horizontes hacia el bienestar y la esperanza (ER, 161).

23. Una posición de exclusivo “desarrollismo económico”, como fórmula para lograr la categoría o estatura a que América Latina aspira en el mundo contemporáneo, es por naturaleza incompleta. Necesitamos del desarrollo económico para el bienestar de nuestros pueblos; pero la sola fuerza derivada del crecimiento de nuestra economía no nos va a dar gravitación en el mundo del futuro, sino en la medida en que hagamos realidad las posibilidades de constituir una comunidad cohesionada por una política con objetivos comunes frente a otros bloques, regiones o grandes naciones.

Una América Latina integrada, que en el orden económico posibilita el desarrollo de “economías de escala”, en el orden político hace factible, por primera vez en nuestra historia, una “política de escala” que haga realidad la efectiva estatura internacional a que somos acreedores (NRI, 119).

24. La necesidad de una ideología contemporánea de la integración. No puede ignorarse que todavía la “mentalidad” de integración no ha logrado vencer la rigidez fundamental de los conceptos de soberanía nacional.

Por eso el obstáculo más grande con que hoy tropieza la integración latinoamericana es la falta de un sustento ideológico contemporáneo del más alto vuelo. No han de bastarnos la técnica o la mecánica de la integración. No son suficientes los progresos que advertimos en cuanto a la formación de una “mentalidad” integracionista que se basa, de un lado, en un sentimiento todavía confuso de que tenemos un común “ser” latinoamericano, y de otro, en el análisis que los economistas y técnicos han venido haciendo sobre la conveniencia de la integración. Nuestros hombres de pensamiento tienen que crear una ideología moderna de la integración. Y nuestros gobernantes y nuestros dirigentes deben estimular ese proceso.

En América Latina necesitamos que los pensadores renueven los estudios de filosofía política, y que eleven el proceso de integración del plano más bien pragmático en que ahora se desenvuelven, al de las grandes ideas rectoras que deben presidir su institucionalización. La integración requiere la formulación de una ideología sustantiva que dé organicidad a las instituciones e instrumentos jurídicos, políticos, económicos y culturales que deben crearse para orientar el proceso de tránsito de la organización de tipo nacional a la de alcance regional. Muy poco —o casi nada— hacemos en esa dirección.

Alguna vez he dicho que la integración de América Latina no la van a hacer los técnicos sino los políticos. Pero éstos necesitan fundar sus decisiones en algo más que intuición o la imaginación.

De otro lado, los hombres de gobierno de América Latina, absorbidos por los complejos problemas inmediatos de carácter nacional, no pueden dedicar a la consideración de los problemas de la integración toda la atención que sería de desear. Y por eso estamos corriendo el riesgo de que así como los esfuerzos integracionistas del siglo xix se frustraron porque los problemas militares y políticos inmediatos absorbieron en sus propios países la atención de los guerreros de la independencia, asimismo en el momento actual las preocupaciones de nuestros gobiernos por los problemas nacionales urgentes, les impiden abarcar la perspectiva ideológica-

política integral de América Latina. De allí que los problemas de la integración no se afronten con la visión panorámica del águila, sino con el enfoque limitado de quien avanza paso a paso por una senda estrecha rodeada de montañas (ER, 189).

25. En el mundo de hoy, en que está constituyéndose un nuevo sistema internacional, en que las relaciones serán entre supernaciones, si América Latina quiere preservar su identidad cultural como una región diferenciada, dotada de sentido político-económico propio, tendrá que integrarse.

De esta manera, la integración es la alternativa de hoy para que América Latina pueda seguir manteniendo mañana su propia imagen; para que esa imagen se proyecte con dignidad y con sentido de futuro hacia otras comunidades del mundo (NRI, 107).

26. La tendencia hacia la regionalización no es un fin en sí mismo sino más bien una etapa de transición —en muchos aspectos una medida de autodefensa— dentro del irreversible proceso de internacionalización de la humanidad (NRI, 185).

27. En vuestra mente y en vuestro corazón las palabras de Rodó cuando decía: “Sólo ha sido grande en América Latina quien ha actuado y pensado con acción de pensamiento latinoamericano” (NRI, 108).

Por eso, si hoy tuviéramos que hacer una convocatoria a los países de América Latina para realizar su integración, repetiríamos, como una admonición, esta frase del Libertador contenida en la circular en que invitaba a los gobiernos de nuestras nacientes repúblicas al Congreso de Panamá, hace 140 años: “Si Vuestra Excelencia no se digna adherir a él, preveo retardos y perjuicios inmensos, a tiempo que el movimiento del mundo acelera todo, pudiendo acelerarlo en nuestro daño” (ER, 192).

---

[1] Felipe Herrera, *Nacionalismo Latinoamericano*, Santiago de Chile, editorial Universitaria, 1968.

[2] Felipe Herrera, *Nacionalismo, regionalismo, internacionalismo*, Buenos Aires, Intal, 1970.

[3] Felipe Herrera, *Experiencias y reflexiones*, Santiago de Chile, bid, 1988.

[4] Para mayor información, puede consultarse Felipe Herrera, *idealista y realizador de Luciano Tomassini*, México, FCE, 1997.

[5] Eduardo Arcila Farías: *El Siglo Ilustrado de América. Reformas económicas del siglo xviii*. Caracas, 1961.

[6] Juan Bautista Alberdi, “Memoria sobre la conveniencia y objeto de un Congreso General Americano”. vv.aa., *Ideas en torno de Latinoamérica*, vol. I, Universidad Nacional Autónoma de México, 1986, p. 602.

## ¿Inactualidad del Estado-Nación?

Es bueno comenzar en estos años noventa por tomar el pulso al clima actual que envuelve la problemática del Estado-Nación. A las contradicciones que saltan a la vista, y a las que es necesario ir respondiendo. Tomemos dos extremos opuestos, no de políticos ni teóricos políticos, sino más bien de grandes consultores empresariales o de hombres de prestigio en el ámbito empresarial. Nos referimos al japonés Kenichi Ohmae y al austro-norteamericano Peter Drucker.

Ohmae representaría el extremo negativo del Estado-Nación y Drucker otro extremo, el que no ve modo de prescindir del Estado-Nación, aunque sí la necesidad de introducirle grandes modificaciones y reformulaciones.

El fin del Estado-Nación<sup>[1]</sup> es el título del libro de Ohmae que circula desde 1996 mundialmente:

Las fuerzas que están operando en la actualidad han planteado problemáticas preguntas acerca de la relevancia —y eficacia— de los Estados-Nación como formas de agrupación significativas para recapacitar sobre la actividad económica, y mucho menos conducirla (p. 12). Muchos de los valores esenciales que servían de fundamento a un orden mundial de Estados-Nación independientes y soberanos —la democracia liberal, según su aplicación en Occidente, por ejemplo, e incluso la propia noción de soberanía política— han mostrado síntomas de que necesitan una profunda redefinición o, tal vez, una sustitución (p. 13).

Estamos en un mundo sin fronteras, cuando las fronteras se vienen abajo, y es indispensable liberarse de la “ilusión cartográfica”. “El Estado-Nación se vuelve cada vez más una ficción nostálgica” (p. 28).

¿Y cuál es la característica de un mundo sin fronteras? Se trata del mundo sin fronteras de la economía globalizada. Cuatro “íes” definen los flujos de esta economía globalizada: Inversión, Industria, Información, Individuos. Su movilidad planetaria rompe todos los límites.

En conjunto, la movilidad de las cuatro “íes” hace posible que las unidades económicas viables de cualquier lugar del mundo reúnan todo lo que necesitan para trabajar. Ya no tienen que limitarse a recurrir a los conjuntos cercanos a su país de origen. Tampoco tienen que limitarse a depender de los esfuerzos de los gobiernos para atraer recursos de otros lugares del mundo y canalizarlos hacia los usuarios finales. Esto hace que la función tradicional de “intermediación” de los Estados-nación y sus gobiernos sea innecesaria en buena medida. Como los mercados mundiales de las “íes” funcionan estupendamente por su cuenta, los Estados-nación ya no tienen que desempeñar el papel de creadores del mercado. De hecho, y teniendo en cuenta sus propios problemas, que son considerables, lo que suelen hacer más frecuentemente es estorbar. Si se permitiese, las soluciones mundiales irían a los lugares en los que son necesarias sin la intervención de los Estados-nación. De acuerdo con la experiencia actual, además fluyen mejor precisamente porque no se da esa intervención (p. 19). [...] En una economía sin fronteras, el funcionamiento de la “mano invisible” del mercado tiene un alcance y una fortaleza que supera todo lo que Adam Smith podría haber imaginado. En la época de Smith, la actividad económica tenía lugar en un escenario definido —y limitado— principalmente por las fronteras políticas de

los Estados-nación [...] En la actualidad, por el contrario, es la actividad económica la que define todas las demás instituciones, incluido el aparato de la soberanía (p. 63).

El defecto mayor del Estado-Nación para Ohmae es tener que ser democrático. Esto no lo denuncia nunca con claridad rotunda, pero impregna todo su enfoque. Dice: “A medida que la irreversible lógica de la política electoral estrecha su mortal abrazo sobre las economías de los Estados-Nación, éstos se han ido convirtiendo en unos destacablemente ineficaces motores de distribución de riqueza” (p. 27). La heterogeneidad regional de cada Estado-Nación, el tener sectores avanzados y atrasados, hace que ese equilibrio de intereses diversos ya no genere “una visión reflexionada y sintetizada del bien común a largo plazo, sino que, al centrar la discusión en intereses tan separados, inmediatos e inconexos, hace imposible llegar a acordar —y mucho menos aplicar— una visión coherente del bien común” (p. 108).

¿Cuál es entonces la salida? El criterio del bien común a largo plazo es “la lógica mundial como criterio básico” (p. 109). Y los Estados nacionales son cortoplacistas por las gentes que votan en su territorialidad acotada. “Para los Estados-Nación, y en especial para sus líderes, el interés fundamental sigue siendo la protección: del territorio, de los recursos, de los puestos de trabajo, de la industria, incluso de la ideología” (p. 109). Entonces ¿quiénes pueden ejercer la “lógica mundial como criterio básico”? Ohmae responde: los “Estados-Región”:

En la economía globalizada las líneas divisorias corresponden a los Estados-Región definidos no por sus fronteras políticas, sino por el hecho que tienen el tamaño y la escala adecuados para ser verdaderas unidades operativas en la economía mundial actual. Las suyas son las fronteras —y las conexiones— que importan en un mundo sin fronteras (p. 20).

Estas son “las más centradas unidades geográficas —Hong Kong, por ejemplo, y el estrecho adyacente de China del Sur, o la región de Kansai, en torno a Osaka, o a Cataluña” (p. 20). La enumeración podría continuar con otros ejemplos como ser “norte de Italia, Baden-Wurtemberg, Gales, San Diego, Tijuana, Silicon Valley, Bahía de San Francisco, San Pablo, etcétera, etcétera.” (p. 110):

Estos Estados-región pueden o no encontrarse dentro de las fronteras de una nación determinada. En términos prácticos no tiene ninguna importancia. Al igual que Singapur, muchos son, en realidad, Ciudades-Estado que han renunciado voluntaria y explícitamente a algunas de las galas propias de los Estados-Nación, a cambio de poder disfrutar de una capacidad (relativamente) libre de trabas para aprovechar las cuatro “íes” de la economía mundial (p. 111).

La solución propuesta es que los Estados-nación concedan autonomía a sus avanzados Estados-región a fin que pongan “en primer lugar a la lógica mundial y para operar como puntos de entrada de la economía mundial” (p. 192). Una estratégica y pequeña élite de Estados-Región cosmopolitas, minúsculos en relación a la población mundial, que irían derramando el progreso y la prosperidad sobre la multitud secundaria de los Estados-Nación. Estos pasarían al plano receptor y nocturno de la dinámica histórica. El crecimiento de los “focos” globalizadores iría ocupando libremente cada vez más el conjunto de la Tierra.

Esta propuesta final de Ohmae es una mera enunciación utópica de superar al Estado-Nación. Es la utopía de una red globalizada de “Estados-Ciudad posmodernos” como una especie de “red

de zonas francas” que irían derramando su progreso sin trabas, sobre los Estados-Nación atrasados y trabados por las democracias electorales.

Demás está decir que los Estados-Región de Ohmae están en las antípodas de los Estados-Región de Felipe Herrera. Son dos visiones radical y perfectamente contradictorias. Usan un mismo nombre con significados opuestos. Lo que en Herrera es ampliación en Ohmae es contracción. Lo de Herrera supone en cierto sentido vastos “círculos históricos-culturales” de un modo cercano a Samuel Huntington, en cambio para Ohmae sólo valen las redes plenamente cosmopolitas y no los grandes círculos culturales, contraponiéndose directamente con Huntington. Ohmae transforma fragmentos de la realidad en una lógica utópica. Hace una “utopía economicista” de consultor de empresas, distante del realismo empresarial. Pero es significativo de un clima propio de los años noventa. Por eso nos hemos detenido aquí un poco demás.

Pasemos ahora a Peter Drucker, que por supuesto es mucho más que un consultor de empresas. Es palabra mayor. Por eso mismo nos limitaremos a un reciente artículo, “La economía global y el Estado-Nación”.<sup>[2]</sup> Sería imposible tratar aquí en su complejidad el conjunto del pensamiento de Peter Drucker respecto del Estado-Nación. Ahora sólo nos interesa como otro ejemplo de la crisis actual del Estado-Nación que requiere nos extendamos brevemente sobre algunas caracterizaciones que Drucker hace de nuestra época globalizadora. Así, junto con lo expuesto por Ohmae, tendremos un bosquejo rápido del clima de los noventa, tan diferente de los años sesenta, que no solo se desarrollaban bajo el marco de la bipolaridad y Vietnam, sino que en América Latina era el tiempo del foquismo guerrillero cubanista y del Che Guevara, con el reverso de las dictaduras militares de la seguridad nacional.

Drucker arranca:

Dado que el tema de la globalización de la economía mundial se comenzó a discutir hace unos treinta y cinco años, el fallecimiento del Estado-nación ha sido ampliamente predicho. En realidad, los mejores y más inteligentes han estado anunciando la muerte del Estado-nación durante doscientos años... La predicción más reciente por parte de personas serias y eminentes aparece en un libro conocido como El individuo soberano, de lord Williams Rees-Mogg, ex director del London Times y actualmente vicepresidente de la BBC, y James Dale Davidson, presidente de la Unión Nacional de Contribuyentes de Gran Bretaña. Rees-Mogg y Davidson afirman que para todos, excepto aquellos con menores ingresos, Internet hará que la evasión impositiva resulte tan fácil y libre de riesgo que la soberanía inevitablemente pasará al individuo, dejando que el Estado-Nación muera de hambruna fiscal. [...] A pesar de todas sus desventuras, el Estado-nación ha demostrado una sorprendente resistencia... Cada país que surgió de los imperios coloniales del siglo XIX se ha establecido como Estado-nación, al igual que todos los países emergentes de la ruptura del imperio eurasiático forjado por los zares y fuertemente consolidado por los sucesores comunistas. Hasta el momento al menos no existe ninguna otra institución capaz de lograr la integración política y una participación eficaz en la comunidad política del mundo. Lo más probable, por lo tanto, es que el Estado-nación sobreviva a la globalización de la economía y a la revolución de la información que la acompaña. Sin embargo, se tratará de un Estado-nación diferente, en especial en cuanto a las políticas fiscales y

monetarias internas, las políticas económicas externas, el control de los negocios internacionales, y tal vez su conducta en la guerra (p. 41-42).

Aquí está ya lo sustancial del enfoque de Drucker, que no ve modo de sustituir al Estado-Nación, aunque si ve la necesidad de su reforma. No tiene otro protagonista histórico a la vista.

Podríamos detenernos, pero preferimos traer a colación otras breves observaciones de Drucker sobre los procesos globalizadores para tener en la partida un mejor referente de nuestra actualidad. Toda recapitulación histórica se hace desde una actualidad concreta, y es bueno no dejarla demasiado en la sombra ni siquiera al principio. De algún modo, será retomada más tarde.

Veamos algo sobre los nuevos modos de globalización. Dice Drucker:

La teoría del comercio internacional asume, como un hecho, que la inversión sigue al comercio. La mayoría de la gente piensa en el comercio internacional de bienes cuando escuchan la frase “comercio internacional”, pero hoy, cada vez más, el comercio es el que sigue a la inversión. Los movimientos internacionales de capital, en lugar de los movimientos internacionales de bienes, se han convertido en el motor de la economía mundial y, mientras el comercio de bienes ha crecido más rápido desde la Segunda Guerra Mundial que durante cualquier otro periodo de la historia, el comercio de servicios ha crecido a un ritmo aun mayor, tanto los servicios financieros como de asesoramiento sobre administración, contabilidad, seguros o comercio minorista. Las exportaciones de servicios hace veinte años eran tan bajas que raramente se las registraba en estadísticas comerciales. Hoy representan una cuarta parte de las exportaciones de Estados Unidos y son los únicos que generan superávit considerables en las exportaciones de ese país (p. 48).

Según Drucker, esto exige nuevas teorías y políticas, lo que explica el repentino interés actual respecto a las políticas de desarrollo nacional de Friedrich List, tan asociado a la línea de Alexander Hamilton y Henry Clay.

Lo que hace que estas viejas ideas resulten atractivas es el hecho que Hamilton, Clay y List no se concentraron en el comercio. No eran ni partidarios del libre comercio ni proteccionistas. Se basaban en la inversión. Las economías asiáticas, comenzando por Japón después de la Segunda Guerra Mundial, han estado siguiendo políticas similares a las que Hamilton y Clay avalaban para Estados Unidos cuando este país estaba aún en pañales. Las políticas económicas que podrían aflorar en la próxima generación no serán ni de libre comercio ni proteccionistas, sino que pondrán el énfasis en las inversiones más que en el comercio (p. 50).

Conviene agregar la breve referencia con que Drucker ubica la nueva situación del poder de Estados Unidos:

A pesar de que el país del Norte continua siendo la potencia económica más grande del mundo —y probablemente lo seguirá siendo durante muchos años más— el intento de moldear la economía mundial con sus conceptos nacionales, legales y económicos es fútil. En una economía global en la cual los principales protagonistas pueden surgir del día a la noche, no puede existir una potencia económica dominante. No obstante existe, por cierto, la necesidad de normas morales, legales y económicas que sean aceptadas y aplicadas en toda la economía global. Por

lo tanto, un desafío fundamental es el desarrollo de una legislación internacional y organizaciones supra-nacionales que puedan preparar y exigir el cumplimiento de normas para dicha economía (p. 51).

Finalmente, Drucker remata su artículo:

Desde principios de la Revolución Industrial, se ha sostenido que la interdependencia económica demostraría ser más fuerte que las pasiones nacionales... Sin embargo, toda vez que en los últimos doscientos años las pasiones políticas y la política de los Estados-Nación chocaron contra la racionalidad económica, las pasiones políticas y el Estado-Nación resultaron vencedores (p. 54).

Así, tenemos ya una primera perspectiva de la crisis del Estado-Nación desde los 90 y desde dos ángulos opuestos. Aunque a las finales, ambos requieren más una “reforma” del Estado-Nación, que su desaparición. A pesar de su muerte tan anunciada, el Estado-Nación no parece tener tan mala salud. ¿Por qué se proclama su muerte y se afirma su vida tan a menudo y tan contradictoriamente? ¿No estarán pasando las dos cosas por debajo del mismo rótulo de Estado-Nación?

Ohmae está muy ligado al ámbito de los Estados emergentes del Sudeste Asiático (asean), donde hay varios “Estados-Ciudad posmodernos” que le sirven de modelo. Desde una experiencia latinoamericana, esa reivindicación posmoderna de los Estados-Ciudad y sus zonas sonaría como una extraña ocurrencia. En cambio, Drucker es de los más consistentes pensadores económicos de Estados Unidos, eje actual de la economía mundial. Como ejemplificación introductoria a la cuestión básica del Estado-Nación en el umbral del siglo xxi, con especial énfasis en América Latina, con estos dos autores es suficiente. Multiplicar ejemplificaciones sólo sería engorroso. Solamente cabe puntualizar que se trata de escritos anteriores a la crisis económica asiática de la segunda mitad del año 1997. Esta crisis asiática ha vuelto humo los pensamientos de Ohmae.

Estamos en condiciones ahora de entrar en una necesaria recapitulación histórica, que nos permita discernir los tipos de Estado-Nación que arrojan más luz sobre la historia de América Latina y los procesos que ahora estamos enfrentando en esta segunda ola integradora de los noventa.

---

[1] Kenichi Ohmae, *El fin del Estado-nación*, Santiago de Chile, Andrés Bello, 1997. Las siguientes citas de Ohmae corresponden a esta edición y solo llevan entre paréntesis el número de página.

[2] Peter Drucker, “La economía global y el Estado-Nación”, *Archivos del Presente*, Buenos Aires, III, 10, octubre-diciembre 1997, pp. 41-54. Las siguientes citas de Drucker corresponden a esta edición y solo llevan entre paréntesis el número de página.

Nuestro asunto implica el despliegue de la Revolución Industrial sobre los mundos agrarios. No son ya los viejos mundos “agrario-urbanos” anteriores a ella, sino en la medida que empiezan a conectarse con la Revolución Industrial. Los mundos pre-industriales solo nos interesan en su conexión real con los mundos industriales. Pues una cosa son los mundos agrarios y otra estos mismos mundos agrarios vueltos parte dependiente de los mundos industriales. La onda progresiva industrializadora comenzó justamente ya poco antes del siglo xix con el primer Estado Nacional Industrial, Gran Bretaña, seguida luego por Francia, y estos dos serán los poderosos paradigmas de los Estados-Nación Industriales que les sigan hasta comienzos del siglo xx, como Alemania, Italia y Japón. Con lo que tenemos ya cinco de los integrantes del G-7 contemporáneo; el grupo de los Estados que forman hoy la sociedad mundial más exclusiva y determinante.

La aparición de los dos primeros Estados-Nación Industriales es también esencial en el destino de América Latina. Pues su lucha, que dirime lo que se ha llamado la “segunda guerra de los cien años” entre Inglaterra y Francia, determinó el arrasamiento de España y Portugal y precipitó por ende la independencia de América Latina, también en las décadas primeras del siglo xix. Pasamos de la periferia del centro metropolitano español y portugués, a la del centro metropolitano británico, secundariamente de Francia y luego de Europa Occidental. De Estados Unidos de Norteamérica, por su caso excepcional y anticipador, hablaremos más adelante.

América Latina con su independencia pasa del eje ibérico a la periferia agraria de los Estados-Nación Industriales emergentes entonces. Allí debe comenzar nuestra recapitulación histórica. Es el punto de partida obligado. Nuestra entrada en la era de la Revolución Industrial fue como una de sus contracaras agrarias; así entramos paradójicamente en ella. Todavía no hemos superado completamente esa paradoja, que significa nuestro retraso. En la segunda mitad del siglo xx llegamos en áreas a una “industrialización derivada” ponderable, pero no alcanzamos aún una endógena “industrialización creativa”, propia de los países de vanguardia, los protagonistas principales.

De tal modo, usando para el ayer un lenguaje de hoy, ya desde el tiempo de la Independencia comienza la tensión desarrollo-subdesarrollo, la gran dinámica conflictiva histórica que traza una divisoria móvil y dramática de las nuevas asimetrías económico-científica-tecnológicas que escinde el proceso de globalización moderna iniciado por Colón, Vasco da Gama y Magallanes-Elcano, especialmente con el salto de la Revolución Industrial. Este proceso, de distintas etapas, de una globalización escindida por dentro, alcanza a nuestros días. Se entiende, formas nuevas de una intensidad globalizadora creciente. La globalización comenzó antes que la Revolución Industrial, pero se ha acelerado extraordinariamente desde hace dos siglos,<sup>[1]</sup> particularmente en estos años noventa, variando y aun agravando sus escisiones internas. También modificándolas.

a) El Estado-Nación, gozne de la sociedad agraria a la industrial

Estas son solo algunas aclaraciones previas, para entrar en historia tan compleja sin demasiados presupuestos oscuros por excesivamente implícitos. La claridad exige lo más explícito posible.

Las más diversas perspectivas de la historia universal reconocen la existencia de un movimiento global de sociedades agrarias a sociedades industriales. Esta visión evolutiva en sus términos más generales es propiedad común de las más diferentes filosofías de la historia y sociologías.

La misma sociología sabe que su nacimiento está justamente en la transición de lo agrario a lo industrial en el siglo xix. Este vasto y complejo movimiento de lo agrario-urbano a lo urbano-industrial anima los enfoques de Comte y Spencer, de Marx a Teilhard de Chardin. Alcanza hasta los oleajes más recientes de Marshall Mac Luhan y Alvin Toffler.

Gozne del pasaje agrario-urbano a urbano-industrial ha sido el Estado-Nación, que desde la civilización europea de los siglos xviii y xix se ha ido planetarizando para atravesar los pasajes de la antigüedad agraria a la modernidad industrial de los más distintos y múltiples círculos culturales no occidentales. De hecho, es el Estado-Nación el ámbito que preside el tránsito a las grandes sociedades industriales, por lo menos en la primera instancia. Un tránsito múltiple, complejo, contingente, que hace del Estado-Nación algo tan aparentemente proteico y variado. Así, los Estados-Nación han sido un surgimiento o invento histórico bien reciente, de apenas dos siglos, que sigue proliferando en unas zonas, en tanto que en otras parece estar en un momento de crisis, no se sabe si de transformación o desaparición.

En los últimos veinte años se ha intensificado mucho el estudio de los nacionalismos y de los Estados-Nación. Y como es obvio abundan más los productos mediocres que los buenos. A nuestro criterio, Ernest Gellner en uno de los que ve más claramente esa inserción y papel del Estado-Nación en el gozne de la sociedad agrario-urbana a la industrial. Tomemos pues la referencia de una obra de Gellner,[\[2\]](#) como apoyo a dos o tres esclarecimientos básicos. Gellner tiene supuestos filosóficos que no compartimos, pero no que vulneran las observaciones que ahora nos importan.

No toda sociedad agraria ha tenido Estado. Este aparece como aparato especializado en la mantención del orden en una sociedad de cierta complejidad, cuando ya el excedente agrario ha permitido el nacimiento de las ciudades, y éstas el alfabeto o la escritura. En la era agraria el alfabeto es sólo patrimonio de pocos. Dice Gellner:

En el Estado agrario alfabetizado tipo, la clase dirigente está formada por una pequeña minoría de la población estrictamente separada de la gran mayoría de productores agrícolas directos o campesinos. En términos generales, su ideología, más que atemperar, acentúa la desigualdad de clase y el grado de alejamiento del estrato dirigente. Este a su vez, puede subdividirse en cierto número de capas más especializadas: guerreros, sacerdotes, clérigos, administradores, ciudadanos. Algunas de estas capas (el clero Cristiano por ejemplo) pueden no ser hereditarias y pasar una tría en cada generación, aunque los estratos hereditarios tengan la posibilidad de vigilar atentamente ese reclutamiento. Sin embargo, el punto más importante es el siguiente: el estrato dirigente, tanto en general como para los diferentes substratos que alberga, hace hincapié, más que en la homogeneidad, en la diferenciación cultural. Cuanto más diferenciados estén los diversos estratos en toda clase de detalles, menos fricción y ambigüedad habrá entre ellos. Todo el sistema propicia una división cultural en series horizontales. A fin de fortalecer la diferenciación y darle autoridad y persistencia se atribuyen diferencias genéticas y culturales a lo que en realidad no es más que estratos diferenciados por su función. [...] Debajo de la minoría horizontalmente estratificada que está en la cúspide existe otro mundo, el de las pequeñas comunidades separadas entre sí verticalmente que forman los miembros legos de la sociedad. En este caso la diferenciación cultural está también muy marcada, pero las causas son muy diferentes. Atadas a la región por necesidad económica, cuando no por prescripción política, las

pequeñas comunidades campesinas suelen llevar una existencia vuelta hacia sí mismas... enseguida cierta deriva cultural engendra diferencias dialectales y de otros tipos. Nadie o casi nadie tienen interés en promover la homogeneidad cultural en este nivel social. Las preocupaciones del Estado no van más allá de recaudar impuestos y mantener la paz, y no tiene ningún interés en promover la comunicación entre las comunidades verticales que le están subordinadas (pp. 23-24).

Esto puede sintetizarse así:

Las culturas desarrolladas agrarias eran realización minoritaria de especialistas privilegiados, y se distinguían de las culturas populares mayoritarias fragmentadas y descodificadas sobre las que prevalecían y lucharon por dominar” (p. 180). La sociedad productora de alimentos era ante todo una sociedad que permitía a algunos hombres no ser productores de comida, pero que obligaba a la mayoría de ellos a serlo. La sociedad industrial ha logrado acabar con esta necesidad (p. 179).

Pasemos entonces al otro polo, el industrial:

La humanidad está irremisiblemente entregada a la sociedad industrial y, por tanto a una sociedad con un sistema productivo basado en la acumulación de ciencia y tecnología (p. 59). La era industrial heredó tanto las unidades políticas como las culturas, desarrolladas y no desarrolladas, de la era anterior. No había ninguna razón para que hubieran de fundirse súbitamente en una sola, pero sí las había —y buenas— para que no fuera así: el industrialismo no llegó a todas partes del mundo al mismo tiempo y tampoco de la misma forma (p. 74). Visionarios y comentaristas, tanto de izquierda como de derecha, auguraron a menudo el internacionalismo, pero en realidad advino todo lo contrario: la era del nacionalismo. (p. 75).

El nacionalismo es un vasto factor homogeneizador, más allá de familias, clanes, fragmentaciones de culturas primarias. Es un gozne hacia los grandes espacios unificados que exige la sociedad industrial. Para Gellner nacionalismo e industrialización van de la mano convocándose el uno al otro:

La industrialización engendra una sociedad móvil y culturalmente homogénea que, como consecuencia, tiene unas expectativas y aspiraciones igualitarias de las que por regla general habían carecido las estables, estratificadas, dogmáticas y absolutistas sociedades agrarias anteriores (p. 101).

La comunicación, y por tanto la cultura, adquieren importancia nueva y sin precedentes. En efecto, la sociedad industrial, cuya esencia hoy nos es más fácil de percibir,

[...] ha llevado la división del trabajo hasta un límite nuevo y sin precedentes; pero mayor importancia que esto tiene que ha engendrado un nuevo tipo de división del trabajo: una división del trabajo que exige que los hombres que forman parte de ella estén preparados para poder cambiar de ocupación durante su existencia, y ni qué decir de una generación a otra. Estos hombres necesitan no sólo una cultura común, sino también que esa cultura sea alfabetizada y avanzada... La movilidad, la comunicación, la capacitación que origina el refinamiento de la especialización que impone el orden industrial por su sed de riqueza y de crecimiento obliga a que sus unidades sociales sean grandes, pero también culturalmente homogéneas. El

mantenimiento de este tipo de cultura, inevitablemente desarrollada (por ser alfabetizada) requiere la protección de un Estado, de un agente —o más bien un conjunto de agentes— que mantenga el orden centralizado y que pueda reunir y dispensar los recursos necesarios tanto para sustentar una cultura desarrollada como para asegurar su difusión a toda la población, un logro inconcebible y que ni siquiera se planteó en el mundo preindustrial (p. 180).

Se comprende así cómo la era de la industrialización se volvió la era de los Estados-Nación, que fueron dejando atrás la era agraria, con sus Ciudades-Estados, señores feudales, aldeas autosubsistentes, o imperios multiétnicos por lo común desmesurados y relativamente frágiles. Hemos tomado la polaridad tipo de Gellner, pues en su claridad nos permite ver que la realidad latinoamericana que nos atañe es justamente el movimiento mixturado de diferentes modos e intensidades entre el polo agrario-urbano y el urbano-industrial. Los distintos tipos de mixtura de los dos polos permitirán caracterizar los distintos tipos de Estado-Nación y su posición de atraso o progreso en el movimiento hacia la sociedad industrial, que en nuestra terminología incluye a variados subtipos, incluso lo que algunos llaman sociedades pos-industriales. Para nosotros la sociedad informática sería una nueva forma y etapa de la sociedad industrial. Asunto de usos terminológicos.

La polaridad entre sociedad agraria e industrial no es sólo una comparación abstracta de diferencias, sino —en términos muy generales— una sucesión, un movimiento histórico de lo agrario a lo industrial. Una dirección en conjunto irreversible. Muestra así una de las direcciones más claras de la historia. Probablemente esta dirección integra el sentido de la historia. Aunque no sea ese el sentido mismo, que la rebasa.

Quisiéramos completar del modo más sencillo posible la visión dinámica de Gellner para subrayar el momento del Estado-Nación dentro del proceso histórico. Buen complemento es la ya añeja obra de José Comblin, *Nação e Nacionalismo*,<sup>[3]</sup> escrita en medio de la primera oleada integracionista latinoamericana de los años sesenta.

Comblin es un prolífico teólogo católico belga-latinoamericano, que hace décadas reside en América Latina, entre Chile y Brasil. Su obra sintetiza bien la tradición de las mejores reflexiones sobre el nacionalismo y la nación como las de Hans Khon, Carlton Hayes, Claudie Weill, y particularmente a los brasileños del famoso grupo del Instituto Superior de Estudios Brasileños (iseb), con Helio Jaguaribe, Álvaro Vieira Pinto, Alberto Guerreiro Ramos, Cândido Mendes de Almeida, Roland Corbisier. Que uno sepa, Comblin desde entonces no ha retomado esta temática. Lo que importa es que comparte la tipología sociológica de Gellner, antes de Gellner, pero insistiendo más en la dimensión genética histórica del Estado-Nación moderno.

Para Comblin la perspectiva esencial es la nación en el proceso de unificación de la humanidad. La Nación camino a la universalidad de la humanidad. Lo que significa la globalización total, el Estado-Universal, y para un teólogo como Comblin, la exigencia radical en la libertad personal de la universalidad (catolicidad) religiosa. No tomamos aquí esta problemática en su totalidad, sino restringida al Estado-Nación.

Para Comblin la historia es una marcha de la “comunidad natural” (familia, clan, tribu) hacia el “más allá de las estirpes, de las dinastías”, en una comunidad que lleva a solidaridades “transfamiliares” mucho más amplias, y que implican a la vez una “personificación” y una

“universalización”. Hay así un movimiento histórico de “tres tendencias: de la dispersión a la unidad, de lo simple a lo complejo, de la naturaleza a la persona” (p. 21).

El punto de partida es la dispersión. La humanidad pre-agraria, de cazadores y recolectores, por miles y miles de años fue dispersándose por la Tierra, en pequeños grupos familiares. Estas características siguen en las primeras etapas de la revolución agraria. Este movimiento expansivo

[...] dejó en la superficie de la Tierra un archipiélago de millones de grupos más o menos independientes y aislados. Decíase de la India que era un millón de aldeas. Lo mismo se podía decir de todo el género humano. La dispersión geográfica trajo consigo la diferenciación. Los grupos aislados se desenvolvían casi sin contacto con los demás en la línea de sus características, adaptándose cada vez más unilateralmente a su sitio natural: formaban cada uno su dialecto, sus costumbres, ritos, mitos, tradiciones, etc. (p. 22).

La tendencia a la dispersión, adaptación, especialización y diferenciación es lo más próximo a la animalidad, a la naturaleza. Pero avanzando el hombre en la era agraria, con la emergencia de las ciudades tomó cada vez más forma y fuerza el movimiento contrario a la dispersión, la unificación. Aquí se hace visible el pasaje cada vez más intenso de la segunda tendencia, de lo simple a lo más complejo. Las primeras civilizaciones, asentándose sobre el excedente agrario, manifiestan esa tendencia a la unificación de los grupos. La unificación empieza a superar a la dispersión, multiplicando las relaciones humanas sin cesar, los intercambios de todo tipo. “O la humanidad se detiene o multiplica las relaciones inter-humanas” (p. 24). Todo nuevo paso adelante resulta de nuevos contactos con nuevas formas de pensamiento. La ley de la historia humana es la complejización.

En esta marcha unificadora van surgiendo reinos, ciudades, Imperios. Los Imperios son vastas unificaciones. Su punto de partida es por lo general la alianza y hegemonía de determinadas ciudades. O el apoderamiento de pueblos aguerridos de las redes de ciudades, sus aldeas y campesinos. Así, de la edad primitiva, igualdad de los clanes, se fue pasando al dominio de unos clanes sobre otros, a regímenes aristocráticos, desiguales.

La sociedad aristocrática resulta de la conquista de varios y aún de muchos clanes y aldeas por un grupo más audaz y poderoso: este se constituye en una clase alta de señores y hace trabajar a los grupos vencidos tratados como clase inferior de siervos o esclavos. Son grupos aristocráticos que obligan a otros a trabajarles para asegurarles los bienes superiores de la cultura, del confort, de la salud. Tal sociedad supone la existencia de técnicas más desarrolladas y capaces de producir bienes superiores a los de mera subsistencia, pero en número limitado. La clase alta luego de haberlos monopolizado por la conquista, reivindica la conservación de sus privilegios en nombre de una esencia superior. La condición fundamental de una sociedad aristocrática es la limitación de las técnicas: no sabe producir bienes superiores en cantidades suficientes para todos. Entonces el dilema es: o algunos o ninguno. Las sociedades que responden ninguno, quedan en estado primitivo de clan y no se desarrollan; las sociedades que aceptan los privilegios de algunos se desarrollan. De facto, todas las civilizaciones hasta ahora fueron aristocráticas (p. 78).

Así fue durante los últimos cuatro o cinco milenios. Cabe señalar, sin embargo, que en su seno fueron naciendo las religiones universales. Pero, en suma, es el “antiguo régimen” a que aludía la Revolución Francesa. Cuando el antiguo régimen empieza a quebrar, en el estadio que fuere, empieza a surgir el Estado-Nación. Desde las aristocracias terratenientes y comerciales, desde los clanes naturales como en el África negra contemporánea. Es el final de los encierros familísticos. “La Nación es el dinamismo que va desde la comunidad natural a la comunidad que reúne a todos los hombres” (p. 63).

El Estado-Nación moderno supone para Comblin una vasta historia preparatoria, que viene de Israel, Grecia y Roma, de la Iglesia Cristiana, conjugación de aquellas, que afirma la igualdad constitutiva ante Dios, a la vez que la libertad responsable personal y la hermandad universal. El monaquismo y el celibato cristiano ha sido parte de la lucha contra el particularismo familístico. En este punto Gellner tiene observaciones precisas, muy bien desarrolladas. Muestra cómo aquel ha sido superado por la sociedad industrial. El Estado-Nación es un producto de la cultura occidental, que se ha universalizado en las más variadas inserciones. Supone en su gestación corrientes religiosas, burocráticas y jurídicas, científico-tecnológicas, filosóficas y económicas. En su contingencia, responde sin embargo a necesidades universales. La exigencia democratizadora es ínsita al Estado-Nación, que por supuesto tiene sus tentaciones, como las recaídas en formas de tribalismo y sacralización que implican graves saltos atrás.

La perspectiva final de Comblin —haciendo abstracción de su visión religiosa— es:

En la sociedad aristocrática solo la clase alta hace la historia. Sólo ella tiene historia... El pueblo no era otra cosa sino el instrumento pasivo de la historia de los grandes. La sociedad primitiva no tenía historia: su historia era el ritmo de las estaciones, de vida y de muerte, de los flagelos mortales, de los movimientos ciegos de desplazamientos de las poblaciones. La sociedad nacional aspira a ser toda histórica. Su contextura es más compleja que el de la sociedad democrática, su historia será obra de la interferencia de millones de voluntades personales. Todos los individuos tendrán historia (p. 80).

Casi todas las naciones se formaron a partir de las sociedades aristocráticas. Por lo común son obstáculo al desarrollo del nacionalismo, pero en algunas naciones —por ejemplo Inglaterra— prepararon con otros sectores condiciones para la emergencia de la nación. Pero, en general, la nación nace sobre las ruinas del sistema aristocrático.

La sociedad nacional supone aspiraciones humanas junto al advenimiento de las técnicas modernas. Está basada en la reivindicación de igualdad en la posesión, uso, ejercicio y distribución de los bienes materiales y culturales. No acepta otra distinción que la fundada en el valor personal (p. 78).

El Estado-Nación, experiencia de vida común y voluntad de vivir juntos históricamente,

[...] no sería capaz de mantener la unidad nacional, de resistir las fuerzas centrifugas, ni principalmente lograr el consentimiento de los súbditos, si no tuviese una base material sólida... Encuentra una base material sólida cuando el comercio y la industria comienzan a exigir tales unidades y tales mercados. La Nación es el medio favorable al crecimiento de la industria y el comercio en la edad contemporánea, a pesar de ser ya sensible a la exigencia futura de unidades

mayores que las unidades nacionales (p. 70). Concluamos: el factor económico en sí no sería suficiente para generar la nación. Muchos elementos objetivos y subjetivos son indispensables y hasta más fuertes. Pero la Nación, aunque creada por otros factores, no es capaz de desenvolverse si no existe la base material de técnica, de industria, de comercio conforme al nivel alcanzado por las naciones adelantadas. En una palabra, la Nación exige los fundamentos de una sociedad industrial. (p. 75).

Una reflexión provisoria recapituladora de lo que hasta ahora hemos visto respecto del Estado-Nación Industrial. Llamamos "clásico" al paradigma más normal de los Estados-Nación como fueron Gran Bretaña, Francia, Alemania, Italia y Japón. Los más paradigmáticos han sido Gran Bretaña y Francia, ya que los otros les son siguientes.

Tres elementos confluyen en la constitución del Estado-Nación "clásico": a) Un Estado con su burocracia organizadora, que implica una gran herencia del derecho romano, que incluye al ejército, símbolo mayor del monopolio de la violencia. b) Una industria, que desde la revolución maquinista inglesa implica de más en más la unidad de ciencia y tecnología con la misma industrialización. Cada vez más, desde el siglo XIX, no es posible ninguna sociedad industrial moderna, sin un creciente dominio y difusión científico-tecnológica. Lo industrial implica lo científico-tecnológico de modo crecientemente indisoluble. Una sociedad que no tenga el mayor despliegue científico-tecnológico, será literariamente industrialista pero no será industrial. c) Una alfabetización universal, lo que implica una lengua común, un idioma literario, si no total, sí hegemónico. La cultura y la comunicación común que instaura una dinámica nacional igualitaria, se objetiva en la alfabetización total, a la altura de las exigencias de la época. Este espacio homogeneizador se manifiesta en una común cultura nacional. De ahí que el Estado-Nación industrializador sea tendencialmente, de modo no desarraigable, democrático.

Estado (burocracia), Industria (ciencia-tecnología), Educación común (alfabetización, cultura común, idioma común, nación, democratización). A estos tres elementos sería pertinente un cuarto: empresas que compiten en el mercado. La dinámica del capitalismo empresarial exige, por la competencia abierta, la mayor eficacia económica, lo que implica como ha mostrado Schumpeter, la incesante innovación tecnológica y el aumento de productividad. Al cerrarse como vía muerta históricamente la experiencia de la economía de planificación total y burocrática (caída de la URSS), hasta nuevo aviso de la historia real, esta cuarta dimensión podemos incorporarla a la segunda mencionada, la industria. Es decir, en el aspecto industria incluimos la dinámica del mercado, al haberse descartado la alternativa comunista, al menos por una larga temporada.

Pudiera decirse que los tres elementos se enlazan íntimamente en su complejidad, y sus relaciones y graduaciones recíprocas pueden generar tipologías diferentes variadas. Así, por ejemplo, el Estado no es solo burocracia, ni solo responsable de una educación común moderna, sino también, inherentemente, de participación política democrática. Puede no ser democrático en un momento, pero en la Sociedad Industrial, al Estado le es inherente la exigencia democratizadora. Por eso el Estado es aun indirectamente nacionalizador, por más que respete el derecho de las minorías. De tal modo, hay una exigencia de circulación entre los tres elementos del Estado-Nación Industrial. En estos dos siglos, ha sido una gran lucha con las sobrevivencias aristocráticas de las sociedades agrarias más estáticas, en transformación.

A su vez, en la Sociedad Industrial, fruto de la eficacia en el mercado (aunque no solamente), renacen sin cesar nuevas aristocracias del dinero, mucho más fluidas e inestables que las aristocracias antiguas. Pues están jaqueadas sin cesar por la democratización social que las acosa y que a la vez quieren manipular, y por la competencia económica de otros grupos. Esa es la peculiar dinámica conflictiva económica, social y cultural, de nuestras sociedades capitalistas y democráticas. La tensión sociedad capitalista y sociedad democrática es a veces complementación de contrarios, pero pueden volverse contradictorios por el predominio de uno de los dos polos: si del democrático, puede ser sociedad estacionaria regresiva; si del capitalista, puede destruir al demos.

El Estado-Nación Industrial tiende a ser cada vez más dilatado, por su lógica estructural. Así, las dos perspectivas convergentes de Gellner y Comblin, aunque no se lo plantean formalmente, están abiertas a la "continuidad-salto" de un más allá del Estado-Nación, en el sentido de los Estados-Continente que postula Felipe Herrera. Es más, diría que desembocan naturalmente en el Estado-Continental. Pero no asumieron el tema. Gellner y Comblin no conceptualizaron el más allá del Estado-Nación Industrial clásico y por eso sus apreciaciones sobre la actualidad quedan indeterminadas y oscuras. Quedaron en el umbral. Pudieron dar ese paso, pero no lo hicieron. Al no hacerlo quedan confusos. Aunque otros, y no sólo Felipe Herrera, ya habían dado ese paso. Para nosotros en los noventa, esta cuestión se plantea de modo ineludible, si queremos comprender y responder a los desafíos verdaderos del Mercosur y del alca.

El Estado-Nación aparecía como la última mediación hacia el Estado-Universal. Parece ser que el proceso de globalización no tiene otro desenlace terminal que un solo Estado-Mundial. Cualquiera con sentido común y prudencia puede vislumbrarlo totalmente emergido en uno o dos siglos más. Es algo que empieza a integrar el horizonte normal. Está en la lógica histórica de lo más probable. Ese Estado-Universal no es el fin de la historia. Es sólo el fin del proceso de unificación mundial. Le seguirá la historia del Estado-Global, de la Tierra. No habrá más guerras internacionales, sino sólo guerras civiles. El Estado de la aldea total tampoco será el fin del conflicto en la historia.

Pero el pasaje a ese Estado-Mundial, saldrá del concierto y lucha de los Estados-Continentales. Hacia ellos se encamina nuestro próximo esclarecimiento.

Efectuado este conjunto de precisiones, no sólo nos será más fácil una brevísima reseña de los Estados-Nación Industriales decimonónicos sino una mejor comprensión de la irrupción de los Estados-Continentales y la proliferación de los micro-Estados en el siglo xx. Podremos abordar así finalmente nuestra cuestión específica latinoamericana con muchas cartas a la vista, con gran simplificación en las tareas del seguimiento histórico, tanto de los intentos de unidad latinoamericanos como panamericanos, pues la pregunta se volvería ¿puede América Latina, en todo o en parte, construir un Estado-Continental moderno?

b) Múltiple equívoco de Estados-Nación que no pasan el umbral

Empecemos por la reseña de los Estados-Nación Industriales decimonónicos, es decir, clásicos. En Europa Occidental es donde surgen los primeros dos Estados-Nación Industriales, Gran Bretaña y Francia, que brindan una base relativamente suficiente a las industrias para un

desarrollo a escala. Aparecen como los más cohesionados, amplios, bien poblados. Alrededor de 1820 Saint-Simon escribía sobre la sociedad industrial.

Gran Bretaña es la más poderosa e incomparable. Ya efectúa su salto industrial muy íntimamente ligada al mercado mundial que había ido formando el capitalismo comercial. Su industria tenía la amplia plataforma de un gran mercado interno de trabajadores libres, un espacio cultural homogéneo, que le daba el conjunto de recursos modernos que le permitían el despliegue mundial. Es cuando se asienta el mito que industrialización y protestantismo van juntos. G. D. H. Cole señala un hecho de interés:

El más cercano rival de la Gran Bretaña en la minería y en la producción industrial era Bélgica, Estado libre desde la revolución de 1830, en que aseguró su separación de Holanda. Los industriales belgas iban a la cabeza del resto de Europa continental por la aplicación de las nuevas técnicas productoras en las industrias textiles, en la minería del carbón y en la industria metalúrgica, y el capital inglés desempeñó un papel importante en el desarrollo de Bélgica. Pero este país, ya altamente industrializado, era demasiado pequeño para convertirse en un peligroso rival de Gran Bretaña, salvo en un área sumamente reducida de Europa Occidental.[\[4\]](#)

Bélgica había asentado su revolución industrial bajo la protección del bloqueo continental de Napoleón contra Inglaterra.[\[5\]](#) La Gran Bretaña protestante eclipsó a la pequeña Bélgica católica, a todos los efectos, a pesar de su nivel industrial similar. Hobsbawm en su obra Naciones y Nacionalismo desde 1780[\[6\]](#) señala que “el Dictionnaire politique de Garnier-Pagés en 1843 juzgaba ‘ridículo’ que Bélgica y Portugal fuesen naciones independientes, porque eran evidentemente demasiado pequeñas” (p. 39). Hobsbawm dice que List

[...] formuló claramente una característica del concepto liberal de nación a la que normalmente no se prestaba la debida atención. Tenía que ser del tamaño suficiente para formar una unidad de desarrollo que fuese viable. Esto parecía demasiado obvio para requerir argumentos y raramente se razonaba (p. 39).

Acotemos que Bélgica se independizó como “Estado tapón” sostenido por Inglaterra, y cuyo operador principal fue el conocido Lord Ponsonby. Formaba parte del control inglés de las bocas del Rin.

¿Qué es para Friedrich List una nación “normal”?

La nación normal posee una lengua y una literatura, un territorio provisto de numerosos recursos, extenso, bien delimitado, una población considerable; la agricultura, la industria manufacturera, el comercio y la navegación están en ella armoniosamente desarrollados; las artes y las ciencias, los medios de instrucción y la cultura en general, se encuentran a la altura de la producción material... Una población numerosa y un territorio vasto y provisto de variados recursos son elementos esenciales de una nacionalidad normal y las condiciones fundamentales, tanto de la cultura moral como del desarrollo material y de la potencia política. Una nación limitada en su población y en su territorio, sobre todo si habla un idioma particular, sólo puede ofrecer una literatura raquíta y establecimientos mediocres para el fomento de las ciencias y las artes. Un Estado pequeño no puede, dentro de su territorio, llevar a la perfección las diferentes ramas del trabajo. Toda protección constituye allí un monopolio privado. Sólo puede

mantener penosamente su existencia mediante alianzas con naciones más poderosas, mediante el sacrificio de una parte de las ventajas de la nacionalidad y por medio de esfuerzos extraordinarios.<sup>[7]</sup>

Había pues un “principio de umbral”, al decir de Hobsbawn, para ser Estado-Nación Industrial. Con este paradigma cumplieron Alemania, Italia y Japón, por lo que fueron naciones “normales”. Y en cierto sentido nadie más. Así comenta el norteamericano James Kurth que nada equiparable ocurrió aparte de estos cinco Estados-Nación ejemplares: “Casi todo el resto del mundo nunca ha producido candidatos serios para el rango de Nación-Estado”.<sup>[8]</sup> Pocos eran normales, es decir, no alcanzaban la norma del umbral.

Pero ¿no existen acaso multitud de Estados-Nación? ¿Son otras especies? Sin duda. La mayoría es de menor rango que los cinco Estados-Nación Industriales ejemplares, y unos pocos son de mayor rango. Estos últimos no pueden ser más que Estados-Continentales modernos, como los Estados Unidos de Norteamérica y Rusia. Detengámonos antes en los de menor rango, que entre ellos entran los de América Latina. En el siglo xix, y luego en la Primera Guerra Mundial, la descomposición de tres vastos imperios multiétnicos antiguos (el Imperio Otomano, el Imperio de los Habsburgo y el Imperio de los Romanov) dio lugar a una proliferación de Estados-Nación. Surgieron múltiples nacionalidades, donde ninguna cumplía con el principio del umbral. Fueron multitud de pequeños Estados-Nación, predominantemente agrarios, situados al Este de Europa y en los Balcanes. A ellos se refiere Hobsbawn en el capítulo 4 de la obra antes mencionada, cuando se abandona el criterio anterior de viabilidad industrial y todo se reduce a la etnicidad y la lengua, que se vuelven centrales y hasta únicos. En nuestro concepto es como una regresión medievalista de la idea de Estado-Nación.

Esta idea empobrecida de Estado-Nación es la que manejan paradójicamente de modo similar Lenin y Woodrow Wilson, pero con fines diferentes. Para Lenin se trataba de consolidar el pasaje del viejo Imperio zarista multiétnico a un Estado-Continental moderno, afirmando la multiplicidad de autonomías nacionales para un gigantesco Estado económicamente centralizado, como el de la urss. En tanto que Wilson al multiplicar los Estados-Nación agravaba la impotencia europea de gestar un Estado-Continental moderno. Es decir, dividía preventivamente más a Europa en el momento que emergía el poder mundial del primer Estado-Continental moderno, los Estados Unidos, que presidía. Wilson fue un realista, que aplicó a la vieja Europa el principio de “divide et impera”. Multiplicó su Babel con su “principio de nacionalidades”, que poco tiene que ver con la modernidad industrial.

“El principio de nacionalidad”, en la formulación wilsoniana que dominó los tratados de paz al concluir la Primera Guerra Mundial, produjo una Europa de veintiséis Estados —veintisiete si añadimos el Estado libre de Irlanda que se fundaría poco después. Me limito a añadir que en un solo estudio reciente de movimientos regionalistas en la Europa Occidental se cuentan cuarenta y dos de ellos, demostración de lo que puede suceder cuando se abandona el principio del umbral (Hobsbawn, op. cit. p. 41). Poner todo esto en la misma olla del Estado-Nación es asegurarse ininteligibilidad y confusión para siempre.

Pero este babelismo del término Estado-Nación se multiplica aún más intensamente si salimos de Europa Occidental y pasamos a América Latina desde el siglo xix, al mundo árabe, al África negra, a los nuevos Estados asiáticos nacidos del estallido de la urss y al mundo del sudeste

Asiático. La equivocidad del Estado-Nación llega al paroxismo. Nos basta ahora sólo una referencia a la originalidad de América Latina a este respecto, para retomarla más a fondo en el relato histórico del latinoamericanismo y panamericanismo. Aquí Estado-Nación tiene un origen y un sentido no equivalente a la aplicación del “principio de nacionalidades”, ni en Europa, ni en África, ni entre los árabes, ni en Asia. Tiene una acepción y un significado propios, incomparables a los demás conocidos, pues originalmente se tratan de “ciudades antiguas” que se disfrazan de Estado-Nación modernos al menos en su primera etapa.

En la apertura del siglo xix, los dos primeros Imperios ultramarinos americanos de la expansión europea del siglo xvi, de España y Portugal, se derrumban. Son dos imperios anteriores a la revolución industrial maquinista inglesa. Eminentemente agrarios y de minería. Establecidos principalmente sobre una red de ciudades costeras, o relativamente cercanas a la costa. Ciudades de burócratas, hacendados, comerciantes y artesanos, edificadas sobre distintos tipos de “ilotas”, esclavos, siervos, peones, etc. Algo así como el traslado de las ciudades antiguas mediterráneas al continente americano. La caída del Imperio Hispano es el desfonde de su extraordinaria burocracia unificadora, y el traslado del poder a los comerciantes y hacendados de las principales ciudades. Diría el sociólogo chileno Pedro Morandé: las “polis oligárquicas” son la sucesión del Imperio Hispano. No es extraño que sobre la obra de Fustel de Coulanges La Ciudad Antigua se inspirara La Ciudad Indiana de Juan Agustín García al filo del 1900. Así comenzó necesariamente nuestra reflexión histórica sobre la ciudad latinoamericana. Esas polis oligárquicas cabeza de región, fueron acotando su Estado-Nación por imitación constitucional, jurídica, de los paradigmas de los Estados-Nación Industriales europeos o de Estados Unidos. Hubo una modernización constitucionalista, conservando las bases agrarias tradicionales. Entonces un mismo círculo histórico-cultural de lengua común, se fragmentó en función de “naciones” derivadas de la hegemonía de una ciudad cabeza o capital. Es evidente que estas Ciudades-Estado antiguas que se configuraron en el siglo xix latinoamericano, estarían en las antípodas de las Ciudades-Estado posmodernas que imagina el japonés Kenichi Omhae. También fue lo contrario del “principio de nacionalidades” en Europa.

En América Latina ese “principio de nacionalidades” sólo se aplicará en el siglo xx a las minorías indígenas (aun cuando casi siempre ya muy mestizadas culturalmente) y surgirá una especie de multiplicación de “naciones” indias que poco tienen que ver con la sociedad industrial, sino con grupos oprimidos agrarios, de índole tribal, clánica, aldeana, que esgrimen, en este caso, utopías modernas a años luz de las cuestiones de viabilidad o del “principio del umbral”. Son como culturas fósiles precolombinas o poco mestizadas, con una modernización retórica, donde cambiar se vuelve un crimen. Aquí hay un drama complejo que no podemos ahora abordar.

Los Estados-Nación que dividen a América Latina fragmentan un mismo y dilatado círculo histórico-cultural homogéneo aún en sus mestizajes, que permite decir a Felipe Herrera: “América Latina es una gran Nación deshecha”. Aquí quizá el análogo mayor sería la fragmentación del círculo histórico-cultural árabe (círculo cultural que en sentido muy amplio se puede llamar nación), precipitada en la descomposición del Imperio Otomano y la dominación inglesa. Pero no parece ser, como aquí, un asunto originador de polis oligárquicas en modernización escritural, nominalista. Queda así apenas esbozado el punto de partida de los Estados-Nación latinoamericanos, bien lejanos a la realidad primaria de los cinco Estados-Nación industriales modernos.

Como se ve, sería cosa de no terminar con los subtipos de Estados-Nación que no alcanzan el principio del umbral. Aunque no sea descartable que alguno pueda alcanzarlo en políticas de integración regional. Lo que sí es claro es que el babelismo secundario y multiforme del Estado-Nación, en la medida que no se esclarezca, implica renunciar a todo verdadero pensamiento político. Pues renuncia a la percepción de las realidades básicas, en función de un formalismo vacío, que incapacita para toda política real, que sabe lo que quiere y lo que puede. Qué difícil es llamar a las cosas por su nombre, condición de toda acción eficaz.

Si hemos tratado los Estados-Nación de menor rango que el paradigma de los cinco, o sea el viejo principio del umbral, ahora pasamos al nivel de los de mayor rango comparativamente con el modelo clásico de los cinco. Es decir, el nivel del problema mayor actual de la integración latinoamericana. Llegamos ya al punto de nuestro mayor interés, que nos interna en el corazón de nuestro tiempo: el Estado-Continental. Lamentablemente Hobsbawn, que fija un principio del umbral para llegar a los Estados-Nación Industriales, no usa ese umbral para lo que les sigue: el Estado-Continental moderno. Entonces Hobsbawn termina su obra también en el desconcierto. No puede dar ideas ni sobre la actualidad, ni sobre el futuro.

---

[1] En realidad, fue en la Cristiandad latino-germana de los siglos xi al xiii que se inició la primera revolución industrial europea, junto con la emergencia de las ciudades medievales y la escolástica de Alberto Magno y Roger Bacon. La investigación de los últimos cuarenta años lo ha mostrado así, con Lynn White, Jean Gimpel, Carlo Cipolla y tantos otros. Este fue el primer salto cualitativo de Occidente, que pudo alcanzar entre otros aspectos la superioridad tecnológica naval y militar, que abrió paso a la política mundial de Portugal y Castilla. Esta primera revolución industrial también puso las condiciones para el doble salto siguiente, el de la revolución científica de la constitución de la física-matemática, con Galileo, Descartes y Newton, y el de la revolución industrial maquinista inglesa, que se unificarán indisolublemente en el curso del siglo xix. No trataremos los enlaces de este origen con nuestra cuestión, pues no viene a cuento en el marco de nuestro trabajo. La segunda revolución industrial (inglesa) es, a nuestros efectos, la primera. La revolución industrial medieval puso las bases modernas pero su poder de transfiguración productiva no pudo emerger arrolladoramente sobre los mundos agrarios. No tuvo ni la velocidad ni la productividad de la segunda revolución industrial, la inglesa. A cada paso, la aceleración es mayor.

[2] Ernest Gellner, *Naciones y nacionalismos*, Madrid, Alianza, 1988. Las siguientes citas de Gellner corresponden a esta edición y solo llevan entre paréntesis el número de página.

[3] José Comblin, *Nação e nacionalismo*, São Paulo, Duas Cidades, 1965. Las siguientes citas de Comblin corresponden a esta edición y solo llevan entre paréntesis el número de página.

[4] G. D. H. Cole, *Introducción a la Historia Económica*, México, FCE, 1957, p. 83.

[5] *Idem*, p. 51.

[6]Eric Hobsbawm, Naciones y nacionalismo desde 1780, Barcelona, Crítica, 1992. Las siguientes citas de Hobsbawm corresponden a esta edición y solo llevan entre paréntesis el número de página.

[7]Friedrich List, Sistema Nacional de Economía Política, Madrid, Aguilar, 1955, pág. 154 (edición original de 1841).

[8]James Kurth, “Hacia el mundo posmoderno”. Facetas, 100, Servicio Informativo Cultural de Estados Unidos, 1993, p. 10.

El nacimiento del Estado Continental Moderno. Estados Unidos y la URSS.

Llegamos aquí a nuestro punto neurálgico: el Estado Continental. O sea, entramos en los antecedentes necesarios para que se comprendan plenamente los orígenes del planteo de Felipe Herrera; antecedentes poco recordados y poco usados por los analistas políticos contemporáneos. Más aún, diría que es sorprendente la ignorancia de las Ciencias Políticas hoy respecto de la importancia de la conceptualización de los Estados-Continentales y su génesis moderna, como necesario y actual más allá de los Estados-Nación Industriales. Veamos el asunto.

Los Estados-Nación Industriales “normales” del siglo pasado, Gran Bretaña, Francia, Alemania, Italia y Japón, fueron silenciosamente rebasados, como “de costado”, de modo inexorable por el gigantesco Estado-Continental Industrial: los Estados Unidos de Norteamérica. Esta nueva situación fue gestándose desde comienzos del siglo xix, desde la compra de Luisiana en 1803 hasta la ocupación de California sobre el Océano Pacífico, realizada contra México en 1848. Se acuñaba una situación excepcional, en relación a los parámetros entonces normales de las potencias industriales. Estas pasaban de ser paradigmáticas, a ser potencias medianas. De esto no tomaron plenamente conciencia hasta la Segunda Guerra Mundial; lo que muestra cuán poderosas son las inercias y prejuicios históricos.

En su conjunto, el proceso norteamericano de fantástico crecimiento, sin parangón en la historia, fue en una marcha interna, en cierto sentido aislada de la política mundial. Fue sólo intracontinental, sin interferir en el mundo. Durante el siglo xix Estados Unidos fue principalmente gran exportador agrícola y cárnico. Sus industrias se desarrollaron desde el principio, impulsadas por Alexander Hamilton y Henry Clay, con duras vicisitudes por conflicto de intereses con los agroexportadores, en especial los esclavistas algodoneros. El algodón era la mayor exportación norteamericana, que iba hacia Inglaterra. Esto desembocó en la Guerra de Secesión (1860-64) con la victoria de los industriales proteccionistas del norte. De ahí en adelante, es la eclosión extraordinaria de la Revolución Industrial norteamericana del último tercio del siglo xix. De modo paralelo con Alemania. Solo que Alemania emergía en Europa, sensible centro del poder y la política mundiales, en tanto que el coloso norteamericano se deslizaba en las márgenes de América. Maduraba tranquilo sin agitaciones.

Es el momento en que Estados Unidos acentúa sus protecciones industriales. Una anécdota significativa:

Cuando en 1879 el ex presidente (Ulysses Grant) fue a Manchester y se trató de convertirlo al libre comercio, respondió con humor: “Inglaterra se sirvió durante 200 años del sistema protector;

lo llevó a ultranza y se encontró bien ubicada... es el sistema al que debe su potencia industrial. Luego de esos doscientos años, Inglaterra juzgó conveniente adoptar el libre comercio porque ya nada más podía sacar de la protección [...] En 200 años, cuando América haya sacado del sistema protector todo lo que ella pueda sacar, entonces ella marchará resueltamente hacia el libre comercio".<sup>[1]</sup>

Estados Unidos no tuvo que esperar tanto tiempo. Se estaba preparando la mayor potencia mundial del siglo xx y quizá del siglo xxi. Hizo su irrupción en 1898, en la guerra con España, por Cuba, Puerto Rico y Filipinas, tomó Panamá para el canal interoceánico en 1903 y puso fin a la guerra ruso-japonesa. Teodoro Roosevelt envió a la flota de guerra norteamericana a una gira de presencia mundial. Así se abrió nuestro siglo xx. Aparecía el primer Estado-Continental Industrial de la historia. Una tal diferencia cuantitativa con los otros poderes industriales, que se volvía diferencia de cualidad, salto. Es el más avanzado el que se vuelve normal para los otros. Nació un nuevo paradigma, un nuevo Estado Industrial "normal", un nuevo umbral y esto aplicando los mismos criterios que hemos evocado anteriormente de List, Gellner y Comblin. Pero a partir de la irrupción de Estados Unidos, las dimensiones se volvieron mucho más amplias para los que no quisieran ser segundones. Fijaba un nuevo hito en la historia universal. Vale la pena detenernos un poco aquí.

Tomemos una guía autorizada. Se trata de Hans Weigert en su obra Geopolítica. Generales y Geógrafos.<sup>[2]</sup> Weigert es un geopolítico de origen alemán anti-nazi, que se exiló por el ascenso de Hitler, y se hizo ciudadano norteamericano. Al entrar Estados Unidos en la Segunda Guerra Mundial, Weigert escribió esta excelente obra, para enterar al público norteamericano qué era la geopolítica alemana, en especial la Escuela de Karl Haushofer. Esta obra de Weigert tuvo mucho eco en el Río de La Plata, donde todo aficionado a la geopolítica ha pasado por ella. En la Argentina tuvo varias ediciones. Weigert sabe que la visión de los grandes espacios norteamericanos fueron decisivos para la formación de la geopolítica alemana, que hará énfasis en los Estados-Continentales como un "más allá" del Estado-Nación clásico. Dice Weigert: "La visión americana del mundo se adueñó de las opiniones de Ratzel y List, e influyó en aquél en sus explicaciones de la política como un factor de espacio y distancia, tamaño, situación y fronteras" (p. 111).

Weigert no trata de las perspectivas del economista Friedrich List. Pero es interesante recordarlas brevemente. List fue uno de los apóstoles del Zollverein (unión aduanera) que preparó la unidad de Alemania. Perseguido por sus opiniones, va a Estados Unidos en 1825, y allí asume el programa del Report on Manufactures de Alexander Hamilton y se vincula íntimamente con los industrialistas Mathew Carey y Henry Clay. Vuelve a Alemania en 1832, y escribe<sup>[3]</sup> que Estados Unidos "dentro de pocos años habrá alcanzado el rango de primera potencia naval y comercial" (p. 93). Y concluye en 1840:

Las mismas causas que han llevado a Gran Bretaña a su elevado estado actual llevarán, probablemente en el transcurso del siglo próximo, a la compacta América a un grado de riqueza, de poder y desenvolvimiento industrial que sobrepasará al que hoy se halla en Inglaterra, en la misma proporción en que ésta aventaja actualmente a la pequeña Holanda. Por el curso normal de las cosas, Norteamérica en ese plazo aumentará su población en cientos de millones y desbordará su población, sus instituciones, su cultura y su espíritu sobre la América Central y del

Sur, como ya en nuestros días lo ha hecho sobre las provincias mexicanas fronterizas; el nexo de la Confederación abarcará todos estos inmensos países; una población de varios cientos de millones explotará un continente que aventaja infinitamente al europeo en extensión y riquezas naturales; la potencia marítima del mundo occidental aventajará a la de Gran Bretaña tanto como sus costas y sus ríos sobrepasan a los de Inglaterra en extensión y caudal. Así, en un futuro próximo, tal como la necesidad natural impone a los franceses y alemanes la formación de una alianza continental frente a la supremacía británica, impondrá también a los ingleses la fundación de una coalición europea frente a la supremacía norteamericana. Entonces Gran Bretaña tendrá que buscar y encontrará en la hegemonía de las potencias europeas unidas protección, seguridad y prestigio contra el predominio de América y una compensación por la supremacía perdida (p. 337).

De tal modo, List no se detiene en el clásico Estado-Nación Industrial como la ansiada unidad de su propio país, Alemania, sino que va más allá, y en plazos relativamente previsibles. Ve al gigantesco y nuevo Estado-Continental norteamericano proyectarse como la cabeza aún más amplia de un Estado-Continental hemisférico, de toda América, y reclama la réplica de un nuevo sistema continental europeo, con la alianza franco-alemana. Aspira a una especie de Unión Europea, que incluya a Gran Bretaña en libre unión (hoy, secundaria, Gran Bretaña oscila entre Estados Unidos y la Unión Europea). El mismo List ya estaba abierto a la nueva etapa de los Estados-Continentales, tal como lo exige la visión de Felipe Herrera. Por aquellos tiempos, la idea de la unidad de Europa comenzaba su largo itinerario. En las sendas de Saint-Simon, un socialista católico como Philippe Buchez, pregonaba desde 1831 la Federación Europea.<sup>[4]</sup> De modo más romántico y vago, Víctor Hugo pedía en 1849 “los Estados Unidos de Europa”. Sería un largo camino, de más de un siglo. De todos modos, sigue válido el criterio de List sobre el orden internacional:

El fin último de la política racional es la unión de las naciones bajo la ley, fin que únicamente puede alcanzarse mediante la mayor igualdad posible en cultura, bienestar, industria y poderío de las naciones más importantes del mundo (p. 328).

Friedrich Ratzel fue antropólogo, geógrafo y geógrafo político. Weigert lo llama un precursor de la geopolítica, pero en realidad es el primer geopolítico de vocación sistemática. Aunque Weigert hace algunas precisiones al respecto que parecen oportunas:<sup>[5]</sup>

El concepto político del espacio y de los factores geográficos en general no pueden separarse de la idea política... Las ideas políticas que no están arraigadas en la tierra y que no se desarrollan en el espacio, no existen. Ni existen espacios que no encarnan ideas (p. 32). Cada nación reacciona de manera específica ante los factores geopolíticos; suelo, mar y espacio deben tener significados fundamentalmente distintos para rusos, alemanes, japoneses, chinos y norteamericanos (p. 32). No existe en absoluto una ciencia general de la geopolítica que pueda ser aceptada por todas las organizaciones estatales. Existen tantas geopolíticas como sistemas estatales en conflicto, en el caso de potencias terrestres y potencias navales, son fundamentalmente distintas. Hay una geopolitik alemana y una geopolitique francesa; hay geopolíticas distintas para Estados Unidos e Inglaterra. Cada nación tiene la geopolítica que se merece (p. 33).

Y Weigert empieza a recordarnos que Ratzel, envuelto en las conmociones de la revolución industrial alemana del último tercio del siglo XIX, asiste maravillado a las conmociones de la revolución industrial norteamericana del mismo tiempo. Así Ratzel escribe Los Estados Unidos de Norteamérica (1870-80).<sup>[6]</sup> Aquí Ratzel, cuando vuelve a Europa, al decir de Weigert, “veía estos problemas con los ojos de un Gulliver que regresara del país de los gigantes” (p. 111). Y Ratzel traslada los grandes espacios americanos, como factores, a la península europea, y se pregunta ¿podrían romperse aquellos pequeños espacios? ¿Qué efecto podría tener ese traslado? Ratzel asumía un nuevo paradigma, que ya no era el de Inglaterra y Francia. Era Estados Unidos. Entonces acuña su “Ley de los espacios crecientes”. En 1896, en su nuevo ensayo Sobre las leyes del crecimiento espacial de los Estados es donde llega a una mayor sistematización. Todo va a culminar en su Geografía Política de 1897, reeditada y ampliada en 1902 con un agregado al título, Geografía de los Estados, el tráfico y la guerra. Ratzel muere en 1904.

Sintetizamos la visión que Weigert tiene de Ratzel en lo que nos atañe. “Todo esto es la explosión de la nueva visión global que se desarrolló en la época de las revoluciones industriales. Una época revolucionaria requeriría una visión dinámica e inquieta de la geografía” (p. 113).

Para Ratzel el espacio debe ser conocido, poblado, llenado políticamente, antes de alcanzar a ser poder. En la historia ese desarrollo comenzó primero por los espacios menores y luego fue progresando, creciendo hacia espacios mayores. Los grandes imperios antiguos alcanzaban tamaños que no podían sostener, frágiles en comunicaciones y en orgánico entrelazamiento y complejización. Podían fragmentarse fácilmente, recaer en dispersión aldeana, en localismo. Sólo con la revolución industrial, la complejidad e intercomunicación de economía, sociedad y cultura se imbrica de tal modo, que los “espacios crecientes” se vuelven irreversibles.

Las acciones histórico-universales que se han dejado sentir durante siglos tendrán lugar tan sólo cuando el crecimiento del espacio marcha paralelo con el crecimiento de la población políticamente organizada y firmemente arraigada en el suelo (p. 124).

Pero en la sociedad industrial ya no se puede predecir la ruina como con los grandes imperios agrarios. Pues los Estados-Nación Industriales sólo pueden crecer, aunque cambien de formas, hacia los nuevos Estados-Continetales (que suponen las revoluciones industriales) y éstos anudarse en la Ecúmene mundial. Es un crecimiento, reiteramos, irreversible. Salvo destrucción de la sociedad por suicidio, como una catástrofe nuclear, por ejemplo. No menos de eso, y solo posibilitado por el crecimiento mismo de la sociedad industrial, los espacios se unifican por industrialización, población y cultura, y se vuelven continentales en entrelazamiento mundial. Esta es la médula de la “Ley de los espacios crecientes” en la historia universal de Ratzel.<sup>[7]</sup> Los Estados Continentales modernos son radicalmente distintos a los imperios agrarios. Los unos corresponden, de algún modo, a una era democrática, los otros a una era aristocrática. Tal como surge de lo expuesto a través de Gellner y Comblin.

Entonces Weigert nos conduce al corazón del siglo xx:

Ratzel cree que los Estados Unidos también deberían ser capaces de evitar la acción de la ley aparente que predice la ruina inevitable de los grandes imperios (agrarios). Los medios revolucionarios de comunicación y transporte han cambiado definitivamente el papel de las

grandes potencias continentales en la política internacional. Ratzel halla en esto la conclusión más importante de una concepción global que considera los cambios fundamentales que la edad industrial trae consigo... Parece natural que la ley de los espacios crecientes llevara a Ratzel a examinar el futuro de los dos mayores imperios continentales, Estados Unidos y Rusia, cuyos espacios, en sus días estaban aún lejos de haber alcanzado su forma final. Cree que sus destinos no pueden compararse con los imperios que decayeron en el pasado, a causa del papel vital que los nuevos medios de comunicación y transporte desempeñarán en la vida de grandes imperios arraigados en grandes masas de tierra continentales. Sin los medios de comunicación modernos, seguirían siendo gigantes encadenados de manos y pies. Con el progreso de la revolución industrial en sus últimas fases, del cual Ratzel no vio más que el comienzo, las posibilidades para el auge y la estabilización de los imperios continentales de Estados Unidos y Rusia alcanzaron proporciones gigantescas. El ferrocarril y la carretera, el telégrafo y el teléfono, se convirtieron, para el pensamiento geográfico-político de las últimas décadas del siglo XIX, en los instrumentos con que podía levantarse un sistema estatal orgánico de máximas dimensiones continentales. Sin el desarrollo de un cuerpo político orgánico, unido, dentro de los límites de los grandes espacios, los imperios basados en ellos no pueden fundarse ni asegurarse. Tales convicciones prepararon el camino para la firme convicción de todos los partidarios de la escuela de Ratzel de que los futuros imperios serían imperios continentales que reemplazan a las viejas potencias europeas (pp. 115 a 117).

En el umbral del siglo xx, Ratzel —en su Geografía Política— centra lo esencial en los dos grandes Estados-Continentales emergentes de Estados Unidos y Rusia, luego Unión Soviética. Ratzel va más allá de las premoniciones de Alexis Tocqueville en La Democracia en América (1835) acerca de una Europa oprimida entre los dos grandes bloques, el norteamericano y el ruso.<sup>[8]</sup> Pues Tocqueville, que ve la dimensión democrática que emerge del fin del antiguo régimen, no asume directamente la revolución industrial como tal, en cambio Ratzel sí. Ya en la última década del siglo xix la industrialización había irrumpido en Rusia, capitaneada por el conde Serguéi Witte, formado con List, y que siguió con impulso acelerado hasta 1914. Rusia tenía en 1914 algo más que el producto industrial de Francia, pero en su vastedad seguía siendo un mundo agrario atrasado. La Revolución Bolchevique de 1917 intentará profundizar a marchas forzadas la construcción de una sociedad industrial en la urss. Tenía que transformar un imperio agrario multiétnico en un Estado Continental moderno por una vía no capitalista, sino de economía planificada, centralizada y totalitaria. Hubo lucha ideológica mundial, porque el marxismo hizo pie en el único Estado Continental en ciernes que podía llegar a competir con Estados Unidos. La experiencia colapsó en 1989-91, poniendo fin al “siglo XX corto”, según la expresión de Hobsbawn.

Podemos ya concluir con Weigert:

Los espacios mismos no se equilibran entre sí; el equilibrio está en el elemento humano, políticamente organizado, que llena las vastas áreas continentales. Estados Unidos y Rusia representan un poder continental tan superior sobre los pequeños espacios de los estados europeos que Ratzel no puede dejar de preocuparse acerca de la ruina de los sistemas políticos occidentales. Incluso pregunta si tal proceso no debe llevar a una Europa unida, a un sistema europeo de poder frente a los poderes de Rusia y Estados Unidos. Piensa que nunca antes la historia de la humanidad ha tenido un carácter verdaderamente continental. Nunca antes las

poblaciones de continentes enteros han sido llevadas a adoptar un espíritu político unido y a ocupar su puesto como poderes realmente continentales. Ha comenzado una nueva fase de la historia continental que llevará, tal vez, al propósito final, espacial, de toda la historia, a que la humanidad abarque el mundo. Si un día pudiéramos ver a Norteamérica como un organismo histórico, unido en espíritu y acción; a Australia y la Rusia asiática, tal vez incluso a Sudamérica, todas en su grandeza como poderes continentales, entonces Europa sería insignificante a despecho de todas sus ventajas (p. 117). Los nuevos tiempos requieren lo que Ratzel denomina una nueva “ciencia de distancias”. En nuestros días, la tendencia de la historia es crear imperios cada vez más grandes, porque las crecientes hazañas culturales del hombre han acarreado su mayor capacidad para dominar los espacios. La nuestra es la era de la historia continental, cuyo curso lo determinarán las grandes potencias que dominen los grandes espacios (p. 118).

En las primicias del siglo xx, que ahora cerramos, Ratzel veía la arrolladora irrupción de dos Estados-Continentales, el norteamericano y el ruso, por sobre los Estados-Nación Industriales vueltos medianos, no más protagonistas de la historia mundial (aunque desencadenaran las dos guerras mundiales calientes de este siglo), de lo que se enteraron medio siglo después. Europa tardó cincuenta años en saber que sus divisiones la dejaban obsoleta, salvo que la Unión Europea fuera capaz de generar un nuevo Estado-Continental, como verdadero interlocutor.

Para Ratzel se había abierto ya la era de los Estados-Continentales. Es cierto que las densas bandadas de pájaros que eran los Estados-Nación, que se multiplicarían en este siglo, sin llegar a ningún umbral, ocultaron tal evidencia en el cielo de la historia. Ratzel, antropólogo de los círculos-culturales, se preguntaba por el nacimiento posible de otros Estados-Continentales como en Australia y América del Sur. No mencionaba a América Latina, sino más precisamente a América del Sur, macizo bloque continental. En esto divergía de la perspectiva hemisférica de Friedrich List, panamericana avant la lettre, formulada sesenta años antes. De tal modo estos dos grandes pensadores europeos veían al destino de América Latina ligado a dos caminos: el hemisférico o el de América del Sur.

Estos dos caminos estaban ya planteados al abrirse el siglo xx en América Latina. Por un lado, James Blaine, heredero intelectual de Henry Clay, convocaba a la primera Conferencia Panamericana de 1889-90 y lanzaba su perspectiva unificadora hemisférica. Por otro lado, venía en 1892 el gran festejo del IV Centenario del Descubrimiento de América, realizado por la Unión Iberoamericana, donde Zorrilla de San Martín evoca a la “gran nación iberoamericana”. La irrupción norteamericana en Cuba, Puerto Rico y Filipinas hace renacer el latinoamericanismo, desde el Ariel de Rodó, seguido por Manuel Ugarte y Francisco García Calderón, entre otros, que levantan la idea de la unidad “nacional” de América Latina, a escala continental, siguiendo el ejemplo del nuevo paradigma del Estado-Continental de los Estados Unidos de Norteamérica.

La irrupción americana y mundial del Estado-Continental de Estados Unidos hacía replantear la cuestión de la “Patria Grande” a escala de un nuevo Estado-Continental latinoamericano. Así se abre nuestra época.

Dado el enorme camino a recorrer —del Ariel al Mercosur— las dificultades de concreción hacían al pensamiento poco preciso en medios e itinerarios. Pero con una vocación de alcanzar progresiva precisión. Así, durante el siglo xx, fuimos pasando de una inevitable y necesaria

retórica, a una sobriedad creciente en esta década del noventa, de posibilidades y desafíos mucho más concretos y a la vez profundos.

---

[1] Georges Lefranc, *Histoire du Commerce*, París, PUF, 1948, p. 111.

[2] Hans Weigert, *Geopolítica. Generales y Geógrafos*. México, FCE, 1943. Los números entre paréntesis en las citas siguientes corresponden a esta edición.

[3] En su *Sistema Nacional de Economía Política*, ob. cit. Los números entre paréntesis en las citas siguientes corresponden a esta edición.

[4] Ver François André Ysambert, *Buchez ou l'âge theologique de la sociologie*. París, Cujas, 1967, capítulo IV, pp. 103 a 108.

[5] En *Geopolítica. Generales y Geógrafos*, ob. cit. Los números entre paréntesis en las citas siguientes corresponden a esta edición.

[6] Friedrich Ratzel, *Die Vereinigten Staaten von Nordamerika*, Munich, Oldenbourg, 1878-80.

[7] A pesar de la famosa polémica Durkheim-Ratzel de 1897-98, es evidente que la "Ley de los espacios crecientes" encuentra excelente explicación en el crecimiento de la "solidaridad orgánica" de Durkheim por sobre la ancestral "solidaridad mecánica" (según su terminología). Ver al respecto Dereck Gregory, *Ideología, ciencia y geografía humana*, Barcelona, Oikos-Tau, 1984, pp. 129 a 141, y Anthony Giddens, *El capitalismo y la moderna teoría social*, Barcelona, Labor, 1977, pp. 133 a 149.

[8] "Hay actualmente sobre la Tierra dos grandes pueblos que, partiendo de puntos diferentes, parecen adelantarse hacia la misma meta: son los rusos y los angloamericanos. Los dos crecieron en la oscuridad, y en tanto que las miradas de los hombres estaban ocupadas en otra parte, ellos se colocaron en el primer rango de las naciones y el mundo conoció casi al mismo tiempo su nacimiento y su grandeza. Todos los demás pueblos parecen haber alcanzado poco más o menos los límites trazados por la naturaleza, y no tener sino que conservarlos; pero ellos están en crecimiento; todos los demás están detenidos o no adelantan sino con mil esfuerzos; sólo ellos marchan con paso fácil y rápido en una carrera cuyo límite no puede alcanzar la mirada. El norteamericano lucha contra los obstáculos que le opone la naturaleza; el ruso está en pugna con los hombres. El uno combate el desierto y la barbarie; el otro la civilización revestida de todas sus armas: así las conquistas del norteamericano se hacen con la reja del labrador y las del ruso con la espada del soldado. Para alcanzar su objeto, el primero descansa en interés personal y deja obrar sin dirigir las fuerzas y la razón de los individuos. El segundo concentra en cierto modo en un hombre todo el poder de la sociedad. El uno tiene por principal medio de acción la libertad; el otro, la servidumbre. Su punto de vista es diferente, sus caminos son diversos; sin embargo, cada uno de ellos, parece llamado por un designio secreto de la Providencia a sostener

un día en sus manos los destinos de la mitad del mundo”. Alexis de Tocqueville, *La Democracia en América*, México, FCE, 1963, p. 382.

### Las tres épocas de la globalización

Al abrirse el siglo xx, el geógrafo, político y parlamentario inglés Halford Mackinder señalaba en su memorable conferencia de enero 1904, “El pivote geográfico de la historia”, que la exploración geográfica estaba virtualmente terminada. Era el fin de una gran época histórica, de cuatro siglos, a la que llamaba la época colombina. La era de la formación unificada de la globalización, abierta por Castilla y Portugal cuando iniciaron la navegación de altura, oceánica. Ahora se necesitaban otros caminos para la geografía, más intensivos e incluso de “síntesis filosófica”: caminos, digamos, geopolíticos, geoculturales, geoeconómicos, etc.; la geografía descriptiva ya no alcanzaba.

La primera fase de la globalización, la era colombina, había terminado. Le había precedido la Cristiandad medieval, acorralada en una pequeña región; en cambio, la época colombina fue la expansión mundial de Europa, contra una resistencia casi despreciable:

De aquí en adelante, en la era poscolombina, nuevamente nos hallaremos con un sistema político cerrado, y lo que no tiene menos importancia, la esfera de acción del mismo será el mundo entero. Todas las explosiones de fuerzas sociales que se produzcan, en vez de disiparse en un circuito circunvecino de espacio desconocido en el que dominan la barbarie y el caos, serán fielmente reflejadas desde los más lejanos rincones del globo, y debido a ello, los elementos débiles del organismo político y económico del mundo serán destrozados.<sup>[1]</sup>

De ahí, para Mackinder, que en adelante la lucha se traslada de la expansión territorial a la eficiencia. Y agregaba:

Considero, en consecuencia, que en la década actual nos encontramos por primera vez en condiciones de intentar la determinación más o menos completa, de la correlación que existe entre las más amplias generalizaciones geográficas e históricas. Por primera vez podemos percibir algo de las verdaderas proporciones que tienen los acontecimientos y las características cuando se muestran en el escenario de todo el mundo (p. 66).

Desde 1900 el mundo es un solo sistema. Es la segunda fase de la globalización. En adelante hay definitivamente una sola historia, donde todo repercute en todo. De tal modo, lo que ante todo importa es determinar las fases principales del único sistema mundial en proceso, del que todos somos parte. Y donde no hay más comprensión de sí mismo sin el horizonte de la situación específica del sistema mundial. Esta es la originalidad que inaugura el siglo xx, que puede hablar así de guerras “mundiales”.

Donde mejor se ven los panoramas de la Tierra es desde las alturas. Por eso las águilas son símbolo tradicional del poder. Tienen la mirada abarcadora del conjunto. Pero las alturas no son las mismas, tienen distintos ángulos y no implican los mismos contenidos. Geopolítica es perspectiva global de la historia en la dinámica de los espacios. Hoy nadie puede pensarse a sí mismo sin ubicarse en relación a la Ecúmene. Quienes han pensado más el conjunto de la Tierra son las grandes potencias. La Geopolítica es propia de las grandes potencias, ya que está ligada a su proyección en la Tierra. Pero no se reduce a ellas. Toda política es geopolítica.

Las cosas obvias, de tan evidentes, ni se las ve. Si la política es relación del hombre con el hombre tomado en sus conjuntos, es siempre relación localizada en espacios concretos. El hombre es animal terrestre y político, por lo que hace naturalmente geopolítica, aunque sea de modo ingenuo, no explícito. No hay historia sino espacializándose. Lo que no impide que haya gentes que cuentan la historia con una gran desatención de sus espacios. Pues la historia no es tiempo, sino espacio-tiempo. El espacio humano está siempre cualificado políticamente. No hay Estado sin territorialidad. El espacio solo es neutro en tanto no dominado por el hombre, apenas dominado se politiza. Las luchas y conflictos humanos implican siempre conflictos y desplazamientos espaciales. En todas las dimensiones: desde la casa, pasando por la fábrica, hasta el Estado. De modo sencillo, decía el doctor Fausto de la geopolítica, Karl Haushofer: "Geopolítica es la ciencia de la vinculación geográfica de los acontecimientos políticos". Un análisis geográfico de la política y un análisis político de la geografía.

Las geopolíticas son de corto o largo alcance. Lo común es que Estados poco poderosos (es decir, que inciden poco en los otros) tengan geopolíticas de corto alcance. Vivan el día a día, que es recibir más la política de otros, que hacerla. Pero en realidad, solo hay política propia si se logra una mirada de largo alcance. Entonces, si quienes han pensado más el conjunto de la Tierra son las grandes potencias, se nos vuelve indispensable atravesar sus pensamientos para poder vernos mejor. Por mediación del saber de las grandes geopolíticas, es que los Estados pequeños podrán elaborar la propia.

En rigor, la geopolítica como pensamiento político que pretende abarcar orgánicamente el conjunto de la Tierra, puede darse por iniciada en Alemania, Inglaterra y Estados Unidos en los años de tránsito del siglo xix al xx. Es decir, por Friedrich Ratzel, Halford Mackinder y Alfred Mahan. Lógico que fuera un hombre del Imperio Británico en su apogeo quien diera la conferencia deslumbrante, por su capacidad de visión sintética mundial, sobre "El pivote geográfico de la historia". Por primera vez teníamos los perfiles totales y los itinerarios espaciales de pueblos y culturas.

La visión de Mackinder es de máxima simplicidad: la Tierra se divide entre una inmensa Isla Mundial (Asia, Europa y África) rodeada por los mares y sus islas, cuyas principales eran la Isla Continental Americana y la Isla Continental Australiana. Hasta entonces la historia universal había transcurrido esencialmente en la Isla Mundial. Esta tiene una configuración definida: todas las grandes culturas la bordean en un arco que va desde Europa y el Mediterráneo, pasa por lo que hoy es Irak e Irán, la India y se cierra en China.

Estas cuatro regiones coinciden grosso modo con las cuatro grandes religiones universales: cristianismo, islamismo, brahmanismo y budismo. Ese cinturón de altas culturas agrario-urbanas ha sido controlable desde un centro, que Mackinder llama el heartland, que se ubica en las estepas de la Rusia asiática. Desde allí se dispararon con gran movilidad los pueblos jinetes sobre las altas culturas del borde o márgenes, durante siglos. Desde ese centro se podía acceder con facilidad a cualquier punto de las cuatro regiones. Pero este proceso fue cerrado por la movilidad de la navegación oceánica, que inaugura la era colombina como rápido proceso de unificación mundial. Por tierra el hombre se había dispersado durante miles de años, en tanto que el dominio oceánico en el siglo xvi le abrió la intercomunicación total, entonces más en meses que en años. El barco tenía más movilidad ecuménica que el caballo. "La revolución comenzada por

los grandes marinos de la generación colombina dotó a la Cristiandad de la movilidad de poder más amplia que se conoce, si se exceptúan la movilidad de las alas” (p. 76). De tal modo Mackinder anticipaba la emergencia mundial de la aviación (y la coherencia intercontinental). En la discusión que siguió a la conferencia de 1904, L. S. Amery —que fue primer Lord del Almirantazgo— subrayó: “El mar y la vía férrea van a ser completados en el futuro —podrá ser cercano o algo remoto— por el aire como medio de locomoción”. No imaginaban que al término del mismo siglo se estaba ya en la “guerra de las galaxias”.

El proceso de unificación mundial —en el que nace América Latina— fue igual a la constitución de grandes potencias marítimas en Europa Occidental, Portugal y Castilla, Holanda, Inglaterra y Francia. La era colombina es la era de los grandes imperios marítimos coloniales dispersos en la Ecúmene. Imperios de gran heterogeneidad en su constitución. Es también el surgimiento de las “Nuevas Europas” en Estados Unidos y Canadá, en la América Latina más mestiza, en Australia y Nueva Zelanda, y en la escindida Sudáfrica. Estas son las creaciones más homogéneas de los imperios talasocráticos mundiales. Pero en su conjunto los imperios coloniales se caracterizaron por su dominación sobre pueblos y culturas no vecinas, lejanas y muy heterogéneas culturalmente con el centro metropolitano europeo, relativamente pequeño. Los dos últimos grandes imperios coloniales fueron el inglés y el francés, que se descompusieron casi en nuestros días, entre 1945 y 1970. Los portugueses que abrieron la cuenta, la cerraron con Angola y dentro de poco con Macao.

La expansión colonial, iniciada de modo mercantilista por las potencias europeas, se prosiguió con la Revolución Industrial. Inglaterra y Francia rehicieron los más vastos imperios coloniales, que culminan al término de la Primera Guerra Mundial. En el grupo de los cinco Estados-Nación industriales, Alemania, Italia y Japón que habían llegado tarde al reparto, también pretendieron esa expansión. La perdieron. Esta segunda etapa del colonialismo de Estados-Nación Industriales se expresaba en la creencia que la expansión de los mercados para la industria, llevaba a la colonización. El famoso político y educador de la III República en Francia, Jules Ferry, decía: “La política colonial es hija de la política industrial”. Se trataba de aprovisionamiento de materias primas, de colocación de manufacturas, de reservas de mercados. Y sigue Jules Ferry: “El predominio económico sigue al predominio político.” “Se trata del porvenir de cincuenta o cien años... Será la herencia de nuestros hijos”.[\[2\]](#)

Pero el siglo xx cerraba la era de los imperios marítimos coloniales, que terminaron en la reciente “descolonización”. Ya están siendo suplantados por los Estados-Continetales modernos. La era final de los imperios marítimos coloniales se superponía a la emergencia de la era de los Estados-Continetales. Sólo luego de la Segunda Guerra Mundial se afirmó la bipolaridad determinante de Estados Unidos de Norteamérica y la urss, y muere la era talasocrática y sus potencias ahora en medianía.

Esta situación híbrida del siglo xx caracteriza íntimamente a los Imperios británico y francés, tanto como al revés a la urss. Pues los Imperios heterogéneos intentaron evolucionar hacia la homogeneidad del Estado-Continental, en tanto que éste, en la urss, al desintegrarse mostraba la sobrevivencia heterogénea del viejo Imperio zarista. Y desde ambos extremos, vino el surgimiento contemporáneo de innumerables Estados-Nación, de los que casi ninguno alcanza el umbral, ni siquiera del Estado-Nación Industrial.

El siglo xx se abrió con el primer Estado-Continental moderno. Sin embargo, tanto el inglés Mackinder como luego el alemán Haushofer no percibieron este magno acontecimiento, prisioneros de la historia que tenía su eje desde siempre en la Isla Mundial. Pero pocos meses después de la célebre conferencia de Mackinder,

[...] en una disertación de julio de 1904 habló Mahan sobre la posibilidades de que los Estados Unidos de Norteamérica e Inglaterra se unieran de nuevo... Lo decisivo, a su juicio, era la necesidad de mantener el dominio anglosajón en el mar, y que eso sólo podía lograrse sobre una base insular, mediante la unión de las dos potencias angloamericanas. Inglaterra misma se ha hecho demasiado pequeña, a consecuencia de los últimos adelantos, y por eso ya no es una isla de los nuevos tiempos. Debido a su extensión —dice Mahan— no se ha tenido hasta ahora conciencia de ello; pero corresponde, sin embargo, a las proporciones y medidas de hoy en día. El carácter insular de los Estados Unidos debe conseguir que el dominio de los mares pueda ser reservado y ejercido en adelante sobre bases más amplias. América es la Gran Isla desde la que debe ser perpetuada la conquista inglesa de los mares y continuada en gran escala la hegemonía marítima que los angloamericanos ejercen en el mundo.<sup>[3]</sup>

El primer Estado-Continental le ofrecía al último Imperio talasocrático de la era colombina convertirse en su apéndice. A la verdad, el único europeo capaz de entender entonces cabalmente al almirante Mahan era Ratzel.<sup>[4]</sup> El poder del nuevo Estado-Continental se hizo evidente en la Primera Guerra Mundial, en la que Estados Unidos apenas se movió y la decidió. Solo que volvió rápidamente a su aislacionismo y dejó a los europeos la ilusión que seguían siendo el centro político del mundo.

En la Segunda Guerra Mundial la Ecúmene entera supo la realidad. A Estados Unidos no lo tocó ni una bombita de olor. Volvió a ser, a escala más amplia, una fácil victoria. Desde 1945 a 1989-91, la historia mundial fue regida abiertamente por el conflicto de las dos potencias continentales, Estados Unidos y la urss. Sin embargo, la idea de la nueva centralidad histórica del Estado-Continental no ingresó en las ciencias políticas. Solo se hablaba vagamente de “superpotencias”, sin explicar los nuevos significados y los nuevos umbrales históricos que se alcanzaban irreversiblemente. La idea de la “era de los Estados-Continentales” quedó arrumbada en los trastos viejos de la geopolítica alemana y los ensueños cartográficos de Haushofer. Los conflictos de democracia liberal versus marxismo, o de mercado versus planificación total, en vez de enmarcarse en los Estados-Continentales, borrarán u oscurecían a los Estados-Continentales. Todo quedó en la “olla podrida” de los Estados-Nación.

En nuestro tiempo político, sin la idea del Estado-Nación nada se entiende. Pero con la sola idea del Estado-Nación tampoco nada se entiende. Una idea que sirve para todo, termina no sirviendo para nada. De ahí el batiburrillo confuso de voces que matan al Estado-Nación en tanto que otras lo salvan. El más antiguo precepto escolástico aconseja: distinguir para unir.

La segunda época de la globalización, cuando ya el mundo es un solo sistema, es principalmente la época del enfrentamiento bipolar eeuu-urss, donde bajo el rostro de una revolución mundial se dirime una vasta guerra civil de Occidente, nacida en el seno de sus Estados-Nación Industriales. Esa guerra civil propia de la civilización occidental, hegemónica desde el siglo xvi, se cierra en la primera contienda de dos Estados-Continentales. Así, la segunda época de globalización determinará la primera lucha de dos Estados Continentales como última etapa del

exclusivo protagonismo de Occidente en la Ecúmene. Y con el derrumbe de la urss en 1989-91 queda en pie un solo Estado-Continental, los Estados Unidos de Norteamérica. ¿Qué rasgos tiene entonces la tercera época que se abre en nuestros días? ¿Qué rasgos principales tiene esta nueva fase de la globalización?

Estamos así en la apertura de la tercera época de la globalización. Esta tercera fase que se despliega ahora, en el post 1989 y en la entrada del siglo xxi, tiene todavía inmensas indeterminaciones en su nuevo escenario, que está en formación. ¿Qué pasa en esta tercera época de la globalización con los Estados? Sin duda, los intentos de comprensión más interesantes acerca de la nueva situación vienen de Estados Unidos. Nada más lógico, es la potencia mundial principal y está involucrada en todo. Recibe las más variadas y complejas incitaciones. Está exigida a tener la mirada mundial más penetrante. Gravísimo le sería el no tenerla, el no renovar incesantemente sus perspectivas ecuménicas. Por ahora, nadie más exigido que ellos. En lo que nos importa, el más adecuado es Samuel Huntington para introducirnos en las novedades de esta tercera época de la globalización. Nos referimos a su obra El choque de las civilizaciones y la reconfiguración del nuevo orden mundial.[\[5\]](#)

Para Huntington estamos en el tiempo de los “Estados nucleares civilizatorios” en un mundo multipolar y multicivilizatorio.

¿Qué significa esto? Significa ante todo que el proceso mundial del protagonismo único de la sola civilización occidental ha terminado. Que el resto de las culturas que Occidente ha dominado en una u otra forma, o han terminado destruidas, por ser culturas primitivas que no podían dar un salto de adaptación tan grande, o se han occidentalizado lo suficiente como para dinamizar nuevamente sus propias culturas originarias. Esto último ocurre principalmente con las altas culturas del Oriente: Japón, China, el Sudeste Asiático, la India, que en distintos modos y grados están en esa dinámica. La revolución industrial que reciben y asimilan de Occidente, moviliza nuevamente sus propias dinámicas culturales, de modo por cierto novedoso. Vemos a los grandes círculos histórico-culturales de toda la Ecúmene en las más hondas agitaciones. El vasto y creciente mundo musulmán está atravesado por las más altas tensiones, en pos de la reafirmación de sí mismo en una propia modernización. ¿Qué papel puede tener aquí el Estado? Para Huntington los únicos Estados significativos, es decir con capacidad real de protagonismo histórico, no son más los Estados-Nación tradicionales, sino algo más amplio: son los Estados Nucleares o Centrales Civilizatorios. Huntington sintetiza la clave de su pensamiento, que nos parece valedera:

Por primera vez en la historia, la política global es a la vez multipolar y multicivilizacional; la modernización económica y social no está produciendo ni una civilización universal en sentido significativo, ni la occidentalización de las sociedades no occidentales [...] El equilibrio de poder entre civilizaciones está cambiando [...] Está surgiendo un orden mundial basado en la civilización; las sociedades que comparten afinidades culturales cooperan entre sí; los esfuerzos de hacer pasar sociedades de una civilización a otra resultan infructuosos; y los países se agrupan en torno a Estados dirigentes o centrales de sus civilizaciones (20).

Hay nueve o diez grandes círculos histórico-culturales en el mundo. Aunque nos disgusta usar palabras tan manoseadas como Oriente y Occidente, a los puros efectos de economía en la exposición, apelamos a esa convención provisoriamente. No es aquí lugar para un examen

específico de la cuestión. Y podríamos acordar con Huntington la existencia de un Occidente dividido en cuatro bloques culturales principales: Europa Occidental, Rusia, Estados Unidos-Canadá y América Latina (aquí curiosamente Huntington deja a América Latina en el aire, no sabe dónde ubicarla contra toda evidencia). Puede establecerse un Oriente con cuatro variantes: China, India, Japón, Sudeste Asiático y un mundo gigantesco intermedio, que penetra en ambas direcciones, el musulmán, con distintas variantes. Para Huntington, cada círculo cultural tiende a tener su Estado Nuclear. El gran círculo histórico-cultural es como la nación más vasta posible alcanzable, sin perder identidad. La Europa Occidental con la Unión Europea tiende a formar su “Estado Nuclear Civilizador”. Si no lo lograra, su Estado Nuclear Civilizador serían los Estados Unidos. Rusia tiende a ser el Estado Nuclear del círculo eslavo-ortodoxo. Las culturas china, japonesa, hindú tienen su propio Estado Nuclear. El inmenso mundo del Islam no tiene —aunque lo busca— ningún Estado Nuclear o central. El mundo Africano quizá alcance a formar Estados Nucleares en Nigeria y Sudáfrica, pero no los tiene aún.

¿Y América Latina? No tiene ningún Estado Nuclear. Para Huntington América Latina está dividida en dos áreas principales: la luso-mestiza de Brasil, y la castellano-mestiza de Hispanoamérica. Esto impediría que pudiera ser “Estado Central” un Estado que perteneciera solo a una de las dos áreas. Dice Huntington:

El tamaño, recursos, población, potencial militar y económico de Brasil lo cualificaban para ser líder de Latinoamérica, y cabe pensar que pueda llegar a serlo. Sin embargo, Brasil es a Latinoamérica lo que Irán al Islam. Aunque por lo demás está perfectamente cualificado para ser Estado-Núcleo, las diferencias de plano de sub-civilizaciones (religiosas, en el caso de Irán; lingüísticas, en el de Brasil) hacen difícil que pueda asumir ese papel. Así, Latinoamérica tiene varios Estados, Brasil, México, Venezuela y Argentina, que cooperan en el liderazgo y compiten por él. La situación Latinoamericana se complica, además, por el hecho de que México ha intentado redefinirse dejando su identidad latinoamericana por otra norteamericana, y Chile y otros Estados podrían seguirle. Al final la civilización Latinoamericana podría fundirse en una civilización occidental con tres puntas, de la que convertiría un subvariante (p. 160).

Esta reflexión de Huntington debe tomarse como una introducción a nuestros problemas. Volveremos sobre esto más adelante.

El pensamiento político de Huntington, en conexión con su relación de Estado y círculo histórico-cultural (que sería el espacio homogéneo “Nación” llevado a su mayor amplitud posible) tiene un implícito excesivo. Un implícito que no llega nunca a la luz y que debilita su propio planteamiento. Nada peor teóricamente que manejarse con implícitos demasiado importantes. Ese fantasma que merodea a Huntington se llama el Estado Continental. Solo los Estados Continentales pueden ser Estados Centrales o Nucleares civilizatorios. El no enfrentarlo directamente deja fluctuante a todo el pensamiento político de Huntington. Un Estado-Nación cualquiera no puede ser Estado nuclear. Las candidaturas no son indeterminadas. Deben ser el “más allá” de los tipos tradicionales de Estado-Nación, en lo más avanzado posible de la sociedad industrial actual, y eso lo que muestra desde hace ya un siglo el paradigma del Estado Continental norteamericano. Huntington nos recuerda que Henry Kissinger señala: “El sistema internacional del siglo xxi contendrá al menos seis grandes potencias —Estados Unidos, Europa, China, Japón, Rusia y probablemente la India— así como toda una pléyade de países de menor

tamaño y más pequeños”.<sup>[6]</sup> Así se refiere, salvo Japón, a cinco Estados Continentales. Quienes aspiran a un protagonismo histórico, no tienen otra vía que la participación en la construcción de un Estado Continental, que sea de su círculo civilizatorio, como el ámbito “nacional” mayor posible.

Todos los ejemplos de Huntington respecto al Estado Nuclear de una civilización, suponen al Estado Continental. Incluso cuando se refiere a Japón, que es un Estado-Nación Industrial de extraordinaria homogeneidad y capacidad, y no un Estado Continental: Huntington ve finalmente a Japón desgarrado en su futuro entre la atracción de China y Estados Unidos, que sí son Estados Continente.

En resumen, si la segunda época de la globalización fue el surgimiento del Estado-Continental moderno y la lucha de los dos primeros como última fase de la hegemonía mundial de Occidente, la tercera época en la que entramos en el siglo xxi es la del nuevo papel de los Estados-Continentales como Estados Nucleares de los grandes círculos civilizatorios existentes. Esos Estados Nucleares serán los constructores básicos del “nuevo orden internacional”, en la progresiva gestación de una civilización mundial, preparación del Estado mundial, resolución final del proceso de globalización. No, por supuesto, del fin de la historia.

Así, para Huntington —y nosotros compartimos esto— cada gran círculo civilizatorio, cumple ahora el papel que cumplieron las unidades nacionales hace dos o tres siglos: generan o necesitan su “Estado nuclear”. Vienen a ser lo mismo, a nivel más vasto. Esta es la nueva situación a que se aboca el mundo, y por ende América Latina. Esto no significa que cada círculo histórico-cultural pueda construir su Estado Continental o Nuclear. La historia, que es éxito y fracaso, lo dirá. Los círculos que no lo alcancen, serán más dependientes de otros, se volverán menos coherentes y creativos. Se encaminarán a ser “otros”.

El siglo xxi está convocado a establecer un nuevo Concierto de Estados Continentales modernos, plural, para el gobierno de la globalización. ¿América Latina aunará energías como para poder participar en ese nuevo Concierto de potencias? ¿Qué puede ser esto de la construcción de un Estado Nuclear o Continental en América Latina? ¿Es posible? El rasgo de estos años noventa es lo que lo ha puesto sobre el tapete. Nuestra historia contemporánea nos muestra el único camino para tal empresa: el Mercosur. Que es ya por lo menos América Latina en América del Sur.

El Mercosur ha abierto —más allá de toda crisis u obstáculo— un camino irreversible. No porque tenga seguro el éxito, sino porque define claramente en único camino posible para la unidad de América Latina, ya sea solo en América del Sur o en el Cono Sur, de un Estado Nuclear o Continental. Desembocamos así en el final de nuestro itinerario.

---

<sup>[1]</sup> Halford Mackinder, “El pivote geográfico de la historia”. En Antología Geopolítica, Buenos Aires, Pleamar, 1975, p. 66. Los números entre paréntesis en las citas siguientes corresponden a esta edición.

[2] Citado por Maurice Baumont, *L'essor industriel et l'impérialisme colonial*, París, PUF, 1949, p. 60.

[3] Citado por Carl Schmitt, *Tierra y Mar*, Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1952, pág. 106.

[4] Esta afirmación es exagerada. Pueden encontrarse algunos otros. Por ejemplo un inglés como Seeley también lo hubiera entendido. Sir John Seeley en su obra *Expansion of England* (Londres, McMillan, 1883) decía: “La alternativa es que Inglaterra llegue a ser capaz de realizar lo que Estados Unidos hace fácilmente, esto es, mantener unidos en una unión federal a países situados a gran distancia unos de otros. En tal caso, Inglaterra se colocará junto con Rusia y los Estados Unidos en la primera categoría de Estados, medidos en población y extensión, y en una categoría superior a la de los Estados (europeos)”. Seeley quería convertir al Commonwealth en una nueva especie de Estado Continental. Ver John Strachey, *El fin del Imperio*, México, FCE, 1962, pp. 83-89. Los franceses querrán luego la “Unión Francesa”. Pero los dos Imperios fracasaron en su intento de transmutación.

[5] Samuel Huntington, *El choque de las civilizaciones y la reconfiguración del nuevo orden mundial*. Buenos Aires, Paidós, 1997. Los números entre paréntesis en las citas siguientes corresponden a esta edición.

[6] Henry Kissinger, *La Diplomacia*. México, FCE, 1996, p. 18.

#### Mercosur, significado y posibilidades

Hemos abierto nuestro trabajo con una antología de Felipe Herrera para tener desde la partida una primera visión sintética del movimiento histórico de América Latina. Esto nos puso desde el comienzo en el núcleo de todas nuestras cuestiones actuales, desde una plataforma latinoamericana. En nuestro concepto se trata de la visión histórica más justa que se había alcanzado en la efervescencia integracionista de los años sesenta. Y nos ponía en el centro de la problemática contemporánea: la integración y regionalización en su relacionamiento con los Estados-Nación, con el movimiento del internacionalismo (o globalización en nuestro lenguaje de hoy), y la emergencia del nacionalismo continental, de los Pueblos-Continente, del nuevo orden de los Estados Continentales modernos.

Retomamos a Felipe Herrera pues el pensamiento latinoamericano no prosiguió el camino histórico conceptual básico de Herrera, que tenía su epicentro en la constitución de un Estado Continental latinoamericano. En realidad, nunca hubo discusión de la perspectiva esencial de Herrera y todos prefirieron continuar con una idea de integración lo más difusa posible. No siempre la realidad permite llevar al pensamiento político a sus exigencias de claridad últimas. Puede ser demasiado costoso. Pero todo tiene su precio. Lo difuso tiene sus costos, la claridad los suyos. Es asunto de ponderarlos. Pero si esto es lícito para los políticos, no lo es para el intelectual, que debe tener un pacto irrenunciable con el esclarecimiento lo más explícito posible de la realidad. Fue esa vocación de claridad que nos hizo tomar a Felipe Herrera. Y había que ponerlo a prueba, rehaciendo del modo más explícito la génesis del Estado-Nación Industrial, algunos subtipos diferentes de Estados-Nación que no alcanzaban aquel umbral, y la emergencia histórica de la concepción del Estado-Continental como característico del siglo xx y seguramente del siglo xxi. No hacer esta “repetición” nos hubiera impedido todo avance en

la comprensión de los itinerarios de integración latinoamericanos. Por aquellas lejanías llegamos al corazón de nuestras cercanías. Al menos, tal la pretensión. Y la posibilidad real de poder continuar, por precisión y ampliación, el enfoque y percepción de Felipe Herrera.

De lo expuesto surge naturalmente que la elección como punto de partida de Felipe Herrera no era una contingencia, sino una necesidad. No solo tenemos ya una perspectiva del movimiento histórico, sino que de este mismo movimiento hemos extraído los criterios básicos para discernir nuestras propias etapas históricas, en relación al conjunto mundial.

Sin embargo, es por alguna razón que el pensamiento de Felipe Herrera no ha generado sucesores. El mismo Felipe Herrera reconoce que “el obstáculo más grande con que hoy se tropieza la integración latinoamericana es la falta de un sustento ideológico del más alto vuelo” (ver en la antología el párrafo 22). Clama por la falta de un pensamiento político latinoamericano sustantivo. Todavía estamos en esa falta, en un pragmatismo empírico, sin ideas rectoras. ¿Por qué? El mismo Felipe Herrera no logra formular una estrategia práctica de la integración. ¿Cuáles son los requisitos mínimos para un pensar político latinoamericano?

La cuestión de la unidad de América Latina es la articulación de sus poderes internos, nuestra capacidad de construirlos y enlazarlos. Bolívar los llamaba “poderes intrínsecos” y lamentaba su ausencia y desconexión en su Carta de Jamaica. Sin poderes internos efectivos, no habrá unificación, ni parcial ni total. Y en la historia, los poderes no son difusos, por el contrario se ubican en determinados ámbitos espaciales. Se concentran y conciertan. Sin centros, no hay poderes reales. Los poderes en la historia son, si son “centros” de poder, constelaciones. Si son señalables geopolíticamente, geoculturalmente, geoeconómicamente. Tendremos política latinoamericana en la medida que tengamos claramente en la cabeza la dinámica de nuestros “centros de poder” reales y potenciales, y sus articulaciones viables y probables. Si esto no lo tenemos en la cabeza, pues solo habrá humareda política, primitivismo.

No puede haber pensamiento político latinoamericano, que implica un repertorio congruente de prioridades y estrategias sin responder a estas preguntas: ¿Cuáles son los centros de poder reales, internos a América Latina, que sean capaces de impulsar la unificación de América Latina? Esta es la pregunta política capital para pensar políticas globales realmente posibles. De lo contrario nos diluimos en las monsergas del latinoamericanismo declamatorio, donde todos los gatos son pardos. Esta pregunta capital puede particularizarse de muchas maneras. ¿Hay tantos grandes centros de poder como países latinoamericanos? ¿Coinciden centros de poder con cada país? ¿Qué tipos fundamentales de centros de poder hay? ¿Cuáles son los mayores centros de poder latinoamericanos? Que algo comience por los mayores centros de poder ¿es lo mismo que lo haga por los menores centros de poder? ¿La integración puede venir de cualquier país y desde cualquier camino? ¿No hay caminos principales y secundarios?

Es que si no se hace pie en la realidad de un núcleo principal para desencadenar lo fundamental del proceso de integración, no se llega a hacer un pie suficientemente concreto como para generar un pensamiento o ideología política latinoamericana consistente. No se puede salir sin este requisito de las brumas de un pensamiento de bulto latinoamericano, es decir, prepolítico. Herrera era consciente que no podía salir de ese círculo. Pero ahora la realidad que rompe el círculo vicioso y retórico del latinoamericanismo integracionista está ya puesta. Esa realidad se llama Mercosur. Entonces la comprensión de lo que implica y lo que desencadena el Mercosur

se vuelve primordial. A esta cuestión, la más importante para nosotros, apuntamos con nuestras últimas reflexiones, desde el marco que damos ya por adquirido en nuestros pasos anteriores. El Mercosur es la vía necesaria para el Estado Continental nuclear de América Latina. Y por ende, es el mayor impulso para un nuevo pensamiento político latinoamericano. Mostrar este significado es aquí nuestro objetivo.

Partamos de lo más elemental. La nueva bipolaridad nafta-Mercosur, propia de los años 1990, pone a la luz, como nunca antes, las dos partes básicas en que se divide geopolíticamente América Latina.

En efecto, son dos ámbitos profundamente distintos. Está la zona norte de América Latina, que comprende México, Centroamérica y las Antillas. Bajo la gestión del Imperio Hispánico, su centro estuvo en el Virreinato de México y las Capitanías Generales de Centroamérica y Cuba. Durante el proceso de la Independencia, en el siglo xix, sus movimientos no tuvieron una conexión orgánica con los de América del Sur. Desde entonces, esa zona fue el teatro de la expansión continental de los Estados Unidos de Norte América (Florida, Texas, California, etc.) y también en Centroamérica y el Caribe, abriendo en nuestro siglo la interconexión oceánica del Canal de Panamá. Fue el escenario principal de las “políticas del garrote” y las más directamente beneficiarias de la “buena vecindad”. En resumen, esa zona norte de América Latina es la gran frontera con el mayor Estado Continental, el más poderoso del siglo xx, y probablemente, al menos, de la primera mitad del siglo xxi. Actualmente es la zona más afectada e involucrada en la expansión del nafta, Tratado de Libre Comercio vigente desde 1994 entre Estados Unidos, Canadá y México. Este es el país hispanoamericano más importante, pero en la frontera en que está no tiene mayor maniobrabilidad ante el poder norteamericano, pues está sólo rodeado de muy pequeños Estados hispanoamericanos (y el latinoamericano de Haití).

La otra gran zona de América Latina es la isla continental de América del Sur (si consideramos el corte del Canal de Panamá). Esta es la zona más importante de América Latina en extensión, población y recursos. Inicialmente se dividió en dos partes, el Virreinato del Perú y Brasil. Luego la parte hispanoamericana se fue subdividiendo, hasta ser hoy nueve países hispano-mestizos y el gran país luso-mestizo brasileño. En total diez países latinoamericanos. América del Sur es la zona más decisiva de América Latina. En rigor, como nunca se han sacado las debidas conclusiones de esto, no hay todavía pensamiento político latinoamericano.

Pero hay más. Nuestro círculo histórico-cultural se llama, todo el mundo lo reconoce como América Latina. Se llama así porque intenta abarcar los dos rostros básicos que la constituyen: el luso-mestizo brasileño y el hispano-mestizo. Es el sello del origen bifronte principal. Sólo la unidad bifronte es “latinoamericana”. Sin Brasil no habría América Latina, sólo habría Hispanoamérica. México, Centroamérica y el Caribe solos, la Comunidad Andina sola, serían Hispanoamericanos, no latinoamericanos (salvo la pequeña gota haitiana). Pero no hay destino solo hispanoamericano, sino latinoamericano. El colombiano bolivariano Joaquín Torres Caicedo acuñó la expresión “América Latina” a mediados del siglo xix para incluir a Brasil y Haití. Brasil es de lejos el principal. Y Brasil es sudamericano. Esto acrecienta lo decisivo de América del Sur. América del Sur ya es América Latina. Lo más consistente de América Latina. Donde se gana o se pierde América Latina. El Mercosur es ya de suyo latinoamericano desde su nacimiento mismo.

¿Cómo ha surgido el planteo que desemboca en el Mercosur? Esto nos lleva a aquilatar el significado del Mercosur en América Latina. La pregunta que le sigue sería: ¿Qué papel puede tener el Mercosur en el concierto mundial que organizará la globalización en el siglo xxi? Pasamos a esbozar las respuestas a estas dos preguntas.

#### a) Mercosur, vía de América Latina

El siglo xx se abre bajo la impresión de la irrupción del gran Estado Continental de los Estados Unidos de Norteamérica en la política mundial. Desaloja en 1898 a España de sus últimas posesiones en Cuba y Puerto Rico en el Caribe, de Filipinas en el Extremo Oriente asiático y de otras islas en el Pacífico, se apresta a abrir el canal interoceánico de Panamá. Había convocado y propuesto la primera Conferencia Panamericana de Washington (1889-90) a través de James Blaine, heredero de Clay, una unión aduanera hemisférica, diríamos una primera alca más radical que la actual. Los poderes europeos, en especial Gran Bretaña, estaban más asentados en América del Sur, y eran hostiles a esa irrupción norteamericana hemisférica. Argentina fue portavoz de la oposición a la propuesta norteamericana, que Estados Unidos archivó totalmente hasta replantearla, en muy otras condiciones históricas, un siglo después en Miami (1994), aunque sin llegar al extremo de un arancel externo común.

Esta nueva presencia mundial de un Estado Continental que abría un Nuevo Paradigma por sobre los ya viejos Estados-Nación Industriales no sólo había impactado a Ratzel, que en 1901 escribía *Der Lebensraum* (El espacio vital) y predecía el desplazamiento de las potencias europeas occidentales a un papel secundario.<sup>[1]</sup> En América Latina aparece la gran generación del novecientos, que inicia el latinoamericanismo del siglo xx. Inaugura intelectualmente la visión de recuperar la unidad del gran círculo cultural latinoamericano, más allá de la desarticulación de los Estados-Ciudad o Polis Oligárquicas, exportadoras de materias primas. El Nuevo Paradigma norteamericano lleva al renacimiento de la Patria Grande en el corazón fragmentado de las patrias chicas dependientes. Y lo que es más importante, este nuevo unionismo incluía unánimemente a Brasil, y surgía así la primera generación latinoamericana. Esta es una diferencia capital con la problemática de la Independencia, que había sido sólo hispanoamericana. La denominación de Torres Caicedo y de Francisco Bilbao de “América Latina” se volvía común.

Se trata de la cuestión de la unidad nacional de América Latina al modo de las unificaciones, entonces recientes, de Alemania e Italia, pero a una gigantesca escala continental. Así fija Rodó el criterio rector del latinoamericanismo: todo lo que contraríe o retarde la unidad de América Latina será error y germen de males, y todo lo que tienda a favorecerla, será eficiente verdad. Rodó hacía una puntualización interesante:

No necesitamos llamarnos latinoamericanos para levantarnos a un nombre general que nos comprenda a todos: podemos llamarnos iberoamericanos, nietos de la heroica y civilizadora raza que sólo políticamente se ha fragmentado en dos naciones europeas, y aún podríamos ir más allá y decir que el mismo nombre de hispanoamericanos conviene también a Brasil.<sup>[2]</sup>

Aquí conviene un paréntesis, a nuestro criterio necesario, para comprender el significado de la inclusión de Brasil en una historia común a través de las vicisitudes del hispano y del “ibero” americanismo. Esto nos exige una breve incursión a nuestros orígenes.

Nuestros pueblos latinoamericanos tienen un doble origen básico: el de las múltiples etnias indígenas y el sello castellano-portugués, culturalmente hegemónico y unificador. Y en algunas zonas la dominancia negro-africana. Ahora nos detendremos en ese sello principal. Todo comenzó en los seis siglos de la Hispania romana, origen común de Castilla y Portugal. E incluso Portugal fue un condado de Castilla, que se independiza en el siglo XII. Hay un vaivén incesante de alianza y conflicto entre Portugal y Castilla. Desde la Paz de Alcaçovas (1478) hay una sólida “alianza peninsular” con tensiones menores. Esta Alianza Peninsular culmina en el período de 1580-1640 en que los Felipes de Habsburgo heredan la Corona de Portugal. De tal modo los brasileños y nosotros tuvimos un mismo rey durante sesenta años. Es el mayor antecedente de nuestra unificación. Entonces, en relación a los reinos peninsulares, fue común que el monarca tomara el título de Rey de las Españas. Las Españas comprendían por igual a Portugal y Castilla. Porque sencillamente España es la castellanización de Hispania. Son lo mismo. Luego de la separación de Portugal, en 1640, el nombre de España queda como propio del conjunto de los otros reinos. El primer Borbón en el siglo XVIII unifica el “reino de España”. Desde entonces, definitivamente España se restringe a una parte de la Península Ibérica.

Al producirse la Independencia, en los decadentes España y Portugal surge el “iberismo” [\[3\]](#) para intentar una recuperación común al modo de los movimientos de unificación nacional italiano o alemán. ¿Por qué iberismo? Porque la península ibérica comprendía a los dos reinos que se ansiaba unificar, y uno de ellos se había apropiado del nombre “España” (Hispania). El iberismo nunca llegó a ser popular y tomó solo a élites intelectuales, en especial republicanas. Pronto el iberismo se amplió a iberoamericanismo. Los grandes nombres del iberismo fueron, entre otros, Emilio Castelar y Juan Valera, pero la culminación intelectual de este movimiento fue el portugués Joaquín Oliveira Martins, en su obra Historia de la Civilización Ibérica (1877), que toma a Portugal y Castilla como polos de un mismo phylum cultural, rama de la más amplia civilización europea.

Este iberismo decimonónico fue importante por dos razones. La primera porque intenta retomar la Alianza Peninsular que corre de 1478 hasta la separación de 1640. Es decir quiere poner fin a la época que le siguió, con Portugal en la órbita de Inglaterra, la era de la alianza inglesa de Portugal, en intenso conflicto con España, en especial en la frontera de la Cuenca del Plata. En esta era conflictiva se formó un nacionalismo portugués extremadamente anti-español y filobritánico que preside una historiografía negadora de la anterior Alianza Peninsular. De esa era conflictiva son oriundas nuestras historiografías brasileñas, argentinas, uruguayas y paraguayas, que suponen una eterna rivalidad entre Portugal, España y sus vástagos. Así, el primer gran recordatorio de la aventura oceánica española-portuguesa se hace en el iv aniversario del Descubrimiento de América en 1892, justamente organizado en la península por la Unión Iberoamericana. Es este clima iberoamericanista que prepara la total unidad con Brasil proclamada por la generación hispanoamericana del novecientos. Se entienden así plenamente las anteriores palabras citadas de José Enrique Rodó.

“Hispanoamérica” es más rigurosa en cuanto al origen, la Hispania romana, que “Iberoamérica”. Esta designa una geografía y una etnia prehistórica que poco tiene que ver con nosotros. Pero además es el término de “hispanoamericanos” el que empieza a difundirse desde las últimas décadas del siglo xviii en los reinos de Indias. Miranda encabezaba así en 1801 su manifiesto “Proclamación de los Pueblos del Continente Colombiano, alias Hispanoamérica”. De tal modo,

estos antiguos usos permiten restringir al área parlante castellana de América la designación de “hispanoamericanos”, que estrictamente abarcaría también a Brasil. Por otra parte, para terminar, “América Latina” es perfectamente legítima, se refiere a la actualidad del latín vulgar, del que son contemporáneamente sus ramas: el castellano, portugués, francés, italiano, catalán, etc. Queda aquí cerrado el paréntesis, que resultó ser algo extenso pero conveniente.

Seguimos con nuestra generación del novecientos. Al primer gran impulsor, José Enrique Rodó, que hace su Ariel en diálogo con el Nuevo Paradigma, lo continúan el argentino Manuel Ugarte y el peruano Francisco García Calderón, en quienes culmina la percepción del novecientos de una América Latina históricamente unida. Por entonces, las distintas Ciudades-Estado de América Latina estaban creando sus historias nacionales, la historia de cada uno de sus fragmentos.

El primero que se atrevió a una mirada histórica total de América Latina fue el chileno Diego Barros Arana en 1865, con el Compendio elemental de Historia de América, una obra pionera de índole didáctica, que se usó en la enseñanza media hasta la década de 1940. Le siguió el Compendio general de Historia de América del argentino Carlos Navarro Lamarca. No podían ser todavía una visión histórica sintética, con un dinamismo unificador. Será en 1910 que Ugarte hace el primer esbozo totalizador, de modo sucinto y sencillo, de la historia de América Latina con enorme éxito: El Porvenir de la América Española (luego reeditada con el título más adecuado de El Porvenir de América Latina, puesto que incluía a Brasil). Es la primera síntesis histórica del latinoamericanismo de la Patria Grande. A la verdad, antes del 1900, ¡América Latina no se sabía con un saber histórico de sí misma en conjunto! No era autoconciente, sino de modo difuso.

El ápice del 1900 serán las dos obras de García Calderón: Las democracias latinas de América (1912) y La creación de un Continente (1913).<sup>[4]</sup> Aquí se retoma, se extiende y ahonda a Rodó y a Ugarte. Decía García Calderón:

Libres en el orden político continúan las repúblicas americanas su vida parasitaria. Son colonias en el orden intelectual y moral. No ha terminado aún la lucha por la independencia. Se imita en política, y en literatura se importan ideas y modas, los códigos y las artes son reflejos de la obra europea y norteamericana. El oro extranjero domina en las finanzas, los libros llegan de París, importadas máquinas sirven a la industria naciente, conflictos sociales y conflictos dramáticos parecen reproducción apresurada de ajenas inquietudes y teatros lejanos (p. 273).

La última parte de La Creación de un Continente se titula “La autonomía”, y su capítulo final, significativamente, “Hacia la autonomía. La Argentina y el Brasil”, que termina con el siguiente pensamiento político:

A orillas del Plata heráldico, Buenos Aires tentacular, Montevideo reformadora; en la rumorosa majestad del trópico, Río de Janeiro dominadora, anuncian por su imponente avance la futura grandeza de las naciones fraternales: sobre lentas crisálidas adivinamos ya el dorado vuelo de alas audaces (p. 314).

Eran tiempos de convergencia argentino-brasileña con el Barón de Río Branco y el Presidente Roque Sáenz Peña, que culminará en el Tratado del abc, tratado de arbitraje entre Argentina,

Brasil y Chile, que se firmará en Montevideo. Es el comienzo del largo camino que culminará en el Mercosur.

Los precursores intelectuales novecentistas hablaban de un zollverein latinoamericano, unión aduanera, como de un acontecimiento necesario pero todavía remoto. Los acontecimientos comienzan a acelerarse luego de la Primera Guerra Mundial, y en especial desde la gran crisis del capitalismo de 1929. Alejandro Bunge, economista argentino impulsor de la industrialización, desde 1909 hablaba de la Unión del Sur entre los países hispanoamericanos del Cono Sur. Luego, por impacto de las propuestas europeas de unión aduanera en el viejo continente en 1926, la Unión del Sur va a ser retomada por los chilenos Eliodoro Yáñez y Guillermo Subercaseaux. Se reúnen con Alejandro Bunge, quien formula nueva propuesta en 1929, apoyada por el Presidente de Chile Carlos Ibáñez del Campo.<sup>[5]</sup> Y consideran la posibilidad de incorporar también a Brasil.

Nuestro itinerario podría ser más amplio, pero sólo nos importa centrarnos en el más significativo antecedente del Mercosur, que es el intento del Nuevo abc entre la Argentina de Perón, el Brasil de Vargas y el Chile, por segunda vez, de Ibáñez. Recordemos que de este gobierno de Chile formó parte Felipe Herrera. Ahora nuestro personaje principal se vuelve necesariamente el Presidente Perón.

Es interesante señalar algunos de sus antecedentes básicos. Recordemos que los ejércitos de Chile y Argentina tomaron como modelo al ejército alemán, así como Brasil, Perú y Uruguay lo hicieron con el francés. Perón se forma en tales pautas. En el golpe militar contra el Presidente Hipólito Yrigoyen de 1930 hubo una alianza circunstancial: la del general José Félix Uriburu, con sus círculos nacionalistas y corporativistas, con el general Agustín Justo, líder de sectores liberales del Ejército. El hombre de confianza del general Justo era el coronel José María Sarobe, entonces maestro del joven Perón, como él lo reconoció siempre. Será de José María Sarobe que Perón asimilará la idea de la alianza argentino-brasileña. Es que Sarobe había sido agregado militar en Brasil durante el “tenientismo” de los años 20, luego fue la conexión entre Vargas y Justo, que tuvieron relaciones muy íntimas, en los años 30. En su libro de 1944 Iberoamérica: Mensaje a la Juventud,<sup>[6]</sup> Sarobe sostiene la necesidad de unión de los países del Cono Sur, afirmando: “Las economías del Brasil y de la Argentina son complementarias en lo fundamental y es tan importante el comercio entre ambas naciones que se lo puede considerar el eje sobre el cual rota todo el plan revisionista sudamericano” (p. 102). Y finalmente afirma: “La Unión Aduanera debe comenzar por los países vecinos. La cordillera abierta debe ser el lema de las relaciones mercantiles entre Argentina y Chile. El Atlántico es el océano de más intenso intercambio y el Pacífico es el mar del porvenir” (p. 97). Sarobe muere en 1945.<sup>[7]</sup>

Es en un discurso de setiembre de 1951, pronunciado con motivo del aniversario de la independencia de Brasil y ante el recién llegado embajador João Batista Lusardo, que Perón propone la unión argentino-brasileña, no sólo para ser “ejemplo de unidad”, sino “también punto de apoyo que habrá de servir para lograr la unión del resto de los países americanos”. Poco tiempo después, el 20 de diciembre, Perón publicó en el diario Democracia –con el pseudónimo que empleaba allí, Descartes– el artículo “Confederaciones continentales”.<sup>[8]</sup> En sus memorias, el entonces canciller del Brasil, João Neves da Fontoura, recuerda este artículo, que le fue remitido de inmediato por el embajador Lusardo, recomendándole ponerlo en

conocimiento de su gobierno.<sup>[9]</sup> En ese artículo está sintetizada toda la perspectiva de Perón. El artículo se inicia de modo significativo: “Varios estudiosos del siglo XIX ya habían predicho que al siglo de la formación de las nacionalidades, como se llamó a éste, debía seguir el de las confederaciones continentales” (p. 243). Y luego se centra en su idea nuclear. Dice:

La unidad comienza por la unión y ésta por la unificación de un núcleo básico de aglutinación... El signo de la Cruz del Sur puede ser la insignia de triunfo de los penates de la América del hemisferio austral. Ni la Argentina, ni Brasil, ni Chile aisladas pueden soñar con la unidad económica indispensable para enfrentar un destino de grandeza. Unidas forman, sin embargo, la más formidable unidad a caballo sobre los dos océanos de la civilización moderna. Así podrían intentar desde aquí la unidad latinoamericana con una base operativa polifacética con inicial impulso indetenible. Desde esa base podría construirse hacia el Norte la Confederación Sudamericana, unificando en esa unión a todos los pueblos de raíz latina. ¿Cómo? Sería lo de menos, si realmente estamos decididos a hacerlo. Si esta confederación se espera para el año 2000, que mejor que adelantarnos, pensando que es preferible esperar en ella a que el tiempo nos esté esperando a nosotros (p. 246).

El artículo “Confederaciones continentales” tiene tres ideas básicas. La primera: el pasaje sucesivo del nacionalismo al continentalismo, antesala del mundialismo. Estaríamos en la era de los continentalismos. Así se ha repetido incansablemente en Argentina esta perspectiva de Perón, pero nunca se ha hecho en medio siglo el menor estudio de su génesis y fundamento. Quedó en estribillo o mero eslogan. Sin duda, tiene olor a Ratzel, pero jamás se dijo ni se supo. La segunda idea: la necesidad de un “núcleo básico de aglutinación”, que fuera “base operativa polifacética” para el proceso de unificación latinoamericano, más bien suramericano. Y que ese “núcleo básico” estuviera constituido por Argentina, Brasil y Chile. El nuevo abc. Sin embargo, por una convergencia de signos, en especial con la otra exposición clave de Perón “La Integración Latinoamericana”,<sup>[10]</sup> a pesar de la importancia que le da a la participación de Chile, surge con claridad que lo esencial es la alianza argentino-brasileña, al punto que afirma que solo ésta es el “principio de triunfo” de la política latinoamericana.<sup>[11]</sup> Esta es una novedad radical, aunque anunciada por Sarobe: señalar el camino principal para que exista una “política latinoamericana”. Algo así como descubrir que sin unidad de Francia y Alemania, no hay unidad europea. Eso es para nosotros la alianza Argentina-Brasil. Estas dos ideas del artículo “Confederaciones continentales” son las que nos importan más.

La tercera idea básica allí presente es la afirmación de la Tercera Posición en la lucha entre los dos grandes Estados Continentales, los Estados Unidos y la Unión Soviética. A nuestro criterio, fue esta Tercera Posición, enunciada en plena Guerra Fría (era el tiempo de la guerra localizada de Corea) la que hizo que los Estados Unidos obstaculizaran el intento del Nuevo abc. No podían permitir el surgimiento de una tercera vía en su retaguardia. Por el contrario, con el derrumbe de la urss, no hubo oposición norteamericana al surgimiento del Mercosur, preparado por la alianza argentino-brasileña en términos de radical reafirmación democrática-liberal.

Regresemos a nuestro tema de los Estados Continentales, con su primer gran formulador Friedrich Ratzel. Ratzel y la geopolítica ingresan en América Latina a través de la obra del español Carlos Badía Malagrida, amigo de los hispanoamericanos del novecientos que andaban por aquellos tiempos en Madrid, que se publica en 1919 bajo el título El factor geográfico en la

política sudamericana.<sup>[12]</sup> No trataba de América Latina en su conjunto, sino de la isla continental de América del Sur. Llama la atención esa delimitación. Quizás le viniera de Ratzel esa concreción a América del Sur.

Esta obra de Badía Malagrida repercutió en el verdadero padre de la geopolítica brasileña Mario Travassos, que lanza en 1930 su clásico libro *Proyección continental de Brasil*. Es una visión brasileña muy articulada de su inserción en América del Sur. Y, aunque es una obra pensada como réplica brasileña a la visión del Presidente argentino Hipólito Yrigoyen de conectar a Buenos Aires con Bolivia por ferrocarril (considerada por Badía Malagrida y por Travassos la región gozne de América del Sur, por ser la mediación entre la Cuenca del Amazonas y la Cuenca del Plata), tuvo varias ediciones argentinas publicadas por el Círculo Militar, en los años treinta y cuarenta. Sin duda, por influencia del general Sarobe. Un rasgo de esta obra de Travassos es que se concentra solo en América del Sur, y se desentiende totalmente de la zona hispanoamericana de México, América Central y el Caribe por considerarlas ajenas y zona de influencia norteamericana exclusiva. Este quedarse solo con América del Sur, era natural para un brasileño; en cambio, para alguien formado en la tradición hispanoamericana era más difícil. La tendencia hispanoamericana era considerar más el conjunto que América del Sur sola. Pero en la medida que se formulara una estrategia política, la distinción entre América del Sur y el norte mexicano, centroamericano, caribeño, era inevitable. Se comprenden así las ambigüedades de Perón entre América del Sur y América Latina. Pero el acento es siempre América del Sur. Por ejemplo, el 26 de febrero de 1946, a dos días de las elecciones que consagraron su victoria presidencial en Argentina, le escribía una carta al doctor Luis Alberto de Herrera: “Hay que realizar el sueño de Bolívar. Debemos formar los Estados Unidos de Sudamérica”.<sup>[13]</sup>

La gran oleada de integración de los años sesenta estuvo presidida por el empuje de la cepal de Raúl Prebisch. La alalc fue su entrada y obra efectiva principal. En los preparativos, la alalc (Asociación Latinoamericana de Libre Comercio) parecía que iba a limitarse al Cono Sur, lo que hubiera significado principalmente el arreglo nuclear básico argentino-brasileño. Pero la incorporación de México dilató la alalc a los extremos de América Latina. Nada fue nuclear sino diluido. Esto, a nuestro criterio, mantuvo la visión indeterminada y a bulto de América Latina. Que llegó a su culminación en el intento de Mercado Común Latinoamericano de la Conferencia de Punta del Este de 1967. El bulto fue demasiado bulto y quedó en nada.

Por una parte, vino la expansión de los regímenes militares de la seguridad nacional, reverso del latinoamericanismo revolucionario del amorfo e invertebrado foquismo guerrillero, que también mantenía una visión a bulto de América Latina. Por otra parte hubo el planteo hemisférico de la Alianza para el Progreso, que con la muerte de Kennedy se fue esfumando.

El mejor resultado del integracionismo de los años sesenta resultó su iniciativa final del Pacto Andino, en el acuerdo de Cartagena de 1969. Esto era importante pero difícil, y no tenía todavía energías para ser nuclear en América del Sur. Y hubo también intentos regionales en la Cuenca del Plata como tal, pero no acuerdos que tomaran la lógica de países enteros, como la de un proceso de Mercado Común. Eran sólo tanteos para algo más hondo.

La industrialización de América Latina exigía de más en más mercados internos de escala, exigía la regionalización. Prebisch y Felipe Herrera fueron los principales protagonistas de aquel

tiempo. En el fondo, a través de la problemática del desarrollo de América Latina, Felipe Herrera se reencontraba con las perspectivas de Ratzel y su era de los Estados Continentales. Tampoco lo mencionó nunca.

Y desembocamos en la oleada integracionista de los años noventa. Aquí, a diferencia de los años sesenta, se dividen las aguas. México forma con Estados Unidos y Canadá una zona libre de comercio. Y en América del Sur se constituye el Mercosur, que incide en que se redinamice la Comunidad Andina. Los objetivos últimos del Mercosur y de la Comunidad Andina son Mercado Común. Los objetivos últimos del nafta son zona de libre comercio. El nafta deja a América del Sur sola, con su Mercosur y su Comunidad Andina. Ya no hay más bulto de América Latina.

Pero surge un nuevo proyecto impulsado por Estados Unidos para todo el Hemisferio: el alca. En su esencia, el alca es la proyección del nafta y su reformulación, a escala también de América del Sur. ¿Es esto compatible con el propósito de generar Mercado Común en América del Sur? ¿O destruye todo proyecto de mercado común suramericano, dejándolo reducido para siempre a zona de libre comercio hemisférica? A nuestro criterio, a esta pregunta, obligatoria y fundamental, todavía no se la ha respondido cabalmente. ¿Intento de regreso al “bulto”?

Detengámonos en la lógica del Mercosur. ¿Cuál es el marco suramericano en que se despliega? Brasil es el mayor poder suramericano, está en el centro de América del Sur, y en el fondo es el mayor ámbito posible de articulación interna entre el norte y el sur de América del Sur. Si tomamos el centro brasileño, para el norte está la Amazonia y dos países hispanoamericanos importantes: Venezuela y Colombia. Estos son el gozne hacia la zona caribeña, mexicana y centroamericana. Hacia el oriente de Brasil, está el Perú, también en la frontera amazónica. El Perú es la conexión entre el norte y el sur hispanoamericanos, entre la Comunidad Andina y el Cono Sur hispanoamericano. Es decir, encuentro del camino de Bolívar desde el norte y de San Martín desde el sur. Lo que hoy significa el enlace entre la Comunidad Andina y la parte hispanoamericana del Mercosur y asociados (Bolivia, Chile, Argentina, Paraguay, Uruguay). Y hacia el sur de Brasil están Argentina-Chile y la gran línea fronteriza de la Cuenca del Plata, Bolivia, Paraguay y Uruguay.

Para un brasileño comprender sus fronteras es pensar el conjunto de América del Sur. Por eso el ángulo de la geopolítica brasileña es el más accesible para pensar América del Sur. Esto es más difícil para cada país hispanoamericano de América del Sur, pues ninguno limita con el conjunto como Brasil (este no es vecino solo de Chile y Ecuador). La tendencia natural de los hispanoamericanos del sur es más fragmentaria, por sus vecindades limitadas. El Perú es su lugar central, y no es azar que haya sido el centro generador virreinal, el lugar en que se consuma la Independencia hispanoamericana del sur, y en el siglo xx el lugar de la perspectiva totalizadora de Víctor Raúl Haya de la Torre. Pero si el Perú es la articulación central hispanoamericana de América del Sur, no es todavía un poder nuclear. Es central, pero no nuclear.

Entonces ¿cuál es la alianza hispanoamericana con Brasil que realmente importe y sea nuclear? Dijimos que al norte y oeste de Brasil está la Amazonia. O sea un gran espacio, como un desierto verde que divide a América del Sur en dos. Ese espacio vacío está convirtiéndose en frontera real solo en estos últimos años. Son más líneas divisorias sobre la naturaleza, que fronteras vivientes humanas. El Pacto Amazónico de 1967 se propuso justamente acelerar la colaboración entre todos los países amazónicos para las obras de infraestructura que generen una frontera

histórica real entre ellos. Entonces, la única frontera histórica de Brasil con Hispanoamérica es la Cuenca del Plata. Ese es sitio de encuentro y conflicto de medio milenio entre lo luso-mestizo y lo hispano-mestizo. Solo allí ha existido una vecindad íntima entre los dos rostros de América Latina. Y allí está el mayor poder hispanoamericano de América del Sur, la Argentina. Así, la única frontera verdaderamente bifronte, en rigor la primera gran frontera latinoamericana, es la de Brasil y Argentina. Y esa frontera latinoamericana abarca necesariamente a Uruguay, Paraguay y Bolivia. Huntington comprende que Brasil solo, por ser una de las dos caras de América Latina, no puede ser su Estado Nuclear. Lo nuclear solo puede ser bifronte. Para eso necesita la alianza con Argentina, y viceversa. La alianza argentino-brasileña es el “núcleo básico de aglutinación” latinoamericana en América del Sur. El Mercosur y sus asociados son así la base latinoamericana en América del Sur.

Es la Argentina la que hace verosímil, confiable y fraterna la alianza con Brasil. Este, asociándose con cualquier otro país hispanoamericano del sur, hubiera establecido forzosamente una dependencia. En cambio, Brasil con la Argentina abre realmente un camino fraternal con todos. Argentina es ya potencialmente representativa de los nueve países hispanoamericanos de América del Sur. Por eso el Mercosur inicia una revolución mayor que la de la independencia del siglo pasado. Brasil necesita que la vecindad lo haga poderoso, porque la vecindad también se vuelve poderosa en alianza con Brasil. Brasil necesita de nuestra fortaleza para fortalecerse y a su vez, solo se puede fortalecer si nos fortalece. Se unifica con nosotros, facilitando también la unión de los hispanoamericanos del sur. Este es el círculo virtuoso que genera la lógica interna del Mercosur.

Es en América del Sur, con Brasil y los nueve países hispanoamericanos -en su conjunto equivalentes a Brasil en extensión, recursos y población- donde todo está en juego para nuestro círculo histórico-cultural. Somos los únicos vecinos de Brasil, y este solo puede aliarse de modo realista con nosotros. Con todos nosotros, o por lo menos con los del Cono Sur. Podrá ser Mercosur o Amercosur (es decir, el ensamble con la Comunidad Andina). Brasil puede hacer solo el juego de la fraternidad, porque el juego de las hegemonías es de los otros. Solo le cabe una política de fraternidad, que es una política de reencuentro. Si la Alianza Peninsular estuvo en el origen de América Latina, ahora el Mercosur tiene en su horizonte al Estado nuclear o central de América del Sur. Todo mercado común es ya de hecho una confederación continental, augurio de liga federal. No hay otra perspectiva para pensar políticamente la lógica que abre el Mercosur.

#### b) El MERCOSUR en el nuevo escenario mundial

Aquí nos referimos a la posible inserción del Mercosur en el escenario mundial. Es la parte final y más breve, por tratarse más bien de futuribles. Con el futuro hay que ser siempre sobrios y escuetos, por más que sin aventurarnos en él, sin proyecto, nada es realizable. Pero, cuanto mayor la escala, mayor la sobriedad.

En su magnífica obra *La Diplomacia*, de 1994, como ya lo recordamos, Henry Kissinger preveía un concierto posible de grandes potencias organizadoras de la globalización, o sea del “nuevo orden mundial” todavía pendiente y sólo en ciernes para el siglo XXI. En esas potencias, como ya vimos, considera al más poderoso Estado Continental actual, los Estados Unidos, junto con otros cuatro Estados Continentales modernos (Unión Europea, China, Rusia, India) y el más eficaz

Estado Nación Industrial, el Japón. Esta perspectiva de Kissinger reafirmaría la visión de Ratzel de la era de los Estados Continentales. En realidad, sospecho que el mismo Kissinger, de origen austríaco y de formación centroeuropea, conozca bien a Ratzel, pero tampoco lo menciona. Parece fatal, dada la maldición, justa e injusta, que pesa sobre la geopolítica alemana. Pero no nos ocuparemos de esto.

Ese Concierto de potencias para el siglo xxi coincide parcialmente con el Grupo de los Siete actual, que tiene un cierto aire anacrónico, dada la presencia mayoritaria de viejos Estados-Nación Industriales (Inglaterra, Francia, Alemania, Italia, Japón). Al que se agrega un nuevo Estado-Nación Industrial: Canadá. Este, aunque tenga una extensión continental, tiene un poder de Estado-Nación Industrial, no más. No pasa ese umbral. En cuanto a los estados europeos del G-7, si no alcanzan con la Unión Europea —es decir, la confederación continental— una política exterior coherente, no serán verdaderamente un Estado Continental, a pesar de su extraordinaria potencia económica. Fuera del G-7 están China, Rusia e India, que por distintas razones alcanzarán (o volverán a ser, en el caso ruso), en una década o poco más, el umbral de Estados Continentales modernos.

Esta situación nos muestra que todavía no están dadas las condiciones de un Concierto mínimo de potencias mundiales en el sentido de Kissinger. Existe una multipolaridad civilizatoria que no ha accedido a configurar sus respectivos Estados Nucleares. Aquí vale siempre el criterio —antes evocado— de List sobre el requisito de un orden internacional: “El fin último de la política racional es la unión de las naciones bajo la ley, fin que únicamente puede alcanzarse mediante la mayor igualdad posible en cultura, bienestar, industria y poderío de las naciones más importantes del mundo”.[\[14\]](#) Se entiende, de igualdades relativas de los mayores poderes regionales civilizatorios.

Zbigniew Brzezinski[\[15\]](#) considera con razón a Estados Unidos la primera potencia global, en lo que consideramos el umbral de la tercera era de la globalización. Pero hace enfrentar a Estados Unidos con un gran dilema, que Kissinger resume así: Estados Unidos no puede retirarse del mundo ni tampoco dominarlo. Es el mayor poder mundial, imbricado de tal forma que ya no puede retroceder a ningún aislacionismo. Pero no tiene tanto poder mundial como para imponer o gestar por sí solo el nuevo orden mundial. Tiene hegemonía, pero no capacidad de gestar un Estado Nuclear Mundial, lejos de ello. ¿Y entonces? Para Kissinger Estados Unidos no tiene otra salida que preparar, ayudar a surgir, un Concierto mundial de potencias, pues éste no está dado.

¿Cuándo se ha visto a una superpotencia preparar sus límites, promoviendo y no reprimiendo el surgimiento de un concierto de potencias? Pero si no lo hace, su hegemonía, al no poder por sí solo inventar el nuevo orden mundial, puede sí generar un largo interregno sin orden internacional, con desordenes crecientes. Tal el dilema que abre el siglo xxi.

El Mercosur es uno de los más humildes aspirantes, por su lógica íntima, a integrar el concierto del siglo xxi de un mundo plural. Ya explicamos por qué era el mayor acontecimiento latinoamericano de la oleada integracionista de los noventa. Esto se da conjuntamente con varios acontecimientos nuevos y convergentes.

En la visita del Presidente Clinton a Brasil y Argentina en octubre de 1997, haciendo un reconocimiento expreso al Mercosur, Kissinger, que entonces estaba en Río de Janeiro comentó:

“Es una nueva experiencia para Estados Unidos negociar en el hemisferio con un bloque de países al que no pertenece, pues cuando alguien está acostumbrado a ser dominante debe realizar ajustes si otro país o países comienzan a tener un rol importante”. Y aconsejó: “Tienen que cuidar de no parecer que nos están excluyendo de una parte del mundo”.[\[16\]](#)

Y esto es cierto. Si la Segunda Guerra Mundial y la Guerra Fría culminó con el desalojo de Europa Occidental de América Latina por parte de Estados Unidos, la década del noventa asiste también al regreso de Europa Occidental bajo dos formas: las Conferencias Iberoamericanas (con España y Portugal) y la propuesta de la Unión Europea de una zona de libre comercio entre su bloque y el bloque del Mercosur, que se realizará en 1999 en Río de Janeiro. Por otra parte, a partir de las mediaciones en los finales de la guerra fría en Centroamérica, en 1990 también se configuró el Grupo de Río con catorce países latinoamericanos, retomándose en forma más amplia, los intentos de los congresos hispanoamericanos del siglo xix, y de modo regular. Nunca había funcionado así América Latina en su conjunto. Todo esto muestra al Mercosur dentro de una constelación de acontecimientos nuevos en América Latina.

De tal modo, el Mercosur se asoma necesariamente al escenario mundial. Se vuelve así indispensable pensarnos congruentemente no solo en relación con América Latina sino también con el mundo. El esfuerzo más solvente en este sentido lo ha realizado el brasileño Helio Jaguaribe con su hondura característica.[\[17\]](#) Se plantea dos escenarios mundiales posibles: o la única potencia global, Estados Unidos, camina hacia un Imperio Mundial, o se genera lo que llama un “Directorio” mundial plural. Asunto de nombres, preferimos el de “Concierto”. Y piensa que el Mercosur debe contribuir al surgimiento del concierto plural.

Estamos concordes con Kissinger y Jaguaribe que la mejor y difícil alternativa es el Concierto. Al menos a corto plazo. Pero, a nuestro criterio, no con la antinomia del Imperio, sino con la del interregno, tiempos revueltos mundiales, por falta de capacidad de ningún Estado Continental nuclear de generar por sí solo el nuevo orden mundial. Ni siquiera los Estados Unidos. Y esto lo muestra la profunda crisis en la que ha entrado el proceso de globalización, a solo seis años de la disolución de la urss. En 1997, la crisis asiática. En 1998, la crisis de Japón y Rusia. En 1999, su apertura con la crisis del Brasil y por ende del Mercosur. ¿El nuevo orden es la desregulación financiera y la crisis permanente de la periferia de Estados Unidos?

Pero esta crisis no va a vulnerar al Mercosur. En él América Latina ha encontrado su “núcleo básico de aglutinación” y ya ha probado el fruto prohibido de una política real latinoamericana. No hay más regreso posible a la retórica y al “bulto”. Sólo queremos terminar reafirmando la perspectiva que enunciábamos en 1995: “El Mercosur es el gran desencadenante de la nueva Integración, que preside nuestra entrada en el siglo xxi. Eso no quiere decir que sea una entrada necesariamente serena, pues puede serlo muy turbulenta. Sería lo más normal. El Mercosur inaugura propiamente la nueva historia latinoamericana”.[\[18\]](#)

---

[1] Ver Hans Weigert, ob. cit., pp. 117 y 207.

[2] José Enrique Rodó, Obras Completas, Madrid, Aguilar, 1957, p. 671.

[3] La bibliografía sobre el iberismo es muy escasa, pero puede citarse la mayor obra al respecto: L. A. Rocamora, El Nacionalismo Ibérico 1792-1936, Universidad de Valladolid, 1994. A esto cabe agregar, como signo de la gran reconciliación finisecular del siglo XIX entre las élites españolas e hispanoamericanas, la espléndida obra de Rafael Arrieta: La literatura Argentina y sus vínculos con España. Buenos Aires, Ediciones Uruguay, 1957.

[4] Francisco García Calderón, Las democracias latinas de América y La creación de un continente. Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1987. Los números entre paréntesis en las citas siguientes corresponden a esta edición.

[5] Ver de modo más particularizado: Alejandro Bunge, Una Nueva Argentina. Buenos Aires, Kraft, 1940, cap. XIII. Bunge incluye comentarios del uruguayo doctor Miguel Páez Formoso.

[6] José María Sarobe, Ibero América. Mensaje a la juventud americana. Buenos Aires, Claridad, 1944. Los números entre paréntesis en las citas siguientes corresponden a esta edición.

[7] Ver también Claudio Chávez, "Perón liberal". La Patria Grande, 4, Buenos Aires, 1998.

[8] Descartes, "Confederaciones continentales". En Política y estrategia. Buenos Aires, Servicio Internacional Publicaciones Argentinas, 1952, pp. 243-247. Los números entre paréntesis en las citas siguientes corresponden a esta edición. También en Juan Perón, América Latina en el año 2000, unidos o dominados, México, Editorial de la Patria Grande, 1990, pp. 41-46.

[9] Glauco Carneiro, Lusardo, o último caudilho, t. 2, Entre Vargas e Perón. Rio de Janeiro, Nova Fronteira, 1978, p. 425.

[10] Discurso del 11 de noviembre de 1953 en la Escuela Superior de Guerra en el que Perón explica a los Altos Mandos, con carácter secreto, las razones de su intento del Nuevo abc con Vargas e Ibáñez, en el momento que lo da por fracasado. Publicado en su libro Latinoamérica: ahora o nunca, Montevideo, Diálogo, 1967, pp. 91 a 110. Tuvo otras ediciones.

[11] Ver el análisis de este discurso en nuestra conferencia de 1995 "Perón y la Alianza Argentino-Brasileña", publicada en Cuadernos de Marcha, N° 110 y 111, y más recientemente en Archivos del Presente, N° 14. Puede completarse con nuestra conferencia publicada es la

revista Desmemoria, Buenos Aires, N° 13/14, bajo el título “La integración de América en el pensamiento de Perón”.

[12] Carlos Badía Malgrida, El factor geográfico en la política sudamericana, Madrid, Jaime Ratés, 1919.

[13] Citado en el prólogo de Pablo Vicente a la edición uruguaya de Latinoamérica: ahora o nunca, Montevideo, Diálogo, 1967, p. 8.

[14] Friedrich List, Sistema Nacional de Economía Política, Madrid, Aguilar, 1955, pág. 131.

[15] Zbigniew Brzezinski, The Grand Chessboard (1997). Nosotros disponemos de la traducción italiana: La grande Scacchiera. Il mondo e la politica nell'era della supremazia americana, Milán, Longanesi, 1998. Brzezinski solo atiende a la relación de Estados Unidos con los Estados euroasiáticos de la Isla Mundial. El resto le es insignificante.

[16] En Sucesos de la Integración, 240, Montevideo, 1997.

[17] Helio Jaguaribe, “El Mercosur y las alternativas de ordenamiento mundial”. Capítulos del SELA, 53, enero-junio de 1998.

[18] Cuadernos de Marcha, 110, 1995, p. 24.

Prólogo de Miguel A. Barrios

Presentar un libro de Alberto Methol Ferré LOS ESTADOS CONTINENTALES Y EL MERCOSUR excede cualquier introducción, por la magnitud de la obra y del personaje. Methol ya es, sin duda, un Maestro de la Espiritualidad Latinoamericana y su pensamiento y trayectoria se inscriben claramente en el itinerario del pensamiento político de la unidad continental bolivariana y sanmartiniana.

Nacido en la República Oriental del Uruguay, el leiv motiv de su vida ha sido la negación de su Estado chico -hijo de Lord Ponsonby- consecuencia de nuestra fragmentación nacional latinoamericana y apuntar como causa de su vida, la concreción de la Nación Latinoamericana a partir de la unidad política sudamericana en sus dos polos, hispánico y lusitano equivalentes, es decir Brasil y la Argentina junto a Venezuela ahora como ejes articulares del polo hispánico, para que la balanza no se incline sólo a partir del polo portugués, por poder objetivo, y de esta manera como Estado continental sudamericano poseer la capacidad de autonomía única para afrontar la globalización, de lo contrario seremos coros, o sea comentaristas de la historia como en las tragedias griegas y no protagonistas.

Historiador, geopolítico, teólogo, filósofo, docente, en suma un pensador de la América Latina verdadera, con un nivel de máxima originalidad y permanente innovación, sin dogmatismos, inquieto siempre, donde el núcleo de pensamiento y acción pasa en el cómo ir armando las estrategias de la causa Nacional siempre, la Nación Latinoamericana.

Decíamos que no pasa por nosotros, analizar en todos sus elementos componentes el pensamiento de Methol. Esbozaremos algunas líneas.

Encontramos en su nacionalismo latinoamericano una raíz determinante en las figuras de Luis Alberto de Herrera y Eduardo Víctor Haedo -al primero lo frecuentó y del segundo fue su

secretario- y a través de ellos, con su militancia joven en el Partido Nacional Blanco, una base política de solidaridad hispanoamericana continental.

De los núcleos herreristas, se entroncan en las lecturas en la Biblioteca Nacional de la República con la obra de Víctor Raúl Haya de la Torre -al cual con el tiempo conoce personalmente-, primer teórico de los movimientos nacionales populares en América Latina con el APRA, que son los únicos pensamientos políticos dinamizadores del pueblo latinoamericano, a través de sus tres ejes, industrialización, democratización e integración.

Y desde la militancia, -siempre con Herrera y Haedo- con el cuestionamiento y rechazo a los intentos de instalar bases norteamericanas en el Uruguay para liquidar la emergencia del peronismo, bajo el paraguas de la llamada doctrina Rodríguez Larreta.

Aquí vemos dos andariveles en Methol, el inquieto joven que halla a partir del herrerismo dos pilares que en realidad es uno, la adhesión al peronismo como movimiento nacional popular de la Nación Latinoamericana -no como un partido político del sistema político argentino- y las lecturas de Haya de la Torre, pero también siempre en la misma lógica abona con lecturas de la generación ibérica del 98 -Unamuno, Maeztu, etc- de íntimo vínculo con la generación latinoamericana del 900 -Ugarte, Rodó, Martí, etc.

Todo ello se va a consumir con el artículo de Perón del año 1951 en el Diario Democracia bajo el seudónimo de Descartes titulado Confederaciones Continentales y el Discurso del 11 de Noviembre de 1953 en la Escuela de Guerra donde plantea el líder justicialista que había llegado la hora del continentalismo a partir de un núcleo básico de aglutinación que era la unidad argentina y brasilera, que luego lo plasma con el Nuevo ABC, lo que lo transforma a Perón en el primer teórico y político de la autonomía periférica, el primero que traza la estrategia geopolítica del Latinoamericanismo mediando primero en Sudamérica, en un más allá de Haya.

Esto ha sido fundamental para la vida de Methol. Hay un antes y después de este planteo de Perón que se da en los marcos de la bipolaridad mundial. Y aquí ya nos encontramos con el Methol que abraza para siempre la Causa Nacional Latinoamericana y que la Unidad Nacional de la Patria inconclusa es el único camino para lograr ser soberanos. No existe política real sino conduce a la unidad política, esto es innegociable hasta el sacrificio máximo.

No ahondaremos en su profética Revista Nexo del año 1955 -con Arens Pons y Reyes Abadie-, en sus artículos pioneros de la Teología de la Cultura en la Revista Víspera y su actuación en el CELAM -su participación en Puebla-, la segunda etapa como Director de la Revista Nexo como heredera de Víspera y su influencia en el catolicismo latinoamericano, así como también su íntima vinculación con pensadores argentinos como Arturo Jauretche o su estrecha amistad con Jorge Abelardo Ramos o brasileños como Helio Jaguaribe o compatriotas como Vivian Trías.

Más aún, su libro EL URUGUAY COMO PROBLEMA que cumple 42 años, es un verdadero Tratado de Geopolítica Latinoamericana en el núcleo vivo de América del Sur, la Cuenca del Plata. Todavía esta pendiente la influencia en generaciones enteras de latinoamericanos esta obra, que en la Argentina ha sido editado con Prólogo de Arturo Jauretche por Peña Lillo con el nombre de GEOPOLÍTICA DE LA CUENCA DEL PLATA.

Repito, nada más osado, que hacer un análisis detallado de la trayectoria política de Methol en el campo de las ideas políticas latinoamericanas, como prólogo a un libro.

El Methol de los últimos veinte años se ha concentrado en el Mercosur, ratificando su fundamento último de toda su vida. Pero un Mercosur que vaya más allá de la economía. Un Mercosur que no termine en una mera institucionalización de organismos supranacionales en forma hueca.

Un Mercosur que tiene sentido, si se lleva a cabo a partir de una profunda revolución cultural, conducente al Estado Continental industrial sudamericano.

En nuestra opinión, la teoría del Estado Continental es una innovación geopolítica de Methol a partir de la influencia ejercida en él por Perón. Este hecho, sin embargo pasa desapercibido en el ámbito de las carreras de Relaciones Internacionales, hegemonizadas por teorías de los centros de poder, donde Perón prácticamente no existe.

Aquí se entrecruzan el Perón continentalista, primer teórico y político de la autonomía periférica y el Methol que proyecta a Perón al siglo XXI y resulta muy difícil separar a uno del otro, en la dimensión de la concepción geopolítica.

El libro que presentamos es un trabajo de Methol Ferré del año 2001 que lleva el título LOS ESTADOS CONTINENTALES Y EL MERCOSUR donde aparece con claridad el geopolítico que eleva al nivel de teoría al Estado Continental, desde el núcleo teórico al derrotero de la praxis en una actualización fundamental de Perón y que se completa con un profundo reportaje realizado por Luis Vignolo, de gran importancia, porque Methol reactualiza a partir de los acontecimientos - Comunidad Sudamericana, el ingreso y rol de Venezuela en el Mercosur, el Estado Ciudad y su pasaje al Estado Continental- su escrito del año 2001.

Este libro, parafraseando a Don Arturo Jauretche en el Prólogo al libro de Methol GEOPOLÍTICA DE LA CUENCA DEL PLATA, nos dice que esta pequeña obra ocupa poco lugar en la biblioteca y mucho en la cabeza, porque como verdadero Maestro que es, el querido amigo Methol nos ayuda en esta obra a pensar, que la única misión que nos queda nada más pero nada menos, consiste en luchar día a día, la batalla por la segunda independencia de Nuestra América al decir de José Martí.

Gracias Methol, por hacernos comprender históricamente que estamos en esta Gesta.